



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

**DES-HACERSE DEL PADRE: UN ANÁLISIS
DEL DEVENIR DE LA FUNCIÓN PATERNA**

T E S I S

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN PSICOLOGÍA**

P R E S E N T A

YOLITZMA SÁNCHEZ PATIÑO

DIRECTOR DE TESIS:

MTRO. JUAN CARLOS MUÑOZ BOJALIL

REVISORA:

DRA. MARTHA LÓPEZ REYES

SINODALES:

DRA. EVA MARÍA ESPARZA MEZA

DRA. FAYNE ESQUIVEL ANCONA

MTRA. MARÍA ASUNCIÓN VALENZUELA COTA



**Facultad
de Psicología**

**CIUDAD UNIVERSITARIA, CDMX
ABRIL 2017**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

El presente trabajo es producto y proceso; eslabón fundamental de una cadena de experiencias, aprendizajes, tropiezos, sinsabores, alegrías, charlas de café... en fin, de momentos compartidos y de personas a las que agradecer enormemente por su labor, su compromiso, su amistad y su amor a mi persona. Pero, cómo hacerlo cuando, como escribió Cortázar, "las palabras nunca alcanzan cuando lo que hay que decir desborda el alma"; cuando el sentimiento de infinito agradecimiento desborda mi alma, no queda más que intentar representarlo. Por lo que sólo mencionaré a mis grandes pilares y a aquellos que contribuyeron directamente a la realización de esta Tesis.

Primeramente, y en gran medida, agradezco a mis padres Juan y Reina por el amor y apoyo incondicional que me han brindado día con día. Les agradezco por el gran esfuerzo que han hecho en su función de padres y por todo lo que me han transmitido.

A mis hermanos Juan Miguel, Anayatzin y Orlando por crecer y caminar a mi lado entre prohibiciones, carencias y penas, pero también entre alegrías, risas, juegos...felicidad.

A la Universidad Nacional Autónoma de México que como máxima casa de estudios, ha contribuido enormemente a mi crecimiento académico, profesional y personal, además, de posibilitar el encuentro con grandes personas, maestros y amigos entrañables.

Y por último, agradezco a mi director de tesis Juan Carlos Muñoz Bojalil, por su escucha y acompañamiento en lo que fue este arduo trabajo.

A ellos y a los no mencionados aquí, pero si inscriptos en mi alma, ¡gracias!

Índice

Introducción	1
Capítulo 1. El padre en psicoanálisis	6
1.1 El <i>Urvater</i> : un <i>antes-del-padre</i>	7
1.2 Incesto y parricidio	10
1.3 El significante del <i>Nombre-del-Padre</i>	21
1.3.1 La función paterna: represión, renegación y forclusión	25
1.4 Los Nombres del Padre	30
1.5 A modo de conclusión del capítulo	31
Capítulo 2. <i>Pére-version</i> , una versión contemporánea del padre hecha discurso	37
2.1 <i>El malestar en la cultura</i> , el de Freud, el nuestro y el de todos	41
2.1.1 El goce	43
2.2 El malestar contemporáneo: un abuso de la demanda de amor	48
2.2.1 El discurso del amo	51
2.2.1.1 Plusvalor y plus de goce	53
2.2.2 Una ideología perversa	57
2.2.3 Los síntomas contemporáneos	61
2.3 ¿A dónde vamos a parar?	68
Capítulo 3. Un Otro con un supuesto saber	74
3.1 El discurso de la religión	78
3.2 El discurso de la ciencia	82
3.3 El discurso del psicoanálisis	86
Discusión y conclusiones	90
Referencias	98

“Ese fue el resquebrajamiento de la dignidad del padre,
el primer golpe a los pilares sobre los que había
descansado mi niñez...”

«*Demian*»
—Hermann Hesse

Introducción

La presente tesis, titulada *Des-hacerse del Padre: un análisis del devenir de la función paterna*, surge —como su nombre lo indica— preguntándonos por el padre. Una pregunta nada fácil de responder, ya que si hacemos un recorrido por la historia, ésta nos llevará desde los inicios de la humanidad hasta nuestros días para decirnos sobre los diferentes modos de *ser padre*, es decir, nos puede hablar de cuando el padre gozaba de dicho título —cual rey encarnado y decretado así por mandato divino—, uno incuestionable e inquebrantable, donde su labor era dotar a sus hijos de un nombre y apellido así como de heredarles un patrimonio, su derecho de padre le daba poder de vida y muerte sobre su familia; o, nos puede hablar de esa época en donde el ser padre se jugaba ya no en el orden de lo divino, sino de lo terrenal, es decir, cuando ser padre era únicamente aquél que engendraba; o también, cuando ser donante de 23 cromosomas ya no bastaba para explicar más su función y se tuvo que recurrir a la ley del hombre en sociedad para otorgar derechos de paternidad mediante lazos conyugales, donde el Estado sería el que decidiría que padre, es aquel que no sólo se ocupa del niño, sino que también responde a los derechos de éste (Julien, 1990).

Es entonces, que la historia nos trae hasta nuestros días, donde el *ser padre* es decretado por aquellos que ostentan el poder del *saber*, o sea, médicos, psicólogos, pedagogos, representantes de la ley: “la policía de las familias”, nos dice Michel Tort (2008, pág. 54), todos aquellos que “saben” lo que es mejor para el niño. Por tanto, nos dice Philippe Julien (1990) “el poder paterno, la paternidad es hoy social, es compartida...” (pág. 13).

Tan sólo con esta somera descripción de la transformación de lo que es “*ser*” padre, podemos ver a un padre venido a menos, a un patriarca socavado, minado por discursos que dicen saber lo que es mejor. ¿Nostalgia por el padre? ¿Añoranza por lo ido? ¿Deseo de restaurar su régimen? No, nada de eso. Es por ello que en la presente investigación no nos preguntamos *qué es ser padre*, en aras de sumarnos

a esos discursos que ostentan un saber. Sino que, nos preguntamos por la relevancia fundamental de haber tenido uno. Es decir, remitirnos al padre es, indudablemente, preguntarnos a nosotros, cada hijo e hija, por dicha experiencia. Surgen preguntas tales como ¿por qué somos como somos? ¿Por qué vemos y afrontamos la vida de tal forma? ¿Por qué llevamos al padre a cuestras, ya sea en tanto tirano, sumiso, presente o ausente? ¿Por qué es tal la necesidad por el padre, por llevar y llenar lo que su nombre implica, por tener su amor y aprobación? Preguntas todas que, sin lugar a dudas, nos conducirán a preguntarnos por la madre, pero no a esa madre que se encuentra en el imaginario en tanto aquella que sabe lo que es tener un hijo, o mejor dicho, aquella que sabe lo que es haber parido uno y que daría la vida por él; sino a esa madre que en tanto primer ser humano con el que tenemos contacto, nos provee en todo sentido (o al menos así lo deseáramos), pues nos alimenta de miradas, de silencios, de caricias, de palabras. Entonces, ¿por qué pensamos en el padre cuando hablamos de una postura ante la vida? Porque en efecto, para la madre somos el todo y ella a su vez el nuestro, su ley es la de la totalidad cuando no hay referencia a un padre, pero cuando ella reconoce, aprueba y nombra a éste como objeto de su deseo, es entonces, que quedamos marcados por la ley del no-todo, de la castración.

De tal suerte que esa ley del no-todo, que porta el Nombre-del-Padre, es el enigma que ha motivado en lo más profundo esta investigación cuando nos preguntamos sobre porqué el padre suscita esa fortísima impresión en nosotros y el por qué su influencia la llevamos a lo largo de nuestras vidas.

Tal vez ustedes se encuentren identificados, o no, con estas preguntas, quizá alguna vez se han cuestionado lo mismo omitiendo al padre en cada una de ellas sin saber que la clave estaba precisamente en el padre, no para responder a dichas interrogantes, sino para acercarnos a eso que cada uno se pregunta de sí mismo y que empieza con lo que el padre en su nombre representa.

Lo que nos lleva al psicoanálisis, puesto que éste, a diferencia de los demás discursos (médico, jurídico, pedagogo, etc.), no trata de imponer o desacreditar al padre, sino que más bien lo ubica en su exacto lugar, en el sujeto del inconsciente. Así, para el psicoanálisis el padre no es el padre biológico, postizo o persona en particular; sino que es un lugar a ocupar cuya función es instaurar La ley. Así, la importancia del padre radica en que es el representante de esta ley en el momento mismo en que prohíbe gozar con la madre, momento crucial que estructurará al sujeto para el posterior enfrentamiento con la vida, es decir, la postura que tome ante la vida será consecuencia de la manera en que convivió en un primer momento con la ley; ya sea que la haya aceptado y reprimido, que la haya rechazado y renegado, o que no la haya conocido y esté por fuera de ella.

Así, el primer capítulo constará precisamente de lo que el padre representa para el psicoanálisis, que va desde la deuda y la culpa por el asesinato del padre —del mítico padre freudiano—; las prohibiciones y el sufrimiento de la escena edípica donde el padre evocará insatisfacción, miedo e imposibilidad puesto que su nombre dejará la huella de la pérdida, una que posibilitará el movimiento y el lazo social. Capítulo en donde se esbozará que la ley del padre prepara al sujeto, no para esperar recibir premios a cambio de esa pérdida primordial, sino precisamente para que intente hacerse de un lugar singular en este mundo de negaciones y frustraciones donde inevitablemente tendrá que pagar un precio por tramitar su deseo, es decir, de hacerse cargo del mismo.

Por lo que será importante tener muy en cuenta que, para el psicoanálisis, *ser* padre no es lo mismo que *ejercer* la función de padre, que no se trata de la consanguineidad, de la figura masculina, del mandato divino y patriarcal, ni de los bienes materiales; sino más bien de una metáfora, de un lugar, de alguien que ejerciendo la función de padre y que habiendo sido reconocido y nombrado por la madre (necesariamente), dotará al hijo de una estructura que le permitirá tomar una posición ante la vida, de mostrarle que más allá del seno materno está el mundo que le reclama y que ese mundo requiere de una renuncia, de un pago, y de

constantes costos para poder acceder a él, donde no todo se puede tener, pero que inevitablemente estará condenado a desear, y lo más importante de dicha función paterna es que le transmita al hijo que ese deseo sea buscado fuera más allá del padre y la madre, pues sólo así podrá consolidarse como sujeto capaz de asumir su falta dando cuenta también que ni su padre ni su madre lo pueden, ni lo tienen, ni lo saben todo.

Una vez comprendida la importancia de la función paterna, en el capítulo dos se trazará un *análisis del devenir de la función paterna*. Allí se abordará la perversión que se hace del discurso del padre en esta época de globalización, de mercantilismo, de consumismo, de virtualidad... de vacío; época cuyos discursos imperantes apuntan a un goce sin límites que transgrede el fundamento del Nombre del Padre, y donde el padre a su vez, en uno de sus tantos nombres, es el que está en el revés de la ley, en su *père-version*¹.

Así, veremos cómo la figura del padre se vuelve en nuestra contra cuando los discursos perversos que operan, se valen maquiavélicamente de ese deseo de amor del padre garante de certezas, y lo utilizan para fines que nos sobrepasan y que sólo dejan un sinfín de síntomas y malestares que difícilmente se pueden apalabrar.

Finalmente en el capítulo tres, nos ocuparemos del discurso de la religión, de la ciencia y del psicoanálisis en su relación con el Otro, con el saber, con la verdad. Trataremos de trazar una línea de convergencia y divergencia con el padre en tanto figura idealizada de totalidad, completud, certezas y poder, con la postura que tomamos ante la vida. De tal suerte que, *Des-hacernos* del Padre, será la premisa de esta tesis, valernos de lo que su nombre representa, para poder prescindir de él.

¹ Es decir, una versión otra del padre, haciendo homofonía del francés *perversion* puesto que la palabra padre en francés se escribe *père*.

Por lo tanto, esta investigación de tipo documental, trata de pensar el tiempo que vivimos, a partir de la concepción del psicoanálisis, una que nos ha permitido visibilizar que no hay verdades universales, que no hay curas mágicas para el malestar de la época, que lo que hay es lo que tenemos y que algo podemos hacer con eso, renunciando a la añoranza por lo ido y a la fantasía de lo que “debe ser”.

Así pues, el psicoanálisis fue la brújula, la estrella polar que posibilitó darle un nombre al sinsentido de la época que nos habita. De tal suerte que, querido lector, lo invito a leer cada frase, cada palabra, cada letra contenida aquí, como elucubración de un sinsentido, de un medio decir, y que dejándolo a su consideración, pueda dotarle (o no), de un poquito de sentido en cuanto al malestar imperante, a sabiendas de que *no todo* está dicho.

Capítulo 1. El padre en psicoanálisis

En tanto seres humanos que somos ¿por qué nos resulta necesaria la figura del padre? Al respecto, Maleval (2002) señala:

El ser humano experimenta la necesidad de buscar un elemento exterior para mantener la consistencia de los límites de su hábitat de lenguaje. La universalidad del hecho religioso está ahí como testimonio de la insistencia de una búsqueda del Otro del Otro². Pero la infinita diversidad de encarnaciones de la referencia última demuestra el fracaso de esta misma búsqueda. El psicoanálisis se toma este fracaso en serio. Y entonces se enfrenta con la difícil tarea de dar cuenta del carácter frágil pero necesario del Padre para el sujeto hablante (pág. 74).

Así, vemos que el psicoanálisis tiene como piedra angular de su teoría al padre, porque, confirma Lacan (1957-1958 [2010]), “Ni hablar de Edipo si no está el padre, e inversamente, hablar de Edipo es introducir como esencial la función del padre” (pág. 170). Pues sabemos que será en el Edipo en donde el sujeto asuma una estructura psíquica que lo sitúe de cierta manera particular ante el mundo.

Sin embargo, para el psicoanálisis no se trata de un padre encarnado que haga gala de su presencia o ausencia, sino más bien de una “entidad esencialmente simbólica, ordenadora de una función” (Dor, 1998, pág. 12), la cual esté suficientemente investida de un legítimo poder desde el punto de vista de lo inconsciente. Es decir, la dimensión del padre simbólico trasciende a la mera contingencia del progenitor u hombre que se hace llamar padre. Por lo que se puede concluir que para que haya un padre no es necesario que haya un hombre real.

Sin duda, la función paterna resulta un elemento difícil de circunscribir, por lo que el único recurso con el que se cuenta es con la palabra de la madre que nombra al padre para autentificarlo.

² Es decir, de algo que suture al lenguaje en su falla para decir sobre el todo, y dote de certezas.

Freud, en su búsqueda de respuestas sobre el padre, tuvo a bien inventar el mito de la horda primordial para presentar un padre ideal, el primero en su nombre, el padre de la humanidad, así, escribe Gerber (2005):

[...] un padre cuya imposibilidad es correlativa del hecho de conjugar contradictoriamente la omnipotencia y el estar muerto. Este padre es el padre asesinado cuya memoria deberá ser siempre venerada como garantía insustituible de la obediencia a la ley (pág. 16).

Entonces, hablemos de ese padre, hablemos del *Urvater*.

1.1 El *Urvater*: un *antes-del-padre*³

“(...) la muerte de su padre era lo único que había sucedido en el mundo, y seguiría sucediendo sin fin.”

«Emma Zunz»
Jorge Luis Borges

Es con la pregunta acerca de la génesis del totemismo de “¿Cómo llegaron los hombres primitivos a darse nombres (o darlos a sus linajes) de animales, plantas, objetos inanimados?” (pág. 112), que Freud (1913-1914 [1991]) anuda en su libro *Tótem y tabú*, la experiencia psicoanalítica con los estudios antropológicos sobre las relaciones exogámicas y el vínculo con el totemismo, fundamentando así las bases de toda una teoría referente al Padre y sus implicaciones en la estructuración psíquica del sujeto.

Con la sustitución del tótem⁴ por el padre, surge el mito freudiano del padre de la horda primitiva (el *Urvater*), a partir del cual se traza una línea de sentido en cuanto

³ Tomado de *Las voces del superyó*, en donde la autora, Marta Gerez Ambertín, al hacer una descripción de este personaje mítico lo llama así: un *antes-del-padre*, puesto que una vez muerto regresará como significante Nombre-del-Padre.

⁴ Freud, refiere Gerez (2013), establece claramente su hipótesis del Tótem como un sistema (acorde a leyes) determinante de los vínculos sociales de los miembros de un grupo.

a los sentimientos ambivalentes que la práctica psicoanalítica ya venía mostrando sobre los complejos surgidos desde los primeros años de vida del infante, complejos que continuaban incluso en la adultez, y que estaban íntimamente ligados al padre.

Relata Freud que hubo un tiempo —fuera del tiempo⁵— en que los hombres vivían en una horda primitiva y se encontraban sometidos al poder despótico del *Urvater* que se reservaba todas las hembras para sí, y expulsaba a los hijos varones cuando crecían. Este personaje violento y celoso era envidiado pero también temido por todos. Un día los hijos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna. En el acto de devorar su cadáver cada uno se apropiaba de una parte de su fuerza. Sin embargo, tras asesinar al padre, surgió el arrepentimiento y la culpa, pues se dieron cuenta de que odiaban a ese padre tiránico pero que también lo amaban y lo admiraban. Por lo que “el muerto se volvió aún más fuerte de lo que fuera en vida [...] Lo que antes él había impedido con su existencia, ellos mismos se lo prohibieron ahora en la situación psíquica de la «obediencia con efecto retardado»” (Freud, 1913-1914 [1991], pág. 145). Así, en un intento por revocar lo ya perpetrado y a manera de lazo social entre ellos, decretaron los dos tabúes fundamentales del totemismo: no matar al sustituto del padre (animal totémico) y evitar el contacto sexual con las mujeres pertenecientes al propio clan, “raíz del Complejo Nodular Edípico que, en la prohibición del parricidio o incesto, anuda el deseo a la Ley del Padre” (Gerez, 2013, pág. 52).

De este modo, “el sistema totémico, es un pacto con el padre muerto, y merced al cumplimiento de sus preceptos se espera, de él, amparo, providencia e indulgencia. A cambio, será honrado y respetado” (Gerez, 2013, pág. 52). El banquete totémico pone de manifiesto el arrepentimiento así como el intento por apaciguar el sentimiento de culpa y obtener una reconciliación con él, exorcizando en dicho festín el retorno del temido padre y el crimen perpetrado. No obstante, no es lo único que se manifiesta en el sacrificio del animal totémico, sino también la satisfacción por la

⁵ Aquí Gerber (2005) puntualiza que “el mito del padre, en la medida en que se organiza como evocación de un tiempo primordial —tiempo fuera del tiempo, tiempo de la armonía plena— no hace más que señalar el lugar de una falta” (pág. 17).

hazaña criminal y el apropiamiento de las cualidades del muerto al incorporar partes del animal.

Sin embargo, dicho deseo de apropiarse de lo mejor de él, se vio impedido por el pacto fraterno —que posibilitó una especie de lazo social entre ellos una vez cometido el parricidio—, este pacto decretaba que nadie lograría nunca “[...] aquella perfección de poder del padre que, empero, todos querían alcanzar” (Freud, 1913-1914 [1991], pág. 150). Es decir, se prohibieron ocupar el lugar del tirano al que dieron muerte.

No obstante, con el tiempo parece que se olvidó el motivo que los llevó al asesinato del padre así como el pacto fraterno; creció la añoranza por él y la disposición a sometersele⁶; nació un ideal del poder del padre que se hizo más grande e ilimitado ahora que estaba muerto. Sin embargo, ese sometimiento no se ofreció al padre que una vez estuvo vivo, sino al remanente del padre, a eso que quedó instaurado en el inconsciente de esos hijos, es decir, se dio la consagración del sometimiento al fantasma del padre por temor a su hiperpoder. Un sometimiento a voluntad que —la clínica psicoanalítica constata— dicta “*ser vivido por lo peor del padre*” (Gerez, 2013, pág. 54).

Por tanto, Freud señala que las posteriores religiones, al igual que el sistema totemista, surgieron de la conciencia de culpa y el intento por expiar ese sentimiento, así como sosegar al padre ultrajado dando como resultado que el antiguo ideal del Padre diera vida a los dioses, y así mismo, la sociedad tendría sus cimientos en la culpa compartida por el crimen perpetrado en común.

Por consiguiente, no sólo se encuentra la presencia del padre feroz en el animal del sacrificio totémico, sino también como Dios omnipotente y como figura temible cuyo retorno horroriza y convoca al goce. De este último, señala Marta Gerez (2013), “se

⁶ Esta añoranza por el padre, Freud ya mencionaba que era la raíz de toda formación religiosa, y así mismo hoy en día la vemos transformada en plegarias a la ciencia, al estado, a todo aquello que pueda —en apariencia— proveer discursivamente seguridad y protección.

instaurará la potencia demoníaca del superyó” (pág. 54), ya que es en ese acto fatal e infame contra el padre, que se ha dado y perpetuado su triunfo supremo; y en ese intento por pacificar al padre perpetrado, se eterniza el recuerdo de la fechoría, significado mismo de sacrificio. No obstante, no hay sacrificio tal que aplaque la deuda pues ésta es imposible de saldar y lo único que queda es “el goce por el asesinato del padre” (Gerez, 2013, pág. 54), un autosacrificio que remite a una *culpa de sangre* donde la Ley del Talión hace presencia pues ya decía Freud (1913-1914 [1991]) que “un asesinato sólo puede ser expiado por el sacrificio de otra vida” (pág. 155).

Marta Gerez (2013) escribe en su libro *Las voces del superyó*, que son varios los destinos posibles del sacrificio: como demanda amorosa (de reconciliación), esto es dentro del Sistema como don y deuda simbólica (que reencausa alianza e intercambio); o, como ofrenda de aniquilación que se da por los bordes mismos del sistema como deuda de sangre que sólo puede saldarse con la vida. Es en esta segunda vía que el superyó estará encarnado, instancia letal de la cual nos ocuparemos más adelante.

1.2 Incesto y parricidio

“Out in the city, in the cold world outside
I don't want pity, just safe place to hide
Mama please, let me back inside”

«*Mother love*»
—Queen

La instauración de los dos tabúes fundamentales del totemismo: no matar al sustituto del padre (animal totémico) y evitar el contacto sexual con las mujeres pertenecientes al propio clan, son resultado del arrepentimiento y la culpa ante un hecho irreversible, el deseo consumado de matar al padre. Dicho suceso llevaría a la sociedad a condenar y repudiar dos crímenes: el incesto y el parricidio. Sin embargo, esta repulsión no sería otra que la negación del deseo mismo de cometer

ambos crímenes —deseo que habita en cada uno de nosotros—, por lo que a manera de protección contra uno mismo, se instauró la ley (como sustituto del padre asesinado) que prohíbe la consumación del deseo⁷, del goce absoluto.

La literatura universal ya venía exponiendo estos crímenes como fatalidad del ser humano, vemos a un Edipo destinado a consumir los dos horrores más condenados por la humanidad y a un Hamlet que “duda en matar al amante de su madre [ya] que dormita en él ‘el vago recuerdo de haber deseado, por pasión hacia su madre, perpetrar el mismo crimen por su padre’” (Ricoeur, 2004, pág. 164), revelando así, el aspecto de culpabilidad vinculada al complejo. Con lo cual se puede decir, que lo que hace ser universales a las tragedias de Sófocles, de Shakespeare, de Dostoievski (con el parricidio de Karamazov)..., es que justamente apalabran lo impronunciable, es decir, revelan la verdad encubierta y silenciada que habita en cada uno de nosotros.

Para Freud, nos dice Daniel Gerber (2005), “el incesto y el parricidio, constituyen el soporte fundamental de la subjetividad y la cultura [...] dos crímenes que están en la base del complejo de Edipo, la matriz simbólica del sujeto” (pág. 43). El descubrimiento freudiano a partir de la práctica psicoanalítica, viene a corroborar en el discurso de sueños y síntomas neuróticos, las mociones sexuales y hostiles dirigidas —en los primeros años de vida— a la madre y al padre, señalando que tales remanentes perdurarán incluso a lo largo de la vida.

Así, hablar del Edipo es hablar de deseos, de placer, de fantasías de gozar con el cuerpo del otro, de angustias y dolores, de renunciaciones y sacrificios. Es decir, hablar del Edipo es, indudablemente, hablar de tomar un posicionamiento ante la vida.

Se vea por donde se vea, todo lo que acontece en calidad de seres humanos, remite al deseo primario de yacer y hacerse *Uno* con la madre⁸. Sí, tanto en hombres como

⁷ Es importante señalar que la ley no es incompatible con el deseo, sino más bien con la consumación de éste. La ley dicta que el deseo persista (insatisfecho), pues sólo así habrá movimiento.

⁸ De ahí que algunas veces se diga que Dios es mujer.

en mujeres habita el deseo de fundirse con ella; se aspira a la completud, al goce perpetuo, al *todo*. A eso aspira el ser humano desde que es pequeño, desde que da cuenta de que el cuerpo responde con deleite a las miradas delicadas, a las palabras susurradas y a las caricias prodigadas. Sin embargo, ese deseo desmesurado también atemoriza y se vive como un peligro:

[...] el peligro de que el cuerpo enloquezca en el ardor de sus impulsos; el temor de que la cabeza le estalle por la incapacidad de dominar mentalmente su deseo y [...] el peligro de recibir el castigo de la Ley de la prohibición del incesto, por haber tomado como pareja sexual a uno de sus padres (Nasio, 2013, pág. 14).

La única salida para semejante tensión es: renunciar, olvidarse de todo, hacerse de nuevos y legítimos objetos de deseo.

Es entonces que nos percatamos de que el Edipo es “el doloroso paso de iniciación de un deseo salvaje a un deseo socializado y la aceptación igualmente dolorosa de que jamás podremos satisfacer totalmente nuestros deseos” (Nasio, 2013, pág. 16). Lo cual se ve reflejado en la incansable acometida de llenar el vacío de ese primer e imposible deseo con múltiples parejas, con títulos de diversa índole, con nuevos propósitos e ideales, así como de cosas que por un brevísimo instante nos den la ilusión de suturar la eterna falta.

Pero, ¿cómo surge el deseo?, ¿es éste una necesidad o se puede prescindir de él? Se podría decir que el deseo es totalmente inherente a la condición como seres humanos, surgiendo éste desde el primer momento en que se experimenta la falta, la ausencia de algo vital, es decir, desde el momento mismo en que se es arrancado del paraíso del vientre materno ya que nunca más se estará tan completo que cuando todas las necesidades eran alimentadas por esa unión. Por lo que cabe preguntarse, el deseo ¿es una necesidad?, osaría decir si y no, ¿por qué? Sí porque el deseo es el motor de la vida, es el aliciente que da propósito para seguir día a día y esto es posible debido a que somos carentes, seres en falta que algún día hemos de morir, prueba fehaciente de ello. Por lo que para vivir es necesario desear, pero

cuidado, porque también hay deseos que pueden llevar a la muerte. Por otro lado, el deseo no es una necesidad porque una necesidad es del orden de lo biológico, algo que si está ausente causa la muerte, por ejemplo, si no se come se puede morir de inanición; si no se duerme, poco a poco se enloquece; o bien, si no se defeca las vísceras pueden estallar. Las necesidades son tales que de ellas no se puede prescindir, ni sublimar, ni velar; se les tiene que satisfacer y punto, en cambio el deseo, ese no es susceptible de satisfacerse.

Sin embargo, estrictamente hablando, el deseo se consolida como tal debido a la ausencia y presencia de la madre —en tanto ese objeto de deseo primordial—, a la respuesta que dé ante el llanto del niño, es decir, cuando el niño llora, la madre responde interpretándolo como una demanda, como un llamado para satisfacer su hambre, de tal suerte que su actuar se basa en una suposición mediada por el lenguaje la cual se vuelve significativa. Así ella estaría implicando al niño en el campo de la palabra y el lenguaje⁹. No obstante, hasta aquí el niño no estaría accediendo al deseo sino hasta el momento en que se le priva de eso que causa su satisfacción, o sea, cuando se le despoja del objeto causa de su deseo: el seno materno; lo que generaría una falta en la satisfacción de la demanda. “El deseo adviene entonces más allá de la demanda como falta de un objeto. Justamente por la cesión de este objeto, el niño se constituye como sujeto deseante” (Chemama, 1998, pág. 94).

Así tenemos que, según Chemama (1998), el deseo es:

Falta inscrita en la palabra y efecto de la marca del significante en el ser hablante [...] El lugar de donde viene para un sujeto su mensaje de lenguaje se llama Otro, parental o social. Pues el deseo del sujeto hablante es el deseo del Otro. Si bien se constituye a partir del Otro, es una falta [es una falta en el Otro] articulada en la palabra y el lenguaje que el sujeto no podría ignorar sin perjuicio. Como tal es el margen que separa, por el hecho del lenguaje, al sujeto de un objeto supuesto [como] perdido. Este objeto *a* es la causa del deseo y el soporte del fantasma del sujeto (págs. 88-89).

⁹ De ahí que se diga que el idioma que se habla originariamente es la lengua materna.

Por tanto, podemos ver que el deseo del infante es el deseo de la madre y en relación con éste se genera la angustia: ¿qué quiere ella... de mí? La madre se vuelve un enigma. El niño no acierta a comprender qué es lo que regula la ausencia y presencia de su madre. “De ahí la definición de la angustia como efecto de una interrogación sobre el deseo del Otro, que siempre sigue siendo *enigmática*” (Julien, 2011, pág. 58). Sin embargo, la única que puede dar respuesta a esa incógnita es la madre pues lo que la ordena y la rige es la ley de su deseo, por lo que en este primer momento ella es el Otro¹⁰. Además de ser ella de quien el niño depende y con quien ha tenido las primeras experiencias de placer corpóreo, será por eso que el deseo incestuoso irá dirigido a ella.

Es en esas idas y venidas de la madre que el niño desea ser todo para ella, cree que por él ella es feliz, que él la completa; se identifica imaginariamente con el falo para satisfacer el deseo de su madre, en tanto que éste, el falo, es el objeto de deseo de la madre y quiere poseerlo. Así vemos que tanto niñas como niños quieren ser el falo para su madre. Pero, ¿qué es el falo? Pues bien, es fundamental que concibamos al falo no en su condición de órgano peniano, sino más bien, expresa Nasio (2013), como “pene fantaseado, idealizado, símbolo de la omnipotencia y de su reverso, la vulnerabilidad” (pág. 26). El falo será, entonces, el representante del deseo, ese que puede dotar de un narcisismo exacerbado si se cree que se es o se posee, dando la ilusión de que no falta nada. Es por ello que el falo viene a posicionarse en el lugar de la falta.

Así, la madre quiere llenar su falta y poseerlo; y a su vez, el niño quiere serlo para ella, porque su deseo es el deseo de satisfacer el deseo de su madre. Por lo que llamaremos a esta madre, madre fálica por ser aquella que siente que no le falta nada pues tiene al falo que la completa, tiene alguien para quien ella es todo, tiene un súbdito incondicional, uno que se encuentra profundamente sometido al capricho materno. De tal suerte que “permanecer en esta posición de sujeto sujetado por el

¹⁰ Es decir, el lugar desde el que se le aporta [al sujeto] el código, o sea el lenguaje, las palabras, que van a captar y a moldear por tanto sus necesidades.

deseo de la madre, nos conduce a la problemática de las perversiones” (Basz, y otros, 1978, pág. 136), de la cual nos ocuparemos más adelante.

Anteriormente ya mencionábamos que el falo no sólo es símbolo de omnipotencia, sino también de vulnerabilidad, vulnerabilidad que se verá reflejada en una profunda angustia de perderlo, de ser castrado. El niño teme, inconscientemente, ser castigado por desear a su madre, pero, castigado ¿por quién? Nadie más que por el padre, ese que viene a perturbar la unión incestuosa y se perfila como un rival en potencia. Esto a partir de que el niño se da cuenta de que su madre dirige su deseo a alguien más y no sólo a él.

La madre posibilita la entrada del padre en tanto que lo nombra, lo reconoce y lo autoriza, es decir, le da un lugar en lo simbólico. Esta introducción del padre por parte de la madre será la imagen que se haga el niño de él en tanto carente, ausente, dividido, postizo; dice Lacan: “una carencia paterna entre el padre tonante, que tiene una voz fuerte, el padre bondadoso, el padre todopoderoso, el padre humillado, el padre impedido, el padre irrisorio, ridículo, el padre casero, el padre callejero” (Julien, 1990, pág. 25). Así, la angustia de castración, el niño la vive imaginariamente por la imagen de un padre terrible.

Lo esencial, dice Lacan (1957-1958 [2010]) en su seminario *Las Formaciones del Inconsciente*, “es que la madre fundamenta al padre como mediador de lo que está más allá de su ley, la de ella, y de su capricho” (pág. 197). Es entonces que vemos que la madre, a su vez, depende de un orden simbólico que la determina, ella también está sujeta al deseo del Otro y ese Otro es el padre, el cual la privará del objeto de su deseo, del objeto fálico, es decir, del niño.

Así, el padre en tanto todopoderoso será portador de una doble prohibición. Con respecto al niño: no te acostarás con tu madre; con respecto a la madre: no reintegrarás tu producto (Lacan, 1957-1958 [2010]). Sin embargo, esta doble prohibición va más allá, estará dirigida principalmente a la madre y el mensaje

llegará al niño, es decir, será a ella a la que el padre prive del falo, o en otras palabras: la castre. Lo que suscita la pregunta: ¿cómo privar a alguien de lo que a fin de cuentas no tiene? Pues bien, nos dice Lacan (1957-1958 [2010]):

Está muy claro que el padre no puede castrar a la madre de algo que ella no tiene. Para que se establezca que no lo tiene, eso ya ha de estar proyectado en el plano simbólico como símbolo. Pero es de todas formas, una privación, porque toda privación real requiere la simbolización. Es, pues, en el plano de la privación de la madre donde en un momento dado de la evolución del Edipo se plantea para el sujeto la cuestión de aceptar, de registrar, de simbolizar él mismo, de convertir en significante, esa privación de la que la madre es objeto, como se comprueba. Esta privación, el sujeto infantil la asume o no la asume, la acepta o la rechaza. Este punto es esencial (págs. 190-191).

De tal suerte que la castración simbólica de la madre lleva al niño a la encrucijada de decidir ser o no ser el falo para su madre; teme al padre terrible portador de la castración, pero también le ama y quiere ser amado por él. Aunque hacerse amar por él implique reprimir sus deseos incestuosos y aceptarse castrado. Si dicha castración simbólica es aceptada por el niño, ésta será prueba de que a la madre le falta algo, o sea, el falo; y éste deberá ser buscado en otra parte: en el padre. Así pasamos de la concepción de un falo imaginario al falo simbólico cuya premisa es que se constituye como algo que se puede tener mas no ser, y que incluso se le puede perder o ser reemplazado por otra cosa.

Hasta aquí es necesario hacer un recuento de las intervenciones del padre, pues será fundamental para comprender la salida del Edipo posibilitada por el padre simbólico y abordar al significante del Nombre-del-Padre en la instauración de la ley.

Como primer tiempo, tenemos al padre real¹¹, aquel que aparece en escena como rival, de aquel cuya presencia resulta molesta e intrusiva para el niño en tanto que va dando cuenta que el deseo de su madre también se dirige a ese otro.

El Padre real aparece cada vez más ante él como alguien *que tiene derecho* con respecto al deseo de la madre. Sin embargo, en un primer tiempo esta figura del que tiene derecho sólo podría actualizarse ante el niño sobre el terreno de la rivalidad fálica en relación con la madre. Rivalidad fálica donde la figura paterna será triplemente investida por el niño bajo los atavíos de un *padre privador, interdictor y frustrador* (Dor, 1998, pág. 45).

Por tanto, el padre real será el privador, el que prohíba a la madre, el interdictor del incesto que ya provisto con el reconocimiento de la madre, será introducido en el imaginario del niño de la manera en que ella conciba a ese padre. El padre privador se encarnará en la psique del niño y así operará aunque no esté presente, es decir, estará como padre imaginario que amenaza con la castración¹².

Entonces podemos decir que el padre real es para el niño un rival fálico, un otro con minúscula, un objeto de deseo para la madre y por tanto alguien que la reclama como objeto de su deseo, es decir, la reclama como suya. El niño vivenciará a ese padre como terrible puesto que le quiere quitar a su ser máspreciado, a su todo; se siente indefenso ante él pero no porque ese padre sea realmente un tirano, sino porque así lo imagina, teme ser castigado y castrado por seguir deseando a su madre. Por tanto, ante esa angustia de perder su virilidad, el niño renunciará a ser todo para su madre, es decir, pasará de estar sometido a la ley de la madre, para

¹¹ Hablar de este padre real no es lo mismo que hablar del padre de lo real. El primero es el padre de carne y hueso, mientras que el segundo es el del sinsentido, el resto incognoscible.

¹² Refiere Nasio (2013), que la castración no es vivida de igual manera en las niñas como lo es para los niños, o sea, la castración es una idea; la privación un hecho y la frustración un pedido denegado. Para el varón, la castración es una idea angustiante, la idea de que lo esencial puede llegar a faltarle; mientras que para la niña, la privación es una comprobación dolorosa, la confirmación de que le falta lo esencial que ella creía tener. En cuanto a la frustración, para la niña es la decepción que resulta de la negativa del padre a tomarla como Fallo. Desilusionada, lucha sin embargo para obtener los dos Fallos principales de la vida de una mujer: el amor y el hijo concebido con el hombre amado.

obedecer la ley de prohibición de su padre, concibiéndolo a él, ahora, como ser omnipotente portador de la ley en tanto capaz de castrar a diestra y siniestra.

Si el padre real era un otro, el padre imaginario es el gran Otro¹³, la ley absoluta. Así, en esta renuncia de ser el falo para la madre, el padre se posiciona como falo en sí mismo. Sin embargo, en la medida en que el niño vaya descubriendo que su madre reconoce estar regulada a algo más que la ley de su deseo y que es la ley del padre la que le dicta que no puede hacer lo que quiere, lo remitirá a una castración pero en el orden simbólico: nadie puede *ser* el falo, pero, se le puede *tener*. ¿Cómo es esto? De esto da cuenta el niño cuando ve que su madre prefiere a su padre y que lo que la ordena ya no es el capricho de su deseo, sino que está “*dependiente del deseo del padre [...] De modo que el niño debe tomar para sí esta nueva prescripción que regulará la economía de su deseo: el deseo de cada cual está siempre sometido a la ley del deseo del otro*” (Dor, 1998, pág. 46).

Entonces tenemos que, “el acto de castración, aun cuando es asumido por el padre, no es en realidad la acción de una persona física sino la operación simbólica de la palabra paterna. El acto de la castración obra por la ley a la cual el padre mismo, como sujeto, está inexorablemente sometido” (Nasio, 1996, pág. 51). Éste es el padre simbólico que aparece como aquel que tiene el falo y no como el que lo es; y aquel cuya palabra, en tanto representante de la ley, pondrá un límite al goce. Y qué es el padre simbólico sino una metáfora, dice Lacan (1957-1958 [2010]), “*un significante que viene en lugar de otro significante*” (pág. 179), es decir, la función del padre viene a sustituir al primer significante introducido en la simbolización: el significante materno; o sea, el padre viene a ocupar el lugar de la madre. Este nuevo significante será el Nombre-del-Padre, el cual se inscribirá en el inconsciente, será representante y dará fe de la existencia de la ley en la cadena significativa. En este sentido, Maleval (2002) refiere que:

¹³ Este padre imaginario, que se presenta como terrible nos remite al padre de la horda primitiva, al *Urvater* capaz de poseer a todas las mujeres y matar a sus hijos. En tanto que el padre simbólico nos remitirá al mismo pero una vez muerto como aquel que invoca a la ley y a la renuncia del goce.

[...] el Nombre del Padre se inscribe, de forma que la madre queda interdicta, ocupa el lugar del Otro y cae en el olvido, mientras que el falo le es dado como significado al sujeto. En adelante, este último ya no se siente librado a la omnipotencia del capricho materno, ya no se ve sometido a la diversidad de significaciones particulares inducidas por el deseo de la madre, y será capaz de orientarse respecto a la significación fálica, que posee una función de normativización del lenguaje. La función fálica hace que el sujeto sea apto para inscribirse en discursos que constituyen un vínculo social (pág. 83).

De tal suerte que a partir de la introducción de la metáfora paterna el individuo emerge como sujeto, pues como tal, está sujeto a un código simbólico, a una ley y a una significación fálica, o sea, es en este momento cuando el sujeto acepta que él no es el falo para su madre y que a su vez el padre tampoco ostenta el poder pues sólo es representante de la ley y, por tanto, el falo, ese objeto de deseo no está en ninguno, está por fuera de todos ellos, lo cual se convertirá en algo para buscar o tratar de reencontrar.

Pero además, en la salida del Edipo, como ya mencionaba Lacan (1957-1958 [2010]), se produce la identificación, “no con la figura del padre, sino con ciertos elementos significantes, de los que es el soporte, digamos las insignias del padre: el sujeto se presentará pues bajo la máscara, bajo las insignias de la masculinidad” (pág. 201). Sin embargo, también nos dice que la salida del complejo del Edipo para la mujer es totalmente distinta puesto que “ella no ha de enfrentarse con esa identificación, ni ha de conservar ese título de virilidad. Sabe dónde está eso y sabe dónde ha de ir a buscarlo, al padre, y se dirige hacia quien lo tiene” (Lacan, 1957-1958 [2010], pág. 201).

Por último, la función del padre en tanto aquél que prohíbe el incesto, tendrá que ser internalizada y desempeñada al interior del aparato psíquico por el superyó. Así, el superyó será, para Freud, el embajador del padre en la psique del sujeto, mejor conocido como el *heredero del complejo de Edipo*, pues será que “a través del superyó, el yo simultáneamente se apropie y someta a las pulsiones contenidas en el ello” (León, 2013, pág. 23).

De este modo vemos que el Edipo no se trata del conflicto entre la ley que prohíbe y el deseo incestuoso del niño, sino más bien entre esta ley y la satisfacción, es decir, del goce que significaría la realización de dicho deseo. Porque, dice Nasio (1996):

[...] la ley no prohíbe el deseo, no puede impedir que el niño desee, prohíbe exclusivamente la satisfacción del deseo; en una palabra, *la ley prohíbe el goce*. Así, el conflicto del cual resulta el superyó, no se sitúa entre la ley y el deseo, sino entre la ley y el goce absoluto del incesto (pág. 182).

Sin embargo, no sólo el niño se identifica con la ley de prohibición del padre, sino que también continúa deseando; por lo que el superyó será no sólo esa huella procedente de la identificación con la ley sino también “garante de la repetición, a lo largo de la existencia, de los tres gestos fundamentales que marcaron para el niño la salida del Edipo. [...] renunciar al goce prohibido, mantener su deseo hacia ese mismo goce considerado inaccesible y [...] proteger su integridad yoica” (Nasio, 1996, págs. 182-183).

Con esto vemos hasta qué punto el superyó encarna la contradicción misma, la cual, al transcurrir la vida del sujeto se volverá severidad sádica, angustia y le generará al yo un sentimiento de culpa. Es decir, instancia que en tanto normativa del Edipo que prohibía el goce, degenerará en voces imperativas que ordenan el goce, o sea, mandato que ordenará llevar el deseo hasta su último límite; a la vez que goce imponiendo la restricción de dicho goce en un cruel autocastigo.

1.3 El significante del *Nombre-del-Padre*

Anteriormente, se mencionó que el significante del Nombre-del-Padre será la metáfora que posibilite la emergencia del sujeto que, en tanto ser hablante e inmerso en el código del lenguaje, le permita tramitar su deseo. Esto será posible a partir de identificarse con ese rasgo unario y a condición de que para emerger sujeto repita la falla —eterna manifestación de la falta del Otro—.

Sólo en el párrafo anterior, tenemos condensado una serie de variables que cada una en sí misma guarda una complejidad inestimable y que juntas ponen de manifiesto lo que nos hace ser humanos y darle un sentido a la vida. Hablamos del código que nos es común a todos, de ese que permite entender y ser entendidos por nuestros semejantes y de poner nombre y apellido a las cosas, que aunque ausentes, dejan un remanente, una huella imborrable capaz de ser recordada hasta el cansancio y aun así estar cargada de significado, significado que nos remite a tiempos idos, únicos en su acontecer pero que también nos habla de un porvenir, uno que se puede vivir acompañado o en aislamiento pero nunca solo, pues la palabra siempre estará ahí para proveer consuelo ante el abismo de lo real así como de anudarlo por medio de la letra. Porque, como menciona Lacan (1957-1958 [2010]):

Basta con uno para que la lengua esté viva. Hasta tal punto basta con uno solo, que este Otro [el lenguaje] por sí solo puede constituir el primer tiempo —con que quede uno y pueda hablarse a sí mismo su lengua, con eso basta para que esté él y no sólo otro sino incluso dos, en todo caso alguien que lo comprenda. Se puede seguir contando ocurrencias en una lengua cuando se es su único poseedor (pág. 19).

Sin embargo, no basta con hablar, sino que es preciso tener un mensaje que dé cuenta de una cadena de significantes, es decir, de que hay un principio que se articula en lo sucesivo para poder existir y dar sentido. Por ejemplo, menciona Lacan (1957-1958 [2010]), “si empiezo una frase, no comprenderán ustedes su sentido hasta que la haya acabado. Es del todo necesario —ésta es la definición de la

frase— que haya dicho la última palabra para que comprendan dónde está la primera” (pág. 17).

Un significante puede ser una palabra, un gesto, el detalle de un relato, la inspiración de un poema, la creación de un cuadro, un sueño, incluso un sufrimiento o también un silencio; se alimentará de olores, miradas, aplausos, palabras, golpes dados y recibidos, humillaciones, vergüenzas, de besos y de orgasmos. Huella que quedará registrada dispuesta para ser significante sólo a otro significante, pues se trata del “advenimiento de una confusión reveladora de mi deseo; una confusión surgida tan a propósito y tan oportunamente que se me ofrece, fuera de mí, como mi propia verdad” (Nasio, 1996, págs. 153-154).

Así, para tejer una red de sentido es necesario contar con un referente, un significante primordial, rasgo unario que dé sostén al armazón simbólico, hablamos pues del Nombre-del-Padre; ese “quien tiene la función de nominar al sujeto del inconsciente [...] soporte real de lo que Lacan llamó función paterna” (Ravinovich, 2005, pág. 58).

Retomando lo mencionado sobre el primer tiempo del Edipo, decíamos que el niño no alcanza a comprender las idas y venidas de su madre, no sabe qué es lo que regula su presencia y ausencia, “él no dispondrá de ningún medio para discernir el angustiante enigma del deseo de la madre hasta que el Nombre del Padre le proporcione la respuesta fálica correspondiente” (Maleval, 2002, pág. 84), de tal suerte que el significante del Nombre-del-Padre es el lugar de la respuesta última como lo atestigua la pregunta infantil: *papá, ¿cómo se llama eso?*, lo que prueba, que para el niño (y para todos nosotros) el supuesto básico que da soporte a la existencia misma es que hay alguien que tiene la autoridad para otorgar nombre a las cosas y así dotar de sentido. Sin embargo, no hay respuesta que pueda satisfacer esa demanda que hace el niño al padre respecto al enigma que supone la falta de la madre, hay una imposibilidad para “*hacer saber*” de aquello que causa esa falta, puesto que:

[...] por su indeterminación misma, no hay para eso, el referente que la pregunta evoca, ninguna respuesta articulable por la palabra. Nada podrá designar lo irremediadamente perdido por la entrada en juego del lenguaje: eso por lo que el sujeto pregunta es la referencia siempre inapresable, la distancia infranqueable entre el mundo real y su simbolización. Lo que se denomina castración del padre no alude por lo tanto sino a la insuficiencia de su nombre para dar cuenta de todo lo real del goce (Gerber, 2005, págs. 47-48).

Así, asevera Braunstein (1989), “el sujeto no es hijo de su padre sino de su palabra que lo representa ante el Otro, otro que sólo existe porque esa palabra lo hace surgir a la vez que lo tacha. El Otro tachado: un conjunto lógico que no existe sino a partir del sujeto como -1 que lo descompleta y lo hace inconsciente” (pág. 22); he ahí la emergencia del sujeto del inconsciente.

Por lo que se puede decir que el significante del Nombre-del-Padre será aquella palabra que trate de decir todo sobre el goce, no obstante, será acto fallido ante la imposibilidad de ese decir, puesto que el goce se encuentra por fuera de lo simbólico. De tal suerte que el sujeto, con lo único que contará será con la aproximación que de él se pueda hacer a partir de la palabra del padre, incrustándose en el sujeto como un síntoma, un gesto, una palabra, una decisión e incluso una acción. Por ello, el Nombre-del-Padre será el significante primordial, el rasgo unario, el Uno, a partir del cual se constituya la cadena de significantes que permearán al sujeto para que pueda hacerse de un idea del mundo.

Sin embargo, por más que evoquemos el Nombre del Padre, éste no tendrá la palabra última, hay algo de él que se nos revela incompleto, en falta¹⁴. Su palabra no sosiega al alma, y en efecto, su presencia como significante, como metáfora, escribe Gerber (2005), “implica en sí misma un crimen, la palabra asesina la Cosa” (pág. 50), porque en el momento mismo en que se enuncia para dar sentido a algo, se vuelve otra cosa; de ahí la imposibilidad de lo simbólico y del Nombre-del-Padre para designar al *todo*. Porque “ningún lenguaje permite articular toda la verdad. No

¹⁴ Por lo que Lacan hablará de los Nombres del Padre como aquellos intentos por dotar de sentido a lo insondable de lo real.

hay Otro del Otro” (Maleval, 2002, pág. 91). Así, vemos la hiancia del Otro, vemos al padre castrado y vemos a un sujeto, que si bien se concibe a imagen y semejanza de ese padre en falta y que se estructura a partir de él, también se resiste a resignarse y busca incansablemente al Otro que lo colme en su deseo de saber, en su deseo de gozar y así llegar a la verdad absoluta sin saber el fracaso que ello supone puesto que ésta sólo se puede “medio-decir”.

Pero resulta que, invocar el Nombre del Padre es un acto de fe, no se le puede ver ni palpar; con lo único que contamos es que “todo enunciado de autoridad posee como única garantía su propia enunciación” (Maleval, 2002, pág. 91). Pues es el único garante de la palabra del sujeto y de que se pueda reconocer como ser en falta y supeditado a una ley paterna incapaz de determinar lo que es lícito y lo que es ilícito, puesto que lo único que establece como necesario es la renuncia al objeto primordial de goce. Entonces, el sujeto podrá enunciar su deseo sin el peligro de un goce mortífero, porque recordemos que una vez que ponemos en palabras algo, se asesina la Cosa; de esta forma el deseo se volverá otro.

Para Norberto Rabinovich (2005), el Nombre del Padre no sólo es la garantía de la ley del lenguaje, sino que el sentido mismo de la ley radica en que es la “ley del sinsentido”; pues en esa imposibilidad del significante del Nombre-del-Padre para dar el sentido último que revele la verdad de las cosas, advendrá todo aquello que no tenga nombre y nos tomará por sorpresa ya sea en forma de impulsiones, síntomas..., todo aquello que responda a la “repetición de lo real” en su modalidad de goce.

Con esto vemos lo fundamental que resulta el significante del Nombre del Padre, ya que no sólo nos introduce en el campo del lenguaje, sino que también, y gracias a esa emergencia, le podemos tratar de buscar y dar cierto sentido a las cosas, de hacerlas significantes; de hacer que lo mortífero de lo real pueda tramitarse en lo simbólico y así asesinar la Cosa o por lo menos tomar distancia. Por lo que cabe preguntarse ¿qué pasa cuando la cadena significativa no cuenta con el referente

primordial, o más precisamente, cuando el significante del Nombre-del-Padre está forcluido? La psicosis, es la respuesta.

1.3.1 La función paterna: represión, renegación y forclusión

“Lo que el padre silenció, en el hijo habla: muchas veces comprobé que el hijo era el desvelado secreto del Padre.”

«*Así habló Zarathustra*»
—Friedrich Nietzsche

La experiencia analítica, a partir de su estudio sobre el inconsciente, ha mostrado una serie de indicadores clínicos que permiten circunscribir ciertas entidades nosográficas, proveyendo de un marco referencial de la estructura del sujeto (Dor, 2006, págs. 19-20). Por lo tanto, es en el decir de los analizantes y los senderos que toma su discurso, que se puede constatar la emergencia o la ausencia de la función paterna. O sea, de la aceptación de la castración cuyo motor es la represión en el neurótico, de la renegación de la castración en el perverso y de la forclusión del significante primordial en el psicótico. Puesto que hablar del padre es hablar, estrictamente, de una postura ante la vida ya sea como seres idealistas y eternamente insatisfechos; como objetos del deber incuestionable; o como seres ensimismados en una realidad ajena al mundo común. Sin embargo, la apuesta del psicoanálisis es la de hacer algo con esa postura y trabajar para vivir las tonalidades que se nos presentan en cada apuesta en vez de estar inercialmente en los extremos y en las totalidades trágicas o cómicas, pero por supuesto asumiendo costos y consecuencias de cualquiera que sea la postura que se opte por vivir. Porque si bien la estructuración es una transmisión de nuestros padres no por ello es destino puesto que cada uno elige, como se dice coloquialmente, el pie del que quiere cojear; es decir, uno escoge sus neurosis, pero no basta con elegir las, sino responsabilizarse de la elección.

Pero, ¿acaso no tomamos postura desde el momento mismo en que reaccionamos de tal o cual forma ante una palabra, una mirada, una sonrisa, una negación, una

imposibilidad o una ausencia? Sin duda elegimos obedecer o no, pero ¿todos contaremos con la misma posibilidad?, ¿será que justamente la función paterna es la que nos permite dicho movimiento? Porque si no ¿cómo nos explicamos que el perverso y el psicótico se asuman instrumentos de un gran Otro? Es cierto que elegimos modos diferentes de defendernos, de sufrir, de amar... de vivir, pero ¿en serio se lo debemos al padre, o es que se lo debemos a la madre?, porque en la ausencia del padre la que está, es la madre.

Vayamos paso a paso. En la estructuración de la neurosis (la cual ya se mencionó al describir el complejo de Edipo y la metáfora del Nombre-del-Padre) la madre es la que posibilita la instauración de la ley del padre al reconocerlo y darle la batuta, así el niño podrá atravesar la operación de *ser* el falo a *tenerlo* simbólicamente debido a su aceptación de la castración. Una que lo llevará a defenderse constantemente de ese goce que tanto desea, deviniendo en sufrimiento a razón de haberlo reprimido y olvidado de la conciencia. Sí, sufrimiento porque el inconsciente tiene memoria y nunca olvida, así lo reprimido buscará la manera de emerger ya sea a nivel del pensamiento en forma de dolor soportable para el obsesivo, en forma de amenaza constante para el fóbico, o, sufrimiento que se vuelve corporal en la histeria (Nasio, 1991).

Lo que precipitará a estos modos de sufrimiento neurótico obsesivo será la angustia ante la castración real, donde el verdugo es el padre. De tal suerte que el fantasma del padre, la imagen que de él se formó el niño en la infancia, lo acompañará en cada segundo de su vida. Estará marcado siempre por la prohibición, por el *no*; soñará con deshacerse de esas cadenas, con enfrentar al padre tirano, pero en la vigilia sólo será un “nostálgico del *ser*”, pasivo y subyugado al deber del ideal.

En el caso de la histeria, la fantasmática del padre tiene que ver con la “puesta a prueba” que requiere el histérico que él haga para dar fe de que en efecto *tiene* el falo y el derecho a poseerlo. Se encarna en un constante desafío por él, puesto que se siente injustamente desprovisto del objeto de su deseo, así su apuesta será la

reivindicación del tener y conquistar dicho atributo que le fue arrebatado, teniendo como premisa estructural: “*la alienación subjetiva en el deseo del Otro*” (Dor, 1998, pág. 63). Donde lo único por hacer ante dicha pérdida es suponer que el Otro que lo posee (el padre), sabe la respuesta al enigma del deseo.

La puesta en escena del *ser al tener*, sólo es posible cuando la madre se muestra en falta, o sea, supeditada a la instancia paterna, sin embargo, para la estructura perversa esa instancia paterna nunca devino significante del deseo de la madre y sólo se posicionó como rival fálico en el imaginario del niño, aunque en realidad ese padre sólo observa con una “*complacencia silenciosa*” (Dor, 2006, pág. 69); sin embargo, esta investidura que le atribuye, será con la cual compita el perverso por el favor de una madre que se le muestra seductora y que lo llama al goce¹⁵. Así, el deseo de la madre se volverá esa instancia identificatoria que dé soporte a la estructura del perverso, en donde por un lado concebirá a la madre como un *Otro omnipotente* y por otro como un *Otro faltante*, asumiendo para sí la idea de ser él el *objeto susceptible de colmar la falta en el Otro* (Dor, 2009, pág. 90) puesto que el padre, con el cual siente que rivaliza por los favores de la madre, aparece castrado en el sentido de que su palabra no tiene lugar ni sentido alguno y que sólo es como un deshecho que no tuvo lugar en la escena parental.

A diferencia del neurótico, del cual su angustia de castración lo remite a aceptar la ley; el perverso sólo aceptará la incidencia de la castración bajo reserva de transgredirla continuamente puesto que el mecanismo por el que se estructurará será el de la renegación. Niega que su madre pueda estar castrada, no lo quiere reconocer puesto que su angustia se sustenta en el fantasma de una castración real; así, imaginariamente el perverso le atribuirá a la madre un falo (fetiche) a manera de reemplazo del genital cortado. Sin embargo, esta doble negación de la castración no estaría más que afirmando la castración misma.

¹⁵ Adelantando que el concepto de goce en psicoanálisis tiene que ver con el deseo de realizar lo prohibido, es decir, la unión incestuosa con la madre.

Ahora bien, esta madre fálica se le presenta al niño (futuro perverso), por un lado, como “la madre amenazante e interdictora, entrometida en el habla simbólica del padre y [por el otro] como una madre seductora que alienta al niño a hacerla gozar, que convierte en insignificante la significación estructurante de la ley del padre” (Dor, 2009, pág. 104), dando como resultado que la autoridad del padre simbólico —como representante de la ley— “jamás será reconocida para otra cosa que para impugnarla mejor e incansablemente” (Dor, 1998, pág. 57). Esto es debido a que repudia el hecho de que el padre pueda hacerse desear y preferir por la madre, por lo que se abocará a demostrar que “*la única ley del deseo es la suya, y no la del otro*” (Dor, 2006, pág. 55). Como resultado, el propósito de su deseo irá encaminado a desafiar y transgredir.

Es en este desafío incesante a la ley, que el perverso está asegurando que la ley existe realmente y que es él su instrumento en tanto juez y verdugo, por lo que buscará la forma de transgredir los límites a manera de fracturar la ley y así sostenerla a su modo como una ley del goce —única ante la cual el perverso se somete de buen grado—. Por lo que no es de extrañarse que encontremos entre las filas de la perversión grandes moralistas o paladines de la educación, de los valores y protectores de la ley, de su ley.

Ahora, entrando en el campo de la psicosis, la función paterna está totalmente ausente, no está el significante que venga a sustituir el significante del deseo de la madre, o sea, el significante del Nombre-del-Padre está forcluido, hecho que comprometerá la realidad psíquica del sujeto condenando al fracaso la represión originaria y por consiguiente a la metáfora paterna. Por lo que el acceso del niño a lo simbólico quedará gravemente comprometido, así como la posibilidad de tramitar su deseo por fuera del seno materno ya que a falta de metáfora paterna se quedará sujeto a una relación arcaica con la madre donde seguirá constituyéndose como su sólo y único objeto de deseo.

Sin embargo, se debe subrayar que la madre fálica psicotizante no es la misma que la del perverso. La madre del perverso, puntualiza Dor (2009), “no le hace la ley al padre”, es más, se burla de ella; mientras que la madre del psicótico está “fuera de la ley”, puesto que la ley que ella ejerce obedece únicamente al beneficio personal, donde la separación del hijo resulta impensable. Dando como resultado que el niño quede sujetado a la omnipotencia materna pues su deseo sólo está dirigido a él y nada más que a él, ya que el padre como función quedó pendiente pues su lugar nunca fue dicho ni ejercido por nada ni por nadie.

Por tanto, si como dice Maleval (2002), “la principal función que le corresponde al Nombre del Padre consiste en hacer posible una coordinación entre el lenguaje y el goce que permita un cifrado de este último. Así su carencia radical nos lleva a estar atentos a lo que obstaculiza este cifrado” (pág. 102), entonces el goce se torna invasor y el delirio surge como defensa, como un intento de obligar al goce desbordante a permanecer dentro de las redes del lenguaje, ya que esa invasión del goce del Otro hace posesión de su cuerpo.

Entonces, hablar de la forclusión del Nombre-del-Padre es decir que en el momento preciso en que el niño hizo un llamado para saber sobre el significante del deseo materno, esta respuesta nunca llegó. Y lo que no ha llegado a la luz de lo simbólico, decía Lacan en *El seminario sobre la carta robada*, aparece en lo real, cuya consecuencia será una proliferación absoluta del sentido, pero, refiere Gerber (1998), totalmente desprovisto de anclaje en alguna referencia puesto que no habrá trazo, huella o rasgo unario que marque en el psicótico la castración de la madre, de La mujer.

1.4 Los Nombres del Padre

“Cuando siento una necesidad de religión,
salgo de noche y pinto las estrellas.”

—Vincent van Gogh

El Nombre del Padre es un intento de respuesta ante lo desconocido y enigmático que resulta el Universo complejo y caótico al cual nos encontramos sujetos, que a la vez resulta estar ordenado y regido por un solo principio: el del goce. Así, se puede decir que el Nombre del Padre será el significante de lo real. Sin embargo, no hay una respuesta que determine todo el saber. Si bien evocamos al Nombre del Padre como la religión nos ha enseñado a hacerlo, el hecho de que la creencia de la existencia de Dios esté en nada menos que las manos de la fe y que esa fe se sustente de sacrificios, milagros inexistentes y rezos emitidos al vacío —aunque Dios nunca se haga presente—, nos dice que Dios no existe. Asimismo, evocar el significante del Nombre del Padre es una cuestión de fe, no hay nada que garantice su existencia más que el hecho de que se pueda hacer una representación de las cosas a razón de nombrarlo.

No obstante, nos percatamos de que éste no alcanza para dar a conocer la verdad absoluta de eso real del goce. Por ello el Nombre del Padre se pluraliza, constatamos que el Padre tiene muchos Nombres ante los cuáles responde, tiene muchas caras, no sólo una de ellas responde a la función normativizante del Edipo, no sólo una hace la función de prohibición del incesto e instauración de la ley.

La pluralización del Nombre del Padre da cuenta de que si bien es fundamental el padre simbólico para la inmersión del sujeto en la cultura a partir de la imposición de la ley, éste ve venir su ocaso al no ser garante del saber todo; el padre de lo real, ese del goce, se nos aparece como antecesor del padre simbólico, en una suerte de morador desde el inicio de los tiempos que amenaza con desbordar el sinsentido.

Los Nombres del Padre hacen a la vez de función paterna y de suplencia de la misma en tanto delirios, voces superyoicas y versiones que tratan de anudar los agujeros que abre la falta. Tal como Joyce que con la escritura hizo una compensación de la carencia paterna (Lacan, 1975-1976 [2006]).

De tal suerte que la realidad en la que se mueve el ser hablante, menciona Maleval (2002), sólo podrá construirse mediante el entrecruzamiento que los Nombres del Padre haga de los tres elementos que dan cuenta de la estructura del sujeto, estos son lo real, lo simbólico y lo imaginario; nudo al cual Lacan llamó cadena borromea. Pues sólo así, y mediante el *sinthome*¹⁶, podremos contener al Cerbero y a lo que custodia.

1.5 A modo de conclusión del capítulo

Hay quienes dicen que Freud, lo que hizo con el mito del *Urvater*, fue querer salvar el lugar del Padre poniéndolo al inicio de todo como ser omnipotente¹⁷, o bien, hizo un intento por preservar el patriarcado y el poder del padre sobre la madre¹⁸. Todos, intentos de apaciguar su angustia y depositar en el padre el saber último. De ahí que digan que también lo que hizo fue salvar la religión y a Dios poniendo en ese lugar al Padre. Sin embargo, tal vez, podemos especular —porque eso es lo que podemos hacer al no poseer la verdad— que como todo ser humano, Freud, aparte de anudar su teoría, quiso anudar su vida, la falta, el sinsentido, la carencia de su padre, al todo y la nada.

¹⁶ A diferencia del síntoma, concebido en su momento como un mensaje simbólico proveniente de un inconsciente estructurado como lenguaje, el *sinthome* —forma arcaica de la palabra síntoma— alude a una concepción del síntoma desde el registro de lo real, más allá de lo simbólico: un núcleo de goce irreductible al lenguaje y que, por tanto, no exige disolución por la vía del análisis, sino más bien un saber hacer, una artesanía particular con lo real del síntoma, no demasiado lejana a la idea freudiana de sublimación, en tanto redireccionamiento de la pulsión hacia metas socialmente valoradas (León, 2013, pág. 76).

¹⁷ Lacan en el seminario sobre *Los Nombres del Padre*.

¹⁸ Michel Tort en *Fin del dogma paterno*.

Porque, seamos sinceros, el ser humano es romántico por excelencia, se la pasa rememorando y tratando de repetir los tiempos idos y, por supuesto, recordando a esos responsables de su presencia en el mundo. A la madre, porque fue y será la única persona de la cual se puede decir que en efecto se fue suyo, más ella, ella nunca perteneció al hijo. Y al padre, porque de alguna manera sabe o intuye que el hijo nunca le pertenecerá, y le ayuda y lo protege del ser siniestro que se vuelve toda madre, captando para sí las miradas de ella, la atrae para ser él el blanco, la diana de su deseo; se vuelve el agente separador de la simbiosis en la que el hijo se encuentra con la madre, donde no es más que una extensión de ella. Así, los sentimientos ambivalentes de amor y odio que se presentan por esas figuras, será el motor o el lastre que estructure al ser humano ante la vida.

Cuando niños, la deficiencia para cuidar de uno mismo es evidente, se es un parásito que mama de la madre. Se mama no sólo el alimento proveniente de su seno, sino también la sensualidad de las caricias, las miradas, las palabras; uno se alimenta de todo el amor que ella prodiga (o bien, de su falta de caricias, miradas y palabras, de toda su indiferencia). ¿Quién querría desprenderse de semejante atiborro de placeres? Seguramente nadie por voluntad propia. Sin embargo, la cultura dice que hay etapas en la vida del infante en que se le debe separar del seno materno, del maná de la vida. ¡Mundo cruel que nos hace probar de la inmortalidad y luego nos la arrebató de tajo! Y a la vez, bendito a quien se le ocurrió que así fuera. Pues cuántas veces no se ha visto madres que sin pudor gozan no sólo de amamantar a sus hijos ya estos entrados a una edad avanzada, sino que incluso aunque los hayan destetado, los tienen pegados a su pecho haciendo uso de frases como: “es mi hijo y yo hago lo que quiero porque es mi hijo” o “yo lo educo como quiera porque soy su madre”. En efecto, nos damos cuenta de que la mayoría de las madres se rigen por su propia ley. Quieren dar todo por y para sus hijos. Nadie niega que ese sea uno de los amores más puros, sin embargo, parece ser que les es muy difícil vislumbrar que con ese amor desbordado anulan a sus hijos, los inutilizan para enfrentar el mundo y como consecuencia, vemos sujetos miedosos, sujetos bien sujetos a las faldas de su madre que más que tener miedo a vivir, tienen

miedo a su madre, pues en su imaginario ella tiene la última palabra. La madre se vuelve el todo, única e irremplazable, a la cual nunca se le podrá dejar.

Por su parte, Pink Floyd nos regala una visión magnífica de lo que hemos venido exponiendo sobre la madre devoradora, que no dejará volar a su bebé para poseerlo cual trofeo:

Mother do you think they'll drop the bomb
Mother do you think they'll like the song
Mother do you think they'll try to break my balls
Mother should I build a wall
Mother should I run for president
Mother should I trust the government
Mother will they put me in the firing line
is it just a waste of time
Hush now baby don't you cry
Mama's gonna make all of your
Nightmares come true
Mama's gonna put all of her fears into you
Mama's gonna keep you right here
Under her wing
she won't let you fly but she might let you sing
Mama will keep baby cosy and warm
Oh Babe Oh Babe Oh Babe
Of course Mama's gonna help build the wall

Mother don't think she's good enough for me
Mother do think she's dangerous to me
Mother will she tear your little boy apart
Mother will she break my heart
Hush now baby, baby don't you cry
Mama's gonna check out all your girl friends for you
Mama won't let anyone dirty get through
Mama's gonna wait up till you come in
Mama will always find out where
You've been
Mamma's gonna keep baby healthy and clean
Oh Babe Oh Babe Oh Babe

You'll always be a baby to me
Mother, did it need to be so high¹⁹

Los mitos abundan al ser estos un intento por llenar el hueco del sinsentido y así poder explicar el mundo que nos habita, Freud pudo corroborarlo. De esta manera, hay mitos que presentan un tiempo en donde la madre es La Madre, la Diosa Madre “cuyo cuerpo es la tierra entera y cuyos miembros son cosas y personas” (Ortiz-Osés, 2003, pág. 193). En estos mitos matriarcales, junto a la Diosa Madre comparece un *hijo-esposo*, es decir, un amante cuya única función es fecundarla, morir en el acto y renacer para volver a fecundarla. Goce perpetuo, fundición con el todo...la nada: muerte.

Con esto es posible tener una idea más clara de hasta qué punto la madre, dadora de vida, de igual manera convoca a la muerte, pues en efecto, da la vida, procrea hijos, pero, en una suerte de extensión de ella y a placer, puede anularlos evitando su devenir sujeto. ¿Defendernos?, por supuesto que nos defendemos, de alguna manera vamos asumiendo las pérdidas. Ya una vez nos separaron del paraíso, perdimos el seno materno, tal vez nos encontramos con nuestros hermanos rivales; incluso nuestro cuerpo sabe de eso que significa desprenderse de algo. Inclusive, cuando nos dirigimos al otro, al padre, nos defendemos al pedir una respuesta, otra, que nos dé un poco más de verdad sobre los límites, y que nos haga sentir identificados, pero se preguntarán y ¿por qué la madre no podría dar esta respuesta? Porque para la madre, el hijo o es perfecto o imperfecto, capaz o

¹⁹ ¿Mamá crees que dejarán caer la bomba?/ ¿Mamá crees que les gustará la canción?/ ¿Mamá crees que intentarán romper mis bolas?/ ¿Mamá debería de construir un muro?/ ¿Mamá debería correr para presidente?/ ¿Mamá debería de confiar en el gobierno?/ ¿Mamá me pondrán en la línea de fuego?/ ¿Es solo una pérdida de tiempo?/ Silencio ahora bebé, no llores/ Mamá va a hacer todo por ti/ Las pesadillas se vuelven realidad/ Mamá va a poner todos sus miedos dentro de ti/ Mamá te va a mantener justo aquí/ Debajo de su ala/ Ella no te dejará volar, puede ser que te deje cantar/ Mamá mantendrá al bebé agradable y caliente/ Oh Bebé Oh Bebé Oh Bebé/ Por supuesto que mamá te va a ayudar a construir el muro. Mamá no cree que ella sea buena para mí/ Mamá cree que es peligrosa para mí/ ¿Mamá ella destrozará a tu niño?/ Mamá ¿Me romperá el corazón?/ Silencio ahora bebé, no llores/ Mamá revisará a todas tus chicas por ti/ Mamá no dejará que nadie sucio llegue a ti/ Mamá va a esperar hasta que llegues/ Mamá siempre descubrirá dónde has estado/ Mamá mantendrá al bebé saludable y limpio/ Oh bebé Oh bebé Oh bebé/ Siempre serás un bebé para mí/ Mamá, necesitaba ser tan alto.

incapaz, es su falo o un triste intento de ello²⁰. No así para el padre, puesto que de antemano sabe que el hijo no le pertenece²¹. Así como evocar al Padre es un acto de fe, así el padre tiene una puesta de fe en el hijo y en la palabra de la madre que lo incluye en esa relación amorosa.

Entonces, no es de extrañarse que el sistema matriarcal haya visto su ocaso y el Padre haya hecho historia al devenir en un sistema patriarcal, aunque éste tergiversado en lo que le suponía como inherente al padre. Si bien, cada uno puede constatar —que como niños que fuimos—, la figura del padre se nos imponía severa pero bondadosa, se le podía odiar pero nunca dejar de amar. Sin embargo, la historia nos enseña que el padre familiar, social, nunca iba a estar a la altura, siempre carente de algo; de ahí las declinaciones del que fuera blanco. La función paterna en otro tiempo limitada a su figura, se vio revocada, refiere Helí Morales (1998), “por el poder de la iglesia y el estado, por los derechos civiles de los hijos, por el lugar de la madre y su amor irremplazable y, en fin, con la maquinaria científica” (pág. 12). No obstante, carente, presente o ausente la figura del padre, seguimos evocando su Nombre a razón de obtener respuestas a las incógnitas que nos presenta nuestra existencia en este mundo caótico e incognoscible.

Los Nombres a los que responde ese Padre son diversos, en eticidad y sustancialidad. Su discurso obedece a distintos intereses. A veces responde en su función de fundante de la ley de prohibición, como valla de contención ante el abismo de lo real, como un *saber hacer* de uno mismo y de la vida; pero también

²⁰ A riesgo de errar haciendo generalizaciones, me inclino a creer que en las madres se encuentra este sentimiento para con los hijos. Mucho dependerá de la historia personal de cada una y la manera en que acepten y hayan aceptado la ley pues, como ya se había visto anteriormente, en la medida en que se acepten castradas o no, transmitirán un mensaje en particular a sus hijos. Es decir, todo dependerá de su disposición a sentirse incompletas, vulnerables...mortales, no-todas.

²¹ Este padre que se menciona es el padre de familia, pensando en una situación en donde esté presente. Sin embargo, este padre de familia no —en todos los casos—, es el padre del complejo —del cual es propia la función paterna—. No obstante, no es disparatado considerar que la función de corte, prohibición, incentivo, identificación, simbolización, sea paterna en el sentido de que el padre (carnal) estuviera ahí, real, (volviendo a los mitos y a la historia) al cual se le demandaran las primeras aproximaciones sobre el mundo nuevo y desconocido, en ese afán del niño por descubrirlo todo y saber el nombre de las cosas, su significado, su utilidad, sus límites...su existencia.

responde como envés de la ley, como transgresor. Así pues, el padre no es todo amor y dulzura, no es todo incentivo y protección; es también terrible, perverso y perpetrador.

La manera en la que nos subyugamos a su voluntad tiene que ver con los malestares contemporáneos. La ley del no-todo se ve transgredida por discursos perversos que apelan a una versión del padre. No hay referentes, puesto que si algo caracteriza a esta época es: el vacío.

En 1929, Freud ya hablaba de un malestar en la cultura en donde la represión de las pulsiones sexuales era la causa de dicho malestar puesto que, para convivir en sociedad, el precio que se pagaba era la insatisfacción de dichas pulsiones. Hoy día, seguimos inmersos en un malestar, sólo que ahora estamos sumidos en ideologías perversas que como pago exigen ya no la represión del goce, algo muy “pasado de moda”, sino que ahora, demandan el goce del cuerpo con pequeños “*objetos a*”, que cual sirenas seducen y atraen al sujeto hacia el abismo de lo real.

Capítulo 2. *Pére-version*²², una versión contemporánea del padre hecha discurso²³

La falla del Nombre-del-Padre respecto a decir sobre el todo²⁴ (como ya se había señalado en el capítulo anterior), lleva al sujeto a tratar de llenar la falta significativa con una serie de suplencias que anuden su realidad. Todo acto del ser humano es una búsqueda de la verdad; la podemos ver en el artista, en el científico, en el devoto... la podemos ver en formas incluso de delirio o paranoia. Intentos todos por representar lo irrepresentable, acaeciendo —tarde o temprano— en un fracaso, pues si bien lo simbólico trata de hacer lo fatídico de lo real pronunciable y el imaginario provee una suerte de escape momentáneo a eso real angustiante, siempre queda un resto, un goce nunca evacuado del mundo.

La *pére-version*, como una versión del padre, nos habla de un padre que monopoliza el goce de la madre para sí, que castra al hijo y le dice: ¿quieres gozar? ¡Goza! Pero no con esta mujer, porque esta mujer es mía. Es decir, le deja la posibilidad al hijo de sublimar su deseo diciéndole: no puedes hacer esto, pero, puedes hacer eso otro. Así, queda la ilusión de que existe la relación sexual, de que si se renuncia a ese primer objeto (a) de deseo la recompensa llegará y, asimismo, por miedo al desamparo, al desprecio o al rechazo del padre, el niño se someterá y aprenderá a “portarse bien”, perpetuando el amor hacia el padre en tanto lugar de saber, ese ante el cual el hijo intentará siempre regresar buscando el sentido último, buscando al Padre Ideal²⁵.

²² Lacan (1975-1976 [2006]) juega con la homofonía entre perversion (perversión en francés) y *pére-version* (padre-versión) donde *vers* significa “hacia”, para enmarcar, en su seminario *El sinthome*, que “perversión solo quiere decir *versión hacia el padre*” (pág. 20).

²³ Chemama (1998) define al discurso como más que una organización de la comunicación, principalmente del lenguaje, que determine las relaciones del sujeto con sus significantes y con el objeto en las formas del lazo social. Sino en tanto aquel que se inscribe en el marco de ciertos enunciados primordiales en el que el sujeto se encuentra a la vez sujeto a su objeto y en posición de semblante, es decir, en posición de creerse no sujetado a nada, amo de las palabras y de las cosas.

²⁴ Puesto que la falla radica, refiere Gerber (1989) en que “la autoridad del Nombre-del-Padre tiene un límite, lo real que es a la vez límite del sentido” (pág. 200).

²⁵ Pero así también se puede perpetuar el odio por el padre, llevándolo a cuestras, siempre evocado por el sujeto, representando un lastre en su vida. Ya sea por amor o por odio, el padre se convertirá en un referente al cual nunca se dará satisfacción.

Puede ser que esa mentirilla nos alentara a vivir a pesar de caminar por “este valle de lágrimas”, a aguantar estoicamente las vicisitudes y adversidades que nos fueron destinadas cuando arribamos a este mundo, repitiéndonos una y otra vez que “no hay mal que por bien no venga”, que “siempre hay luz al final del túnel”, que “después de la tormenta siempre llega la calma” y un sinfín de frases vacías cuyo único propósito sería apaciguar los miedos y proveer consuelo ante lo amargo y devastador que puede llegar a ser el sinsentido de lo real. No se puede negar que hay quienes viven de esta manera, poniéndole buena cara a la vida, depositando tanta fe en estos preceptos que puede que hayan vivido una vida “satisfactoria”. Pero también es cierto que en algún punto se vuelve un lastre siempre estar esperando lo mejor, esperar a que el amor nunca acabe... y forjarse ideales y castillos de arena cuando sabemos —porque en efecto sabemos, aunque de nuestro saber nada queremos saber— que todo es perecedero y más valdría ser conscientes de esa verdad y, no bastando con traerlo a la conciencia, asumirse en esa verdad. Sin embargo, cuando ese discurso de que se puede ser uno y todo con y para el otro, de que existe la perfección, etcétera, es usado para otros fines digamos de poder, monetarios, por puro placer, es decir, porque se quiere y se puede, es entonces que vemos la perversión de ese discurso.

Y ¿qué ley es la única que obedece el perverso? La ley del goce dictada por el Otro, esa ante la cual él se alista como fiel soldado para hacer cumplir el imperativo superyóico de gozar. De tal suerte que dando cuenta de la total tendencia del ser humano a gozar, esa ley que dicta gozar y hacer gozar, hoy día se afirma más que nunca como discurso capitalista. ¿Por qué? Bueno, pues este discurso que aparentemente nos presenta una época novedosa, multifacética, progresista, nos incita a acumular, consumir, sobrepasar los límites, transgredir los valores ya *pasados de moda*; es decir, todo lo opuesto a lo que la función paterna tiene a bien inscribir en el sujeto en forma de prohibición del goce exacerbado, y vaya que con justa razón esta labor de castración del padre, puesto que gozar sin medida sólo trae consigo sufrimiento, dolor y, si se lleva hasta sus últimas consecuencias, la muerte.

Para el discurso del capital, del bien material, del Mercado, todo está justificado puesto que portan la banderilla del “progreso”, y ante el progreso nadie puede decir que no, o al menos eso es lo que suponen. Entonces, el malestar en el sujeto y en la sociedad, la ignorancia, el sufrimiento, la enfermedad... —según su lógica maquiavélica—, son los daños colaterales que se “tienen” que padecer para arribar al tan añorado progreso. Así, vemos que también hay muchos otros discursos que se alinean al del capital (puesto que le va muy bien) y, en sus campañas para ganar adeptos, venden la idea del progreso, tales como la política, la ciencia y la tecnología, la salud, etcétera, etcétera.

Así, por donde se le vea, el sujeto está instado a convertirse no sólo en consumidor, sino también en objeto de consumo, ya que este discurso perverso se vale de tanto sujeto en falta que pulula por ahí, derrochando quejas y acumulando pulsiones no satisfechas, para restregarle su falta diciéndole: “no tienes lo necesario, pero, puedes tenerlo, yo te lo puedo dar”. Como consecuencia, el sujeto contemporáneo se subyuga a los objetos de esta industria perversa que Jean-Louis Gault, en su conferencia *La sociedad hipermoderna y los síntomas contemporáneos*, refiere, “se nos prescriben como modos de goce que atornillan al sujeto” (Gault, 2014), porque lo atornillan a su celular, a su computadora, a su tablet, a las redes sociales: a lo virtual. Teniendo así la ilusión de llenar la falta con fetiches, objetos que seducen, que llaman al deseo, al goce y que se colocan como amos del sujeto.

Objetos producto de la creación humana que bajo la bandera del progreso de la ciencia y la tecnología, “atravesaban la barrera entre lo público y lo privado y uno de los primeros efectos de esta penetración del mercado es: la disolución de la moral sexual tradicional que había conocido Freud, con el levantamiento de las inhibiciones y prohibiciones que se ejercían sobre la sexualidad” (Gault, 2014).

Estos objetos en tanto discurso e ideología, se insertan en todas las esferas de la actividad humana y dan lugar a una civilización, dice Gault (2014), “obscena y a la vez puritana”. Por lo que el blanco del mercado y su industria perversa es la

satisfacción de la pulsión, o más bien, engañarla. De esta manera, el sujeto contemporáneo se ve instado a consumir esos objetos producto de goce, para su satisfacción pulsional, en donde aparentemente estaría accediendo a la completud, pero una muy momentánea y efímera, por eso la innovación frenética y a gran escala de dichos objetos de goce.

¿Será posible seguir una línea de análisis de lo individual a lo colectivo, donde podamos comprender las relaciones complejas entre sujeto, sociedad y modos contemporáneos de dominación? La respuesta es incierta, sin embargo, Freud (1921 [1992]), en *Psicología de las masas y análisis del yo*, nos aproxima a una vía de comprensión ya que plantea que la oposición que se hace entre sujeto individual y sujeto colectivo, tal vez carezca de toda sustancialidad, ya que un sujeto jamás está exento de estar vinculado a otros, así como ineludiblemente se encuentra inserto en el campo del Otro, es decir, del universo del lenguaje. Por lo tanto, hablar del sujeto en su singularidad es hablar rigurosamente del sujeto en la cultura puesto que ambos, señala Daniel Gerber (2005), “son efectos de la estructura del lenguaje” (pág. 16). De tal suerte que una vez expuestos los elementos fundamentales para la estructuración psíquica del sujeto, nos remitiremos a tejer a *grosso modo* una red de sentido que nos ayude a nombrar, o al menos aproximarnos a un entendimiento del malestar al cual nos encontramos subyugados en este tiempo que nos habita y, que se presume, está íntimamente ligado a una transgresión de la ley de castración, es decir, a una perversión de la función paterna.

2.1 *El malestar en la cultura, el de Freud, el nuestro y el de todos*

“Mi humanidad está en sentir que somos
voces de una misma penuria.”

«*Jactancia de quietud*»
—Jorge Luis Borges

En 1929 Freud escribió *El malestar en la cultura*, obra que puso de manifiesto los sentimientos reinantes no sólo de esa época, sino de la humanidad en su máxima expresión. Él planteó en su texto sobre aquello que motiva a los seres humanos a actuar como lo hacen, sobre el propósito de la vida, lo que se quiere de ella y lo que se pretende alcanzar. La respuesta a esto, todos la sabemos. es: la felicidad, o mejor dicho, ese intento por alcanzarla.

Felicidad traducida a, por un lado, vivenciar intensos sentimientos de placer y, por el otro, evitar cualquier tipo de dolor y sufrimiento. Sin embargo, también es sabido por todos nosotros, que lo que llamamos felicidad sólo es posible en la medida en que aparece como satisfacciones fugaces. Y ya no digamos que sea siquiera posible albergar la idea de que la desdicha no tocará a nuestras puertas, pues el sufrimiento, menciona Freud (1930 [1992]), nos amenaza de tres lados —y si no basta con esos tres, el ser humano se las ingenia para inventar otras fuentes—, estos son: la hiperpotencia de la naturaleza, la fragilidad de nuestro cuerpo y los vínculos con otros seres humanos.

No obstante, nos empeñamos en creer que la felicidad es posible y emprendemos diversos caminos —aunque por ninguno de ellos podremos alcanzar lo que anhelamos—. Es entonces que de ese penar, Freud (1930 [1992]) descubre que “el ser humano se vuelve neurótico porque no puede soportar la medida de frustración que la sociedad le impone en aras de sus ideales culturales” (pág. 86). Pues todo ser humano querría anteponer el goce, el placer, la satisfacción de cualquier pulsión pero, la cultura dice “no” y nos aleja de esos placeres primarios, porque estipula Freud (1927 [1992]) en *El porvenir de una ilusión*, “toda cultura debe edificarse sobre una [...] renuncia de lo pulsional” (pág. 7).

La represión de dichas pulsiones daría varios resultados, entre ellos el desplazamiento de las pulsiones hacia fines más aceptados socialmente, lo que se traduce en actividades psíquicas superiores tales como las científicas, artísticas e ideológicas. Otra vía, nada beneficiosa como la anterior, serían las satisfacciones sustitutivas, donde eventualmente se daría la conversión de esas frustraciones en síntomas, deparando aún mayor sufrimiento. Otra sería la hostilidad convertida en agresión hacia la cultura, etcétera (Freud, 1930 [1992], págs. 95-105).

Esta exigencia y severidad de la cultura para la renuncia de las pulsiones, y la obediencia que de esa ley se hace —aun queriendo lo contrario—, supone para Freud ser equiparable a la escena edípica en que el niño renuncia al deseo por su madre ante la angustia por lo que supone desobedecer la autoridad paterna y perder su amor. Por ello, operada esa renuncia es que se instaura el superyó como conciencia moral. Lo que nos remite una vez más al asesinato del *Urvater*, donde, nos dice Daniel Gerber (2005):

Nostalgia del padre y culpa por su muerte se anudan así estrechamente pues el sentimiento de culpa generado por el crimen lleva a erigir al padre —cuya ausencia resulta insoportable— como al amo a quien se debe venerar, actuando como si él estuviera siempre presente. Freud señala en este sentido que las instituciones sociales sólo pueden llegar a constituirse en la medida en que *un* objeto es colocado en el lugar vacante del padre, el lugar del Ideal (pág. 18).

Así, la ley que rige el lazo social, la cultura, se erige a partir de ese sentimiento de culpa y el precio a pagar por ese medio de expiación —que dicho sea de paso, nunca será suficiente—, es la renuncia de la satisfacción de las pulsiones. Sin embargo, ¿por qué incluso una vez abrazada la renuncia, queda la deuda insaldable y ese repiquetear de la culpa? Porque siempre queda un residuo, un resto del padre que en tanto muerto, cual espectro, amenaza con retornar. Residuo de lo real que asiste al “descuartizamiento del sujeto” en forma de:

[...] mandatos insensatos que irrumpen sorpresivamente en el más “normal” de los sujetos, compulsiones irrefrenables, coerciones inexplicables, obediencias masoquistas, “rasgos de carácter” indelebles, prácticas autodestructivas silenciosas o estrepitosas, actos expiatorios y sacrificiales ligados a culpas infundadas, estruendosos fracasos como respuestas al triunfo, extraños empeoramientos en momentos de franca mejoría, delitos perpetrados para obtener castigos que apacigüen oscuras culpas, crímenes inmotivados, cobardía moral... (Gerez, 2013, págs. 19-20).

Por consiguiente, concluye Gerber (2005) en su libro *El psicoanálisis en el malestar de la cultura* que:

Malestar en la cultura es el sintagma que sintetiza el diagnóstico de Freud acerca de ella. Pero no se trata de un malestar circunstancial, propio de alguna época o sistema social; tiene un carácter estructural, es inherente a la cultura misma y está en la base de todas las grandezas y miserias de los hombres porque no es causado solamente por la imposibilidad de satisfacción para el deseo: paradójicamente es a la vez consecuencia de la imposibilidad de mantener eternamente la insatisfacción, es decir, de no poder dejar de gozar para cumplir así con la exigencia obscena y feroz de lo que Freud llamó superyó (pág. 10).

Superyó, deuda de sangre, voces imperativas que ordenan el goce, *arsenal nuclear*, saldo de la inscripción de la cultura, precio de someterse al Otro, “precio no amoroso del amor: saldo de masoquismo” (Gerez, 2013, pág. 149). Ese que divide al sujeto, lo descuartiza y asiste a su destrucción.

2.1.1 El goce

“El vértigo es algo diferente del miedo a la caída. El vértigo significa que la profundidad que se abre ante nosotros nos atrae, nos seduce, despierta en nosotros el deseo de caer, del cual nos defendemos espantados.”

«*La insoportable levedad del ser*»
—Milan Kundera

Se podría pensar que como seres vivos que somos, buscamos la autoconservación como todos los demás organismos, sin embargo, lo que nos haría diferentes de los

demás, sería la forma de protegernos. Nuestra inteligencia nos llevaría, si bien no a evitar la muerte, sí a tomar el camino más largo posible, porque el organismo (o sea, el ser humano), ya decía Freud (1920 [1992]) en *Más allá del principio del placer*, sólo quiere morir a su manera.

De tal suerte que la cultura da fe de ser un intento por resguardarnos de lo despiadado y salvaje de la naturaleza; incluso nosotros mismos —a manera de protección de nuestras pulsiones más primitivas— regulamos nuestro principio de placer²⁶ mediante el principio de realidad²⁷, un mecanismo “que, sin resignar el propósito de una ganancia final de placer, exige y consigue posponer la satisfacción, renunciar a diversas posibilidades de lograrla y tolerar provisionalmente el displacer en el largo rodeo hacia el placer” (Freud, 1920 [1992], pág. 10). Sin embargo, hay acontecimientos en la vida de todo ser humano que nos revelan que la autoconservación está ausente, que el principio de placer no lo es todo, pues al final se repiten situaciones que más bien perpetúan el displacer y pulsiones que más que mantenernos en este mundo por más tiempo, nos apresuran al fatídico final. Y no habiendo sido suficiente, pensar que haya de repetirse todo, incluso, hasta el infinito.

Es en esa compulsión de repetición que se encarna el goce. Goce que retó a la palabra a nombrarlo, goce surgido de desear lo prohibido y que proveniente de esa seducción originaria, “localiza el goce en el cuerpo y, a la vez, lo prepara para su inmediata reprobación. El goce llega así a ser inaceptable, intolerable, inarticulable, indecible. En otras palabras: queda sometido a la castración” (Braunstein, 2006, págs. 24-25). De ahí que todo lo reprimido devenga en repetición, pero repetición de una pérdida anterior, pues no se encuentra otra manera de expiar ese goce primigenio, así el cuerpo queda encadenado, silenciado por el mismo goce al que ingenuamente pretende someter.

²⁶ Principio que [según Freud] rige el funcionamiento psíquico, según el cual la actividad psíquica tiene como objetivo evitar el displacer y procurar el placer (Chemama, 1998, pág. 323).

²⁷ Principio que corrige las consecuencias del principio de placer en función de las condiciones impuestas por el mundo exterior (Chemama, 1998, pág. 376).

Entonces, ¿cómo es posible hablar de goce, si la palabra misma no logra asir su significado? Pues bien, del goce sabemos porque lo sentimos como un parásito que se alimenta de nuestro cuerpo, que lentamente va mermando nuestras fuerzas y que ataca hasta al hombre más fuerte y estoico. De él sabemos cuando un día (por la mañana, tarde o noche; poco le importa), sin alguna razón aparente, algo oprime el pecho y llena de angustia, de él sabemos también cuando una dolencia corporal perturba más al espíritu que al cuerpo mismo, cuando se piensa sin cesar en una persona, pues más que obtener placer de recordararla, se tiene una cuota de sufrimiento pues no se puede dejar de pensar en ella y se entra en un estado de cruel autoflagelamiento. Goce es aquel que se apodera del sujeto y lo mortifica; aquél que lo lleva a realizar actos impensables y lo sume en la miseria más profunda pues es un goce que nunca estará satisfecho y siempre tendrá sed de más.

Si existiese una palabra que pudiera aproximarse a rozar —y eso ya es mucho decir— el propósito, sentido o existencia del goce, sería la autoflagelación²⁸. Y qué es la autoflagelación sino una repetición en la producción de heridas hacia el propio cuerpo con el fin de expiar fantasmas, pensamientos, dolores del alma, culpas, remordimientos, placeres perpetrados, pecados... Mandato de un superyó malévolo que exige que el sujeto se ofrezca en sacrificio.

Injuria autoinflingida en el consumo de drogas, en el incesante flujo de parejas sexuales, en los “accidentes” —que dicho sea de paso, nada tienen de fortuitos—; en todo eso que pareciera que provee de consuelo y placer inmediato, siendo que acarrea un gran penar y que, sin embargo, no se puede dejar de hacerlo, un tanto paradójico el “duele, pero se siente rico”... ¡Exacto!, el acto sexual es el goce por excelencia²⁹.

²⁸ Sin embargo, la flagelación hacia el otro no está exenta como forma de hacer gozar y gozar de ello a la vez.

²⁹ Pero no por ello confundamos goce con placer. El goce, concepto lacaniano, como hemos venido exponiendo hasta el momento, es ese que emerge de la inclinación del ser humano a repetir situaciones, experiencias, escenarios o decisiones a pesar de que le resulten dolorosas. Ahora bien, el acto sexual en sí mismo es enigmático, incomprensible, doloroso, bestial... Se le intenta dar significado en nombre del amor, de la reproducción de la especie, de la descarga de energías contenidas, etc., pero en realidad es un acto en donde se quiere poseer al otro, fundirse y hacerse uno; cosa imposible de realizar, por lo que se busca repetir el acto una y otra vez a fuerza de sufrir corroborando en cada oportunidad que nunca se podrá poseer al otro.

Pero hay de goces a goces; por ejemplo, cuando la risa acontece como respuesta a la impudicia de un chiste obsceno, ahí también está el goce, porque se goza de lo reprimido en uno mismo y se busca la manera de encontrar satisfacción en el sufrimiento propio. Por tanto, todas estas formas mencionadas de goce provienen de la renuncia de ese goce originario, de ese que se nos prohibió en Nombre del Padre a condición de devenir sujetos y bajo la promesa de obtenerlo por otro sendero y sólo si éste goce estuviera permitido por las vías de lo simbólico, de la Ley.

Así, señala Braunstein (2006) que: “En el principio era el Goce pero de ese goce no se sabe sino a partir de que se lo ha perdido” (pág. 41), y porque se le ha perdido, este *otro goce*, será la repetición de un acto fallido, será evocador, será nostálgico, porque nadie se resigna de buena gana a la renuncia que se le exige³⁰.

Todos podemos imaginar y decir lo que nos motiva, ya el más avanzado en el conocimiento sobre sí mismo podrá decir sobre su deseo e incluso tener ubicado del pie del que cojea, pero —y aquí viene lo estructural—, nadie, o sea, ningún ser humano atravesado por el lenguaje, podrá decir o dar cuenta del sustrato fundamental, de eso real imposible: la Cosa³¹. Sin embargo, esa imposibilidad no detiene al ser humano, éste es caprichoso y obstinado y quiere llenar su falta a como dé lugar, aunque como referencia sólo tenga fantasmas; así, se embarcará

El placer, por otro lado, es una sensación agradable que puede surgir después de satisfacer alguna necesidad. Se puede obtener placer corporal del acto sexual, pero no por ello lo confundamos con gozar del acto sexual.
³⁰ Tenemos que hubo un goce primigenio, uno atemporal y del cual no sabemos sino hasta que lo perdemos. Y porque se le pierde, se vuelve el motor de la vida recuperarle. Pero este otro goce, como retorno de ese goce perdido, sólo podrá entenderse en la relación que el sujeto mantenga con el objeto causa de su deseo.

Por un lado tenemos el goce fálico, en donde el sujeto a fuerza de haber renunciado a su primer y absoluto objeto de deseo (la Madre), se acepta castrado y sublima su deseo pues sabe que nunca podrá acceder a él, no por ello dejando de desear. Así, su única posibilidad es la de crear metáfora, es decir, representa su goce de otra manera, por las vías de lo simbólico, de la palabra, de la Ley.

Y por el otro lado, está el goce del Otro, ese que se manifiesta cuando no basta con desear, sino que se quiere aprehender el objeto cueste lo que cueste, comprometiendo la vida misma pues nunca se está satisfecho y se busca siempre más, siempre el exceso. Este goce se escapa a las palabras, es el del sinsentido, es loco y enigmático.

³¹ Término freudiano que aunado a una larga tradición filosófica, lleva a Lacan a concebir la Cosa como “aquello de lo real primordial que padece del significante”.

en una empresa peligrosa llamada vida, cuyo deseo absoluto es alcanzar la Cosa, la completud, el Nirvana. La consigna de este viaje mortífero será: “tengo que hacerlo, aunque me cueste la vida”, y en efecto, la muerte será el puerto a desembarcar, porque la tendencia a la Cosa, refiere Braunstein (2006), “es la pulsión de muerte como destino final de todos los afanes vitales humanos” (pág. 81).

Con esto vemos que, el ser humano tiene una carga muy pesada que llevar, la de la falta y la del miedo de perder la nada. ¿Esto genera malestar? Indudablemente, pero también genera movimiento, posibilidad... cuyo único requisito es renunciar al goce total, para poder hacer algo con ese goce contenido y transformarlo en otra cosa, como lo dicta la ley del padre. ¿Ley de hierro? Tal vez, ¿necesaria? Sin lugar a dudas, sí. Porque de alguna u otra forma sabemos que colmarnos de goce significa aventarnos a un abismo en donde no hay más, no hay regreso ni más allá de ese que ya es un más allá, sólo significa vacío, el todo, la nada... muerte. Y eso por supuesto que nos asusta porque entonces uno se pregunta ¿y luego qué? Pues nada, ya no hay un “luego”, por eso es que necesitamos del padre, pero también abusamos de su nombre y de su posición “de saber” y ponemos a cualquier farsante en su lugar, unos de talante tirano con ínfulas de omnipotencia y poder absoluto, otros de grandilocuencia y generosidad, otros benevolentes, otros ignorantes... es decir, se busca siempre la manera de colocar a alguien en el pedestal para amar y sentirse amado, pero también para tener alguien a quien culpar cuando las cosas no van bien. Sí, el lugar del padre se torna peligroso porque puede ser, o mejor dicho, ¡ya es! usado en nuestra contra.

2.2 El malestar contemporáneo: un abuso de la demanda de amor

“¿Y cuál es el papel que me has destinado en tu plan? El de mártir, hijo mío, el de víctima, que es lo que mejor hay para difundir una creencia y enfervorizar una fe.”

«*El evangelio según Jesucristo*»
—José Saramago

Es entonces que en esta búsqueda de la Cosa, del sentido último, creemos que hubo un tiempo en el comienzo en que fuimos completos, colmados de goce y que, por alguna razón se nos despejó cruelmente de ese estado, algo se nos arrebató, éramos y ahora ya no lo somos, por ello nos inclinamos a creer que es menester recuperar eso, volver a ser (aunque no tengamos ni la más remota idea de lo que significa ser); así, la vida se nos va en querer ser... “¿para qué estudias? Para ser alguien en la vida”. Por lo que refiere Braunstein (2006):

La Cosa, en tanto que objeto absoluto del deseo, abre al pensamiento la dimensión insólita y abismal de un goce del ser, anterior a la *ex-sistencia*, un efecto retroactivo del lenguaje que, al colocarse más allá de la cosa misma, eso que los lingüistas llaman el *referente*, crea la intuición de un más acá. Esta suposición, insiste Lacan, es ineliminable y “el lenguaje, en su efecto de significado, siempre queda al costado del referente. Siendo así, ¿no es verdad que el lenguaje nos impone el ser y nos obliga a admitir que, del ser, nunca tenemos nada?”. Lo que nos lanza no a parecer sino a para-ser, a existir de costado, en el campo del semblante, dada la “insuficiencia” del lenguaje (pág. 81).

Sin embargo, la Cosa no existe sino en función de que se cree que existe, es decir, en la medida en que estas palabras pueden hablar de ella, del intento por representar la falta y darle peso a nuestra existencia. La Cosa es mítica, producto de la imposible felicidad de ser uno con la madre. Algo que el sujeto se crea en la imaginación para hacer llevadera su vida y contar con un propósito (algo así como la promesa de la vida eterna después de la muerte). Como un estado de paraíso en el que “a lo mejor” ya se estuvo, se le exilió, pero se puede regresar, no, es más ¡se tiene que regresar!, sino ¿por qué pasar por todas estas molestias que implica vivir?

El saldo de la suposición de “un más acá, el de la Cosa” (Braunstein, 2006, pág. 82), deja un goce, un plus de goce, por el goce perdido y, un “objeto a” (Lacan, 1969-1970 [2008], pág. 51) causa del deseo, como remanente de la Cosa, real inalcanzable. Vacío que lleva al sujeto a supeditarse al Otro en aras de la colmación de su deseo³², aunque de este nunca logre obtener respuesta pues, refiere Braunstein (2006), “no es que el Otro sea malevolente, no; simplemente que no tiene con qué responder a lo que se le pide, que cojea por la falta de un significante, que está tachado” (pág. 82). Sin embargo, para seguir con el engaño, si ese Otro no provee de lo que se quiere, se le fabrica, se monta el espectáculo de un Otro colmador y así, hoy en día, el Mercado —ese discurso capitalista— viene a posicionarse como el nuevo amo haciendo uso de un discurso de *no castración* que como única regla proclama gozar y, para llenar la falta del sujeto, ya tiene todo un abastecimiento de pequeños objetos “a” de goce, que pretenden llenar un hueco que no tiene fin³³.

No obstante, hay que reconocer que este discurso del Mercado —como buen perverso—, es de lo más inteligente pues hace uso de lo más primitivo del ser humano y lo explota, puesto que por un lado, está esa condición de gozar y desear gozar y, por el otro, está esa búsqueda desesperada de sentido, de amor, de sostén del padre; así, hace uso y abuso tanto de la demanda de amor como de la insaciable sed de más, posicionándose en el lugar del padre —pero uno terrible, al estilo del *Urvater* (sólo que éste ordena yacer con todas las mujeres)— y, este nuevo amo, ordena gozar destrozando la ley de la función paterna.

Una empresa muy rentable el ser humano, pues la materia orgánica de la que se vale, su sustrato precioso es: la pulsión, la cual nunca será colmada en su totalidad y por ende estará condenada a ser devorada una y otra vez por la insatisfacción,

³² Pero veamos que ese Otro en tanto figura paterna, se posiciona como aquel que puede hacer de referente para su existencia.

³³ En esencia, el padre y la ley son perversos puesto que son impositivos en cuanto que castran al sujeto de un goce, pero sí apelan al deseo. No así para este nuevo discurso perverso en donde hay un padre amo, pero no hay función paterna que regule el goce, sino por el contrario un imperativo de gozar sin límites, lo que no da paso a mantener el deseo.

abrazando el objeto pero nunca alcanzándolo, como Prometeo condenado a ser devorado una y otra vez, abrazando la muerte pero nunca pereciendo en ella. Así, la pulsión nunca se agotará, lo que la hace un recurso precioso, perfecta para lucrar con ella.

Pero podríamos pensar: “por supuesto que el ser humano opone resistencia ¿o no?, se da cuenta que lo utilizan y lucha ¿no es así?” Quien respondiera esto —muy a la ligera— diría que, en efecto, el ser humano se resiste y lucha desde sus trincheras en forma de sindicatos, colectivos con múltiples propósitos de mejora de condiciones ya sea estudiantiles, de trabajo, de igualdad, etcétera, etcétera; diría que alza la voz y se proclama en contra de los grandes emporios; que quiere derrocar gobiernos tiranos; que lucha por la paz, la igualdad y está a favor de la ecología y, un sinfín de actos que *deberían ser* prueba suficiente para decir que el ser humano se opone a los discursos opresores. Y puede que esa sea la intención, una que merece aplausos, dignos de elogio esos hombres y mujeres que luchan por cambiar sus condiciones de vida, que no contentos con lo que les dicen que “deben” ser y hacer, se revelan y hacen lo que les dicta su conciencia. Sin embargo, todas estas expresiones no obedecen sino a una nostalgia de amor, a una demanda de amor, la búsqueda de un Ideal, del Padre como gran Otro que sea garante de la igualdad, de la justicia, de la protección, de la verdad. Así, se tiene la ilusión de que si se pone a alguien diferente en el poder, las cosas cambiarán, es más, ¡deben cambiar! Nada más ilusorio pues la ley nunca será equitativa o justa, porque es la ley del Otro, del que porta la castración y la impone en aras de regular un goce a fuerza de renunciar a él; pero incluso esta ley tiene fracturas y esas fracturas son producto de la imposibilidad del lenguaje para decir sobre el todo. Por eso es ilusorio pensar que haya algo o alguien que pueda colocarse como omnisapiente y omnipotente y pueda dar la respuesta incuestionable sobre el porqué de nuestro dolor, de nuestra existencia, del mal que nos rodea.

No obstante, se puede creer que se está en el campo de batalla luchando por los ideales, luchando por lo que se perdió, otra vez, aunque la vida se vaya en ello,

porque dicen “que no se diga que no lo intenté”. Sin embargo, uno no se da cuenta que el campo de batalla es el propio cuerpo, una batalla que se libra entre el goce de uno mismo y el goce del Otro, del amo. Porque todo goce —para el sujeto— es una pregunta que no obtiene respuesta, una pregunta lanzada hacia el Otro, ¿qué se quiere y espera de mí? ¿Soy o no soy? ¿Está permitido o es que recibiré castigo por mis acciones?

En consecuencia, en aras del amor del Otro, bajo la premisa del deber ser y del deber saber, lo único que se consigue es pura y llana desdicha. Sin embargo, no damos cuenta de que ese discurso de amo sólo se sostiene en la medida de nuestro consentimiento, es decir, del soporte que le damos, de nuestro hacer “*como si*” el Otro estuviera completo.

2.2.1 El discurso del amo

“Sufro: indudablemente alguien tiene que ser el causante. Así razonan las ovejas enfermas”

«*Genealogía de la moral*»
—Friedrich Nietzsche

La historia nos ha enseñado que las relaciones del ser humano se basan en el poder, el poder que designa quién somete y quién es sometido. Dialéctica de amo-esclavo, que ya desde el pensamiento de Hegel, se nos habla del deseo de ser reconocidos por el otro (con minúscula, o sea, el *partenaire*), de miedos y de luchas. Sin embargo, y siguiendo la línea marcada, esta lucha no se hace de un sujeto a otro sujeto —aunque así lo parezca— sino de un sujeto y el discurso de Otro (con mayúscula), ciertamente de querer ser reconocidos por el gran Otro, ese que sabe —o al menos de ese saber lo creemos poseedor— de nuestra existencia, porque de ella hay algo que se nos escapa.

Es en la eterna repetición y fracaso de la pulsión respecto al encuentro pleno con el objeto —es decir, la siempre insatisfacción del deseo—, que el sujeto se encuentra

perdido, a la deriva y en un sinsentido, de ahí la terrible necesidad de aferrarse a lo primero que parezca una tabla de salvación y, en consecuencia, de hacerse completamente dependiente del significante amo que está íntimamente ligado a nuestra primera experiencia con el padre, de ese que aparentemente sabe *qué quiero, quién soy y qué debo hacer*.

De esta manera, se puede decir que el discurso del amo se va a sostener en la medida en que supongamos que hay alguien que sabe, puede y tiene lo que nosotros no; saberes que le otorgamos a la religión, a la ciencia, al psicoanalista, etc. La cultura y la sociedad también van de la mano con los significantes amo puesto que establecen imperativos para el sujeto, en el sentido de saber lo que es mejor para él y el lazo social, en forma de cosas a cumplir tales como: trabajar, producir, procrear, educarse y educar; forma para mantenerlo ocupado y “productivo” pues la angustia surgida a partir de las preguntas existenciales “alteran la paz”, algo que no le agrada al sistema. Sin embargo, son costos a pagar por acceder al mundo de lo simbólico. Se tiene que trabajar para vivir pero, no por ello, algunos modos de vivir, dejan de ser tapones para el deseo, que aunque paliativos, no bastan para acallar los miedos más profundos que suscita la existencia misma, puesto que, como enuncia Gerber (2005), “la renuncia al goce en nombre de un ideal no hace más que provocar un goce aún mayor” (pág. 82).

Por tal motivo, el discurso del amo ha tenido muchas modalidades a lo largo de la historia del ser humano —en calidad de seres atravesados por el lenguaje—, todos representantes de un supuesto saber. Sin embargo, lo que hace un discurso de amo propiamente dicho y, en toda la extensión de la palabra, es atribuirle el poder del saber, pero, del saber gozar. Ya que para sostenerse como amo, o mejor dicho, mantenerse en su impostura, lo que da no es el saber último del goce (porque ahí está su mentira, no lo tiene), en su lugar da retazos, sustitutos, paliativos, plus de goce, pequeños objetos “a”...

Ahora preguntémonos, ¿cuál es el discurso de amo que impera en estos tiempos que nos ocupa? El de estilo capitalista, el de la inmediatez y el consumo exacerbado que consigue preservar la dialéctica de esclavo y con ello el fenómeno de la desresponsabilización, pues el sujeto se proclama víctima del sistema, víctima del opresor, víctima de las circunstancias... Porque es más fácil huir de la responsabilidad de uno mismo, culpando al amo —que hay que recordar, está en ese lugar porque así lo queremos—, porque lo difícil es hacerse responsable de uno mismo y asumirse en cada acto, eso requiere esfuerzo y trabajo, pero por supuesto siempre estamos dispuestos a declararnos inocentes.

De tal suerte que el discurso del mercado, esa industria perversa, seduce y lleva al excedente con la promesa del todo, de la completud, de la felicidad; discurso que además dictamina que si uno es infeliz es porque no ha querido invertir en los productos mágicos que con sólo adquirirlos lo hacen ser lo que siempre se soñó.

Para poder comprender más sobre esta época de exceso, de *plus de goce*, primeramente hemos de remitirnos a Marx, o como lo concibe Lacan (citado en: Žižek, 2012), al inventor del síntoma y lo que tuvo en bien llamar *plusvalor*.

2.2.1.1 Plusvalor y plus de goce

“La desvalorización del mundo humano crece en razón directa de la valorización del mundo de las cosas.”

—Karl Marx

Podemos leer en *El sublime objeto de la ideología* de Slavoj Žižek (2012), que para Marx la diferencia entre los sistemas de organización política, económica y social, feudalismo y capitalismo, tenían que ver con la relación del hombre con la mercancía, y más específicamente con el valor adjudicado a dicha mercancía, donde el valor de cierta mercancía sólo cobraría ese título a manera de sostenerse sobre las demás y a razón de ellas. Es decir, de la mercancía tomada como insignia de cierto valor que determinaría las relaciones sociales, o bien, aventurándonos

desde el psicoanálisis, se podría decir que el acceso a la mercancía estaría operando como la creencia de poseer el falo, recordando que al hablar de falo no hablamos de pene, sino de la evocación que hace de poder, de virilidad, de fuerza y el valor que a éste se le atribuye, ya sea que se crea poseerlo o se crea que alguien lo posee, por lo que la mercancía se fetichizaría. Por ejemplo, en el feudalismo, la lógica a seguir era la de dominio y servidumbre, una relación donde se creía que el rey era tal porque lo natural era que así fuera y por ende todo aquel que no lo fuera, tenía que rendirle su servicio; así, la producción iba destinada a lo que se suponía, por derecho, era del rey. Uno se definía en función del otro; soy súbdito porque el otro es rey y viceversa, o sea, cada uno tenía su papel a desempeñar, la de amo y esclavo a razón de sentirse poseedores o no del falo.

Ahora bien, el capitalismo hace su entrada con la máxima de: *libertad*. Libertad de expresión y de prensa, de conciencia, de comercio, política, libertad para el obrero de vender su propio trabajo en el mercado... es justamente en relación a éste último que, refiere Žižek (2012), la proclama de libertad se ve falseada pues “esta libertad es lo opuesto mismo de la libertad efectiva: al vender su trabajo “libremente”, el obrero *pierde* su libertad, el contenido real de este acto libre de venta es la esclavitud del obrero al capital” (pág. 48). Justamente es en esa libertad paradójica, en esa fisura que se abre entre lo que se proclama y lo que realmente es, en la falla del “supuesto saber”, que surge el síntoma, un malestar que en sí mismo viene a desmentir el fundamento universal con el cual se construye la ideología del capitalismo.

Ahora bien, en el feudalismo la producción de mercancía era artesanal, el valor neto del producto iba al artesano (que si él tenía que rendirle cuentas a un señor feudal o el rey, eso ya era un “deber”); en cambio, en el capitalismo, en esa producción para el mercado, surge una nueva mercancía: la fuerza de trabajo del obrero, puesto que éste al no ser propietario de los medios de producción, se ve obligado a vender en el mercado su tiempo, su fuerza, su trabajo, en vez de los productos de su trabajo (Žižek, 2012). Es decir, al obrero no se le paga por cada producto realizado y

vendido, sino por su trabajo invertido en la producción, lo que a todas luces es una forma de explotación puesto que hay un valor sobrante entre el valor del producto del trabajo del obrero y lo que se le paga por él. Es precisamente de ese plusvalor que el capital se apropia, de ahí que la fuerza de trabajo del obrero se vuelva una mercancía sumamente rentable para el capital, no así para el propio obrero. Sin embargo, cabe señalar que este intercambio entre trabajo y capital, señala Žižek, no es explotado, y uno se preguntará ¿es en serio? Pues sí, en apariencia al menos, porque el obrero trabaja para percibir un salario y eso ya nos hablaría de un intercambio equitativo, sin embargo, es nuevamente una paradoja, como la de la libertad, pues el valor del trabajo no es el mismo que el valor de la mercancía.

No obstante, los engranajes del sistema capitalista están fundados en un contrato entre personas “libres”, iguales ante la ley y ya no en modalidades de dominio y servidumbre. Las relaciones de intercambio se basan en la sola ganancia personal, donde no tienen que rendirle cuentas a ningún amo, pues recordemos que eso ya quedó muy atrás en la época arcaica del feudalismo (aparentemente); y el interés que pueda suscitar un individuo para otro individuo, se basa en la medida en que tenga algo que pueda ofrecer, es decir, que posea algo que pueda servir para satisfacer alguna de sus necesidades, por lo que las relaciones sociales se basan en las relaciones entre cosas.

Aparentemente el amo del feudalismo quedó eliminado, pero eso una falacia ya que sólo se le desplazó, pues ahora las formas de dominio ya no son claras, sino más bien disfrazadas bajo el velo de la libertad e igualdad y por ello tienen una carga de cinismo, porque no se pueden sustentar en sí mismas y aun así continúan vigentes.

Ahora bien, ¿qué tiene que ver esto con lo que tratamos de decir sobre la transgresión de la función paterna y el plus de goce? Pues por donde se le vea, tiene todo que ver. El feudalismo, el capitalismo, el comunismo, el socialismo y todos los “-ismo”, se fundan en Ideales y, se cimentan gracias a la fuerte

identificación con sus líderes y los principios que éstos representan, los cuales buscan la generalidad más que la particularidad de la sociedad. Sin embargo, tal vez debamos poner al capitalismo fuera de estos modelos pues éste sí busca la particularidad y más específicamente: la del goce.

Pareciera que los grandes Ideales que en otro tiempo rigieran, hoy en día están cayendo como producto del discurso del capital. Tenemos la caída del padre como protector, benefactor, cabecilla de familia, incluso como genitor, etc.; esto a raíz del movimiento femenino y el progreso de la ciencia. Sin embargo, no es que los ideales se hayan acabado, sino más bien, han dejado la universalidad para ser de la particularidad, de entre los cuáles se puede elegir el que más convenga según la situación. De esta manera, cada uno elige al significante amo ante el cuál quiere someterse y rendir cuentas.

Es, precisamente, de esta transgresión de lo tradicional disciplinario, que surge su contrario: el exceso; lo que lleva a Lacan a concebir el *plus* de goce a partir del plusvalor, puesto que ambos, en su excedente y a la vez en su falta, son “la causa” nos dice Žižek (2012, pág. 85): la plusvalía como soporte del capital en tanto que “es el *plus* de valor que produce el trabajador pero que en el acto mismo de la producción le es arrebatado por el Otro (así lo estipula el contrato de trabajo) y a él sólo se le deja un remanente de placer bajo la forma de salario que relanza el proceso y que lo obliga a regresar al día siguiente” (Braunstein, 2006, págs. 59-60), es decir, el plusvalor es lo que permite que el proceso capitalista de producción siga su curso y se reinvente a sí mismo; y, el *plus* de goce “es ese goce que es la razón de ser del movimiento pulsional y, a la vez, lo que el sujeto pierde” (Braunstein, 2006, pág. 60), es decir, querer recuperar ese goce al cuál se renunció, lo que lleva al sujeto a colocar al discurso capitalista del siglo XXI como ese Otro que se lo restituirá.

2.2.2 Una ideología perversa

“El discurso es un acero que sirve para ambos cabos: de dar muerte, por la punta, por el pomo, de resguardo. Si vos, sabiendo el peligro queréis por la punta usarlo, ¿qué culpa tiene el acero del mal uso de la mano?”

«*Finjamos que soy feliz*»
—Sor Juana Inés de la Cruz

No es preciso señalar que la sociedad sea ingenua, que los tiranos la oprimen, que esa es la voluntad de Dios, y demás frases que únicamente tratarían de justificar la no puesta en acción de la responsabilidad propia, pues sabemos de sobra la falsedad del discurso que nos venden, sabemos de las falacias de la igualdad y la libertad, sin embargo, (ahí está lo sorprendente) aún así optamos por seguir con el juego. Así, dice Žižek (2012), “el sujeto cínico está al tanto de la distancia entre la máscara ideológica y la realidad social, pero pese a ello insiste en la máscara” (págs. 56-57). ¿Por qué? Ah, porque para el sujeto se vuelve más fácil sacar beneficio de la falta del otro y si se le presenta una nueva ley que dice que ahora lo opuesto es lo correcto, pues qué mejor, porque “la ley” lo ampara³⁴. De esta manera, la manipulación se vuelve exitosa pues tras la promesa de ganancia (aunque ésta sea a costa del otro), se hace lo que se quiere del sujeto y éste ni objeciones pone.

Sin embargo, mantener la postura de que el sujeto sabe pero hace como si no, sólo nos lleva a concebir a un sujeto que tiene pleno control de sí y que en cualquier momento pondrá fin a su juego de sometido. Nada más erróneo pues incluso el perverso con su “lo sé, pero aún así”, está totalmente preso de la palabra del Otro a tal grado que se sacrifica como instrumento de goce.

Ahora, no digamos de todos aquellos neuróticos idealistas y románticos que creen que saben lo que hacen y continúan creyendo que dominan su postura cuando en realidad están cediendo a una ilusión inconsciente, o como la llama Žižek (2012), a una “*fantasía ideológica*” (págs. 58-61) que estructura la propia realidad social. Por

³⁴ Otro de los nombres del Padre, el padre perverso, el padre del goce.

ejemplo, se sabe de lo utópico que resulta el amor, la felicidad, la libertad y sin embargo, se vive en pos de esa idea. Fantasías de las cuáles todos vivimos y que, precisamente por ello, dan soporte a la ideología perversa que presenta lo imposible como posible, al goce al que se renunció y el que se reprimió como aquel que se puede recuperar. Así, la fantasía de la existencia de la relación sexual, es decir, de llegar a ser Uno con el Otro, de que el hombre y la mujer lleguen a fundirse en “una sola carne”, de decir lo que un hombre y una mujer quieren, deja de ser un estado “íntimo”, puramente mental, para *materializarse* en el mercado en forma de objetos producto de goce que, cargados con toda una ideología, promoverán que el sujeto haga *como si* la completud (del Otro) fuera posible y, por tanto, la propia, la del sí mismo.

Es precisamente en la fantasía, que uno juega a responderse ¿qué soy yo para el otro?, probando a ser de distintas maneras, es decir, buscando la identidad propia; identidad que, ya en la realidad —no es de sorprenderse—, se esté “sujeto a identificarse con algún significante del Otro” (Gerber, 2005, pág. 79).

En la fantasía, el neurótico aspira a ser como el perverso y, en la realidad, el perverso (que ya habíamos visto que es el discurso capitalista) que sabe de los castillos en el aire del neurótico, le dice: ¡Tú puedes ser todo lo que quieras ser! Capitalizando todo lo inherente a la condición humana: deseos de gozar y de ser gozado, pulsiones, necesidades, miedos, angustias, impotencias, insatisfacciones, odio, pérdidas... con el único fin de mantener funcionando los engranajes de su tan podrida industria, pero además se lavan las manos diciendo: “yo sólo les doy lo que piden, así que si quieren gozar, pues... que gocen”.

Sin embargo, esa industria perversa no sólo se basa en nuestras fantasías, sino que además, también las fabrica puesto que si por alguna razón no habíamos sido tan prolíficos en nuestra imaginación, pues bien, ya tenemos de dónde inspirarnos y de dónde desear más y más, siempre lo imposible, aunque Hollywood y la industria de la publicidad lo pintan de tal manera que lo hacen parecer totalmente posible

poniendo a nuestra disposición infinidad de modelos a imitar. Así lo podemos observar en el documental que nos presenta Adam Curtis, el cual lleva por nombre *The century of the self* (El siglo del yo), en donde es totalmente manifiesto que “los que están en el poder, ahora controlan al individuo no reprimiéndolo, sino alimentando sus deseos infinitos” (Curtis, 2005). Ellos saben cómo seducirnos con su puesta en escena de la fantasía de la relación sexual.

Recordemos que el capitalismo llega como benefactor de la libertad, una fantasía más porque además de decir que se es libre de venderse como se quiera y al mejor postor; ahora, en estos tiempos, dice que se es libre para “escoger entre el celular que más se adapte a tu personalidad, entre el carro que más te defina o, la ropa que mejor demuestre tus atributos”. Pero por muy absurdo que suene, el sujeto ¡se lo cree!, porque decíamos, anda en busca de algo que hable de sí, que lo determine y le de peso a su existencia, lamentablemente encuentra un placebo en estos objetos de consumo que —está por demás decir— no lo hacen ni libre ni diferente al resto, sino más bien “lo atornillan” (Gault, 2014) y lo hacen un maniquí más de la industria.

Entonces, al no haber límites para el mercado, éste atraviesa los límites entre lo público y lo privado, vemos que la moral sexual que conocieron nuestros abuelos, se ve socavada al levantarse las inhibiciones y prohibiciones que se ejercían sobre la sexualidad. De modo que, nos dice Gault (2014), “el mercado no conoce ni moral, ni tradición, ni inhibición, ni prohibición; ignora también el íntimo y el pudor... el mercado raya en lo obscuro”, por lo que la satisfacción de la pulsión³⁵, se volvió el campo privilegiado para los descomunales apetitos de esta industria.

Pero, ¿qué pasa con el sujeto? En primera instancia hay que reconocer que todos somos sujetos castrados, sin embargo, la aceptación o no de esta castración depende de la función paterna (cómo se mencionó en el capítulo anterior). Ahora bien, si el sujeto se estructuró bajo la Ley del Nombre del Padre, bien o mal da

³⁵ Donde por supuesto nunca se satisface, sólo se la engaña.

cuenta de que existen límites, que no se puede tener todo ni vivir siempre de placeres pues las cosas requieren de esfuerzo, tiempo, dedicación y sacrificios; porque justamente la función paterna es la que le dice al sujeto que es un ser castrado, en falta y por tanto sujeto al deseo y a una realidad con normas por la que tiene que transitar a fuerza de generar lazo social. Sin embargo, cuando el sujeto accede a la cultura de consumo, al mundo capitalista, a la “civilización hipermoderna” como la llama Gault (2014), donde el imperativo categórico es: los límites no existen, ¡goza!, resulta que la ley que hasta el momento le había dado estructura al sujeto —regulando su goce—, se pervierte, ya que en lugar de ser una ley de restricción ante el todo, ahora, es una ley de transgresión, de renegación que ordena a un goce desmedido.

En otras palabras, si el sujeto ya viene estructurado como neurótico, es decir, la función paterna hizo lo suyo, y el entorno, o sea, el sistema de consumo, ese ente corruptor y perverso le dice: “¡tú lo puedes todo! (y a la vez... nada), ¡el mundo está al alcance de tu mano, o mejor aún, al alcance de tu dedo con un solo clic!, ¡tú lo mereces todo! Lo único que tienes que hacer es: ¡comprar!”. Incluso, los demás discursos, el médico, el de las “psis”, el de la ciencia, tecnología... se alinean al discurso del mercado diciéndole al individuo que, si tiene problemas no tiene más que tomar una pastilla, cambiar una obsesión por otra, ir a terapia exprés donde el síntoma será eliminado. Le crean falsas necesidades y el sujeto queda instaurado bajo esa lógica de creer que para ser feliz tiene que tener un carro, un celular de última generación, vestir de marca, visitar los lugares de moda, ostentar el poder vía tener para existir vistiéndose así de falo³⁶.

Ese sujeto que ya venía sufriendo por lo imposible en tanto neurótico, se somete al discurso perverso, aquel que le vende la ilusión de la felicidad añorada y le evita — aparentemente— cualquier tipo de esfuerzo y sufrimiento; eventualmente, ese

³⁶ Es decir, el sujeto asume una posición inconsciente en la que él se identifica con todas aquellas cualidades o características que para él tienen valor y no sólo eso, si no que cree poseerlas todas; lo que tendría como supuesto que él en sí mismo es aquel que puede colmar al otro de goce. Porque recordemos, en la infancia, el niño cree ser el falo de su madre, ese que la completa y ese al que ella desea.

sufrimiento enmascarado y encubierto paliativamente, se exacerbará generando mucha más angustia pues el sujeto se topará con las paradojas de dicho discurso: “ahorra y sé rico pero compra todo lo que te vendo, sé delgado pero consume, has músculos pero no te esfuerces, se eternamente joven”, etcétera, etcétera y, se dará cuenta de que no es cierto (esto en el mejor de los casos, porque hay todavía muchos que viven “felizmente” en común acuerdo), que por más que compre todos los productos del catálogo sigue siendo infeliz y para colmo con muchas deudas. A fuerza de ensayo y error, llegará a un punto en donde nada de lo hecho tendrá sentido, verá que por más cirugías, dietas y rutinas de ejercicio no puede ser como la imagen que del otro tiene, acaeciendo la terrible pregunta ¿qué o quién soy, sino puedo ser como aquél que parece tan feliz? Aparece el vacío (uno del que no se quería dar cuenta a fuerza de negarlo), vacío que se llena “con síntomas, con compulsiones, con obsesiones, manías, con correr como locos intentando consumir lo próximo que seguro nos dará esa felicidad... ese puesto para que me quieran, esa otra pareja que me amará mejor... eso otro” (Ramírez, 2012).

2.2.3 Los síntomas contemporáneos

"¿Qué significa este encuentro y qué es lo que quiere decir? ¿Es que las historias, además de ocurrir, de acontecer, también dicen algo? A pesar de mi escepticismo me ha quedado algo de superstición, por ejemplo, esta extraña convicción de que todas las historias que en la vida me ocurren tienen además algún sentido, significan algo; que la vida, con su propia historia, dice algo sobre sí misma, que nos devela gradualmente alguno de sus secretos, que está ante nosotros como un acertijo que es necesario resolver, que las historias que en nuestra vida vivimos son la mitología de esa vida y que en esa mitología está la clave de la verdad y el secreto."

«La broma»
—Milan Kundera

El goce —inherente a la condición de seres atravesados por la falta y el lenguaje— no puede más que ser regulado, sometido a ciertas leyes, a las leyes de un gran Otro. Por ejemplo, la interdicción del incesto es una regulación de ese goce en tanto que el padre le dice al hijo que no puede tener a su madre pero sí a cualquier otra mujer (por supuesto, en tanto esa otra mujer también quiera). En esa falta, en ese

no todo, en esa inexistencia de la relación sexual, el sujeto tiene la posibilidad de hacer algo a partir de ello gracias al lenguaje —que vuelve todo otra cosa en cuanto se enuncia— y sublimar así su deseo. Sin embargo, el Mercado en tanto gran Otro, ahora es quien ordena el goce del sujeto contemporáneo y, dice Gault (2014), esos objetos de la industria se han vuelto el referente, “la brújula del sujeto en su relación al goce y a la sexualidad”, pero también nos dice que “no es el mercado el que ha inventado estos impases del goce, éste ya estaba presente en el ser hablante, el mercado no hace más que explotarlo y exacerbarlo sin cesar”. Gault (2014) señala que normalmente “el sujeto responde a ese goce con el fantasma y el síntoma, donde se inscribe el modo singular... [Sin embargo], el objeto estándar propuesto por el mercado no responde ni al deseo, ni tampoco a la demanda de amor del sujeto, e ignora la singularidad del fantasma del sujeto”.

De tal suerte que, los síntomas contemporáneos, ya no son definidos por el sujeto en tanto su historia personal, sino por alguien Otro que, siguiendo con la ponencia de Jean-Louis Gault, él llama: “un comité de expertos” compuesto éste por la ciencia, la medicina, la industria farmacéutica, el Estado, la estadística y todos aquellos que imponen la noción de síntoma y que son totalmente desubjetivantes, sin lazo con el fantasma singular del sujeto y, que lo reduce a un trastorno biológico o neurológico con tratamientos estandarizados.

Sin embargo, es a este “comité de expertos” al que el sujeto acude (además de gurús, nuevas religiones, incluso el psicoanalista, a todos aquellos que coloquen en el lugar del supuesto saber), cuando la realidad ya no le alcanza, cuando se siente perdido, sin brújula y la angustia le invade, busca quién le dé certezas y le diga qué hacer, sin embargo, quiere respuestas fáciles, rápidas y cómodas que le den una idea de cómo vivir su vida. Pero ante esta búsqueda, a quien realmente está buscando es al Padre Ideal, a ese gran Otro que le diga qué hacer y ante el cual someterse a voluntad.

Pero, el Padre en tanto Otro garante de la verdad, no existe, o al menos sólo existe en la medida en que podemos nombrarlo y a condición de que “ningún lenguaje permite articular toda la verdad” (Maleval, 2002, pág. 91). Así, el Padre tampoco existe en singular, de ahí que Lacan hablara de “Los Nombres del Padre”. Esta pluralización del Nombre del Padre, refiere Maleval (2002), nos habla de que “la incompletud del Otro ya no permite concebir el Padre como un universal” (pág. 97), por lo que nos dice él, si la ley paterna es algo que no se puede enunciar, resulta incapaz de determinar lo que es lícito y lo que es ilícito y sólo se va a sostener en el contexto mismo en que se enuncie asignándole así una significación fálica particular.

Entonces, como habíamos visto en el capítulo uno, uno de los Nombres del Padre en tanto función responsable de llevar la ley de castración simbólica para imponer la marca de la incompletud, es saludable, humanizante pues a la vez que castra, también deja esa instancia estructurante en el sujeto de preguntarse por su falta. Sin embargo, si se trata de la manera en cómo se vive la ley, para el perverso ésta es una amenaza y prefiere la ley del padre gozador, del padre en su *pére-versión*.

Por lo que, si no todo en la ley del padre es normativizante, es en su falta, dice Marta Gerez (2013), en su falla, en su envés, que se encuentra el goce; remanente, eco, voz que se vuelve el imperativo que obliga al goce prohibido; un goce imposible de consumir a menos que se lleve hasta la muerte misma, porque de otra manera sólo quedan imperativos tales como: ¡Desea, consume...! ¡Tú lo puedes todo, no hay límites! ¡Consúmeme a ti mismo!, que sólo logran (y no es poca cosa) neurotizarse, pervertir y psicotizar al sujeto sumiéndolo en un estado de angustia constante y llevándolo a una vida miserable.

Así, vemos que la eficacia de estos mandatos superyoicos, se debe a una serie de características del goce que se nos prescribe y, que Gault (2014) agrupa en cuatro: 1) es un “goce *anónimo* gobernado por un objeto producido en serie regulando un modo de goce estandarizado prescripto por el mercado”, es decir, la abolición total

del fantasma particular en cada sujeto, y es que el sujeto toma una posición particular en la vida a partir de ciertos referentes, de ciertos significantes en su historia de vida ya que son el sustrato que podrá dar cuenta de la repetición en el sujeto, es decir, de cómo lleva a cabo su goce; pero cuando gozar es una imposición a grandes escalas, se borra esa particularidad del sujeto que lo pueda llevar a desvelar o significar su goce, dejando así un real traumático sin posibilidad de ser representado en lo simbólico.

2) Es un “*goce autístico* que reconduce al sujeto frente a su pantalla para una satisfacción solitaria frente a una imagen virtual... satisfacción que ignora al otro, exonera al sujeto de los obstáculos del deseo y de las contrariedades del amor”. Este auge en la tecnología, aparentemente nos brinda nuevas experiencias y revoluciona la manera en que percibimos, por ejemplo ya no basta con la visión 2D o 3D, sino que incluso se ha llegado al 4D donde se tiene la sensación de ser partícipe de lo que se proyecta; pantallas gigantes de LSD o de plasma, los “home cinema” para tenernos pegados al asiento y embobados sin posibilidad de apartar la mirada; tenemos también la infinidad de reproductores de música como los iPods que nos mantienen sordos ante el mundo; el internet de banda ancha para estar siempre “conectados” con sus chats que sólo son un simulador de que se dialoga con alguien; el sexo cibernético que repudia todo contacto con el otro y, ya no digamos de todos esos artilugios eróticos para proveer autoplacer... Con toda esa gama de instrumentos de goce es contundente que se corta todo lazo social y el sujeto se convierte en un mero objeto inerte.

3) Es un “*goce de carácter adictivo y repetitivo* puesto que el mercado se encarga de alimentar sin cesar este goce a través de una actividad ininterrumpida de estrategias comerciales que generan siempre objetos nuevos”. Adicción que vemos ya no sólo a las drogas, a la bulimia y a la anorexia, sino una adicción generalizada ahora por cualquier objeto, a las compras, al sexo, a la tecnología, al ejercicio, a las cirugías, etc., etc.

4) Es un “goce asexuado en la medida en que se abstiene del encuentro con el otro sexo”. Deja de ser un goce fálico, permitido por la ley, para ser un goce del Otro.

Teniendo estas características, esa prescripción de goce, nos dice Gault (2014), le pega a los cinco registros de la pulsión: a la *pulsión oral*, con la industria agroalimentaria para estimular el goce de la oralidad, modificando las prácticas alimentarias tradicionales, porque ya no sólo vemos obesidad y anorexia, sino una “voracidad intrínseca” de consumir siempre más. A la *pulsión anal*, con la sobreabundancia de objetos de consumo que empujan a una acumulación, su imagen es la del coleccionista. A la *pulsión escópica*, con “la producción de imágenes que asegura la prosperidad industrial para retener a los consumidores frente a las pantallas de sus televisores, computadoras y otros dispositivos, ofreciendo al consumidor una panoplia visual sin cesar”, siempre renovada para captar la mirada. También a la *pulsión vocal*, con la industria de la voz y el sonido cuyos productos atraen y buscan satisfacer en ese registro. Y en un último registro, “la búsqueda de la *satisfacción fálica*, que se sustraería a los vicios del deseo, [se le pega con] una industria farmacéutica de la entumecencia”.

En efecto, la industria perversa tiene bien cubierto todo el campo de batalla con su despliegue de arsenal nuclear de goce, lo cual deja profundamente insatisfecho al sujeto deviniendo éste en una serie de síntomas que traducen su malestar.

Sin embargo, es importante comprender la noción de síntoma desde el psicoanálisis y más específicamente de la última etapa de enseñanza de Lacan que, nos refiere Žižek (2012), es cuando concibe al síntoma “como un núcleo real del goce, lo que persiste como un plus y retorna a través de todos los intentos de domesticarlo, [...] de disolverlo por medio de la explicación, de poner en palabras su significado” (pág. 104). Pongámoslo en otras palabras, imaginemos al síntoma como el vapor que se filtra de una olla a punto de reventar, fuerza que al tener obstruida su vía de escape, se vierte de las maneras que encuentra para aliviar la presión, sin embargo, la entrecortada salida de este gas como bomba de tiempo, si bien es preocupante, no

es el mayor problema sino el contenido de esta olla a punto de explotar, eso que está oculto y encerrado a cal y canto (llamémosle inconsciente, que como de él nada se quiere saber, se le taponea y se le niega). No obstante, sin la estrepitosa presencia del gas no daríamos cuenta de la inminente desgracia (la inevitable salida de ese sustrato en forma de *acting out*). Con lo anterior estamos ratificando la importancia del síntoma como evidencia de algo, de algo de lo que conscientemente no sabemos porque en el camino de salida, en esos tropicónes, algo (o mucho) del sentido se perdió, y para encontrar su significado surge una compulsión a repetir como mecanismo del inconsciente para hacerse escuchar. Por lo que es a esa repetición a la que hemos de prestar mucha atención para aproximarnos al significante primordial.

Así, el síntoma en su inmanente repetición, es la huella de algo que se perdió (goce), pero a la vez, es sostén y recordatorio, por lo que podemos decir: es exceso, “resto material”, *plus de goce* que no hace más que dar cuenta de un malestar subyacente, de un más allá, el de lo inapresable y fatídico de lo real, nunca dispuesto para dotarle de sentido. Pero el síntoma, es lo único que nos salva de perdernos en ese abismo que supone lo real, porque de una u otra manera se puede intentar darle una representación en lo simbólico y hacer algo con él, primordialmente escucharlo, no de erradicarlo, porque ya habíamos dicho, es también soporte (por muy doloroso que éste sea).

Por eso, cuando hablamos de un malestar contemporáneo, nos percatamos de que el sujeto y por ende la sociedad, están enfermos pero porque los síntomas manifiestos son el único sostén ante el dictamen perverso del discurso capitalista, donde sin ellos se caería en la locura total, en la psicosis, y el sujeto terminaría por consumirse literalmente. Así, escribe Žižek (2012), “el síntoma es un elemento adherido a uno como una especie de parásito y ‘echa a perder el juego’, pero si lo eliminamos, las cosas se ponen aún peor: perdemos todo lo que tenemos —incluso el resto que estaba amenazado, pero no destruido, por el síntoma” (págs. 114-115).

Por lo tanto, si como dice Gault (2014), el síntoma dominante de esta época es la depresión, la cual “responde al eclipse del deseo o al demasiado de la satisfacción, porque el sujeto deprimido es un sujeto que no desea o que desea mal; o aun, es un deseo que no goza, que goza mal” y, decíamos que los síntomas contemporáneos son resultado de un goce impuesto que atenta contra la subjetividad, se podría pensar que no hay manera de hacer discurso con ellos; sin embargo, hay algo en esta sintomatología contemporánea que nos habla aún de lo estructural del sujeto y eso es, la relación con el Otro, con el Padre, con la ley, en su envés y su revés.

Así pues, consideremos a la depresión como el síntoma preponderante que da cuenta del terrible malestar que aqueja al sujeto contemporáneo y, no le restemos importancia al utilizar el término depresión como suele ser utilizado para nombrar todo —restándole en ese instante su valor mismo— y que a fuerza de estipularse como un diagnóstico de trastorno mental por manuales estadísticos que no sirven para nada, se le trata con medicamentos que sólo consiguen aletargar al sujeto o con tratamientos electroconvulsivos que pretenden reseatearlo como si fuera una máquina, para eliminar el “problema” de tajo; sino más bien, veamos que la depresión constituye, como refiere Jacques-Allain Miller (2005), “el síntoma de la relación con lo real cuando éste se revela en la clínica como lo imposible de soportar. [Al cuál] Si se lo engaña con semblantes, solo se consigue hacerlo fluctuar” (pág. 15).

Razón por la cual se debe ver éste y los demás síntomas contemporáneos de la sociedad —y por supuesto los del sujeto en su singularidad—, como un mensaje a descifrar que puede aportar un poco de luz al problema con el que nos encontramos hoy día y, no buscar erradicarlo a fuerza de poner al sujeto en homeostasis, porque tal cosa ¡no existe!

2.3 ¿A dónde vamos a parar?

“En una época de engaño universal, decir la verdad es un acto revolucionario.”

—George Orwell

Lo que nos caracteriza como seres humanos, es nuestra total tendencia a gozar, pulsiones mortíferas que, si hacemos un recorrido por la historia podemos ver, han tenido su máxima expresión en las masacres perpetradas en nombre de divinidades o (más recientemente) en nombre de “el bien” de la nación y la humanidad (cuando en realidad fueron en nombre del deseo mismo de querer dar muerte).

Hubieron también tiempos de desenfreno de las pulsiones, se hacía lo que se quería con el propio cuerpo y con el del otro porque la ley no alcanzaba para prohibir y regular el goce, porque justamente esa es la pregunta que está en juego y que en cada época se ha tratado de inventar y reinventar un modo de dar respuesta: ¿qué hacer con ese goce, con esa total inclinación del ser humano a la destrucción, cómo mantenerlo a raya? Pero también la pregunta de ¿cómo hacer posible la relación sexual?³⁷

Entonces vemos que la época en la que vivió Freud, moralista, de represión de la sexualidad, de la supremacía del positivismo, fue el medio preciso para que el psicoanálisis surgiera como síntoma de todo ese malestar cuyo sustrato fundamental era —y es el de todos los tiempos— querer gozar. Por lo que hoy día, no es nuevo que el ser humano quiera gozar, sin embargo, nuestra época se distingue de la Freud, en cuanto que el malestar, ya no va en función de la represión de las pulsiones, sino que en este siglo XXI, la ideología es ir al exceso en su máxima potencia.

Así vemos que el discurso de lo tradicional se está olvidando, ese donde los valores eran el pilar fundamental del hogar, donde la familia lo era todo, donde se debía

³⁷ La mítica idea de que dos seres puedan complementarse y hacerse uno.

guardar las apariencias, “lavar los trapos sucios en casa”, etc., por el discurso capitalista de lo *trendy*, del *forever young*, del desprecio por la autoridad, del narcisismo exacerbado, del exhibicionismo, de la era de lo virtual, lo visual, lo inmediato... del espectáculo.

Si nuestros abuelos nacieron en las primeras décadas del siglo XX, fueron educados por sus padres bajo el mandato de la época de la represión, es decir, del pudor, de la moral sexual, del respeto por la figura del padre, de la reclusión de la mujer al ámbito de lo privado... Luego ellos a su vez educaron a sus hijos en la tradición, de la única manera que conocían y podían, sin embargo, estos hijos nacidos a partir de mitad de siglo, crecieron en un mundo cambiante, de revoluciones culturales, tecnológicas, sociales... en un mundo globalizado. Con los movimientos sociales se comenzó a cuestionar al sistema así como el modo en el que se prescribía cómo vivir y en qué creer. Los ideales que hasta ese momento habían constituido a la sociedad, se vieron en la cuerda floja, tales como el discurso del Estado, los roles a cumplir de cada miembro de la familia, la familia como célula de la sociedad, el papel de la mujer... Y, en apariencia, se llegó a una “liberación” de lo prescripto, no obstante, sólo los modos de dominación cambiaron así como el modo de consumo de ideologías. Porque esa “liberación” devino en *plus*, en exceso, en hartazgo. El capitalismo encontró la forma de adaptarse a los cambios y demandas de la sociedad y devino en la forma que conocemos hoy día.

Todos y cada uno de nosotros venimos arrastrando una ley, ya sea que se le haya seguido o se haya querido escapar de ella. Nuestros padres quisieron escapar de ella, pero como dicen por ahí: “no se puede negar la cruz de su parroquia” y, terminaron encarnando a sus padres, y ¡de qué manera! Pero bueno, ellos quisieron educar a sus hijos (nosotros, los jóvenes del siglo XXI) de manera distinta a como fueron educados ellos, es decir, queriendo ofrecerles las mejores oportunidades para la vida: una escuela, un techo libre de obligaciones, todo a manos llenas, porque su idea (implantada por la ideología del “progreso”) era que sus hijos no

pasaran por las mismas “carencias”³⁸ que ellos, con esto delegando responsabilidades a otros (instituciones, televisión, videojuegos) el cuidado de sus hijos, porque ellos tenían que salir a ganarse el dinero para darles esa vida fácil que ellos no tuvieron. Sin embargo, no podemos generalizar, porque (tal vez) ya los menos, corrimos con la suerte (o tal vez no) de que nuestros padres estuvieran en casa, arraigados más a un ideal de familia que a uno de “progreso”, estructurándonos a la vieja usanza y dando cuenta de los límites³⁹. Incluso podemos decir que los años más críticos de nuestra infancia se vieron alejados, en la medida de lo posible, de esta revolución tecnológica, no así en los años subsiguientes.

Y es que algo en la época de nuestros padres se rompió, los referentes de antaño comenzaron por caerse, la ciencia y la tecnología fueron ganando mayor terreno y el mundo se globalizó. Ahora, la realidad se nos presenta confusa, no encontramos propósito para continuar nuestro camino más allá de lo material, de lo inmediato, de lo banal. Es como si nos encontráramos solos en medio del desierto donde inevitablemente se pierde la noción del tiempo y las palabras que en otro tiempo fueran consuelo, ahora son una cosa carente de sentido sin alguien otro que las escuche y peor aún, donde nosotros mismos acallamos esas voces y no nos permitimos escucharlas pues ellas nos hablarían de cosas nada cómodas. Desierto donde ya no podemos negar más al cuerpo acallándolo por más placeres fugaces que le prodiguemos, pues éste se manifiesta en toda su extensión por todas esas palabras no dichas y, el cuerpo duele, duele más, mucho más pues aunque hable no tiene eco, no hay semblante... todo es confuso; estamos embriagados de goce, de dolor, de sufrimiento y aún así queremos más, pues en el horizonte se nos aparece eso que anhelábamos desesperadamente: un oasis... un espejismo... ¡qué engaño! Un cruel engaño... más goce, más dolor y más sufrimiento. Porque no hay

³⁸ Que incluso esta idea de carencia es totalmente implantada por el sistema capitalista, para despreciar el pasado y así poder vender la idea del progreso a través del consumismo exacerbado. Porque si miramos hacia atrás, esa “carencia” se asocia a los pocos bienes materiales y/o económicos, sin embargo, las personas sabían lo que era el no-todo, el trabajar para lograr, el costo de las cosas. Y si de carencias hablamos, nuestras generaciones se encuentran más carentes que nunca pues a fuerza de colmar, abrimos más el vacío.

³⁹ Pero no por ello libres de menos sufrimiento por el peso llevado a costas de esos ideales de los padres y la culpa por el deseo de escapar de ellos y sumergirse en esa vida idílica que presentaba el nuevo siglo.

nada peor que construirse castillos de arena y creer que pueden ser habitados —y no porque el viento se los lleve—, sino porque es imposible! Y duele porque nos empeñamos en vivir una ficción, ese es el juego macabro, engañarnos y dejarnos embaucar por lo que se nos presenta en el horizonte como un atractivo oasis siendo que en la realidad nos encontramos en el desierto de lo real más solos y vacíos que nunca.

Hay también, un individualismo que le pega al lazo social socavándolo más que nunca pues se nos incita a alimentar impudicamente nuestro narcisismo con la proclama del fortalecimiento del yo: con libros de autoayuda, terapias para la autoestima, tener autocontrol, autoregulación, culminando con la autofoto o *selfie*, esa que define nuestra época pues ¿qué encontramos en primer plano? Narciso embelesado consigo mismo. Esto es un verdadero problema pues además de que las relaciones sociales pasan al plano de lo virtual ya que el cuerpo del otro supone un obstáculo para la propia satisfacción, el mito de Narciso nos recuerda la fatalidad de tal acto, de tal pretendido amor por sí mismo (que en realidad era amor a su imagen proyectada y no a sí mismo) que lo llevó a la muerte. Valdría la pena considerar concienzudamente si no es acaso ésta la época que mejor describe, o mejor dicho, pone en escena el mito de Narciso, donde todos somos los protagonistas en potencia.

Por lo que habría que preguntarse, si la ley —(esa que antecede a toda ley), esa que nos estructura, que apela al lazo social, esa que nos provee del código para poder hacer en esta vida algo con nuestra falta diciéndole ¡no! al goce pero ¡sí! al deseo—, si esa ley se está desdibujando⁴⁰, se está minando a causa del discurso capitalista que no distingue entre sexo, razas y credos (porque es el discurso del “todos iguales”) y, lleva al sujeto a transgredir los límites dejando de fuera toda posibilidad de saberse y asumirse castrado, además de producir sujetos tan invadidos por el goce que no tienen posibilidad de articular demanda alguna.

⁴⁰ Si bien se está desdibujando la ley, podemos ver que sólo es en su modalidad de reguladora del goce, en el envés del Nombre del Padre. Porque en su revés, en su *père-version*, es más fuerte que nunca, es una ley esclavizante.

Es entonces que queda la terrible zozobra de preguntarse ¿qué pasará con las siguientes generaciones, con los descendientes de estos jóvenes desorientados, ciegos, sordos, mudos, errantes, inconvencionales, materialistas, egoístas y hedonistas; cuando la ley, esa que se transmitía en nombre del padre está siendo pervertida? ¿Qué podemos esperar de las siguientes generaciones, cuando ya en nuestros tiempos vemos tanto niños, adolescentes, jóvenes y adultos viviendo en la virtualidad más que en convivencia presencial con sus semejantes, despreciando miradas, risas, caricias, silencios, gestos, por texto frío e impersonal? ¿Qué podemos esperar cuando la madre y el padre —aunque presentes— están ausentes y ya nada ni nadie ocupa su lugar? ¿Cuando vemos niños que matan, niños que se suicidan, niños que ya no son sostenidos por nada, pues el lugar de los padres se encuentra vacío; sus miradas y su deseo ya no tocan al niño, sino que se pierden en el plano de lo virtual?

Si bien es cierto que cada momento de la historia ha tenido consigo momentos de crisis, guerras, muertes... y se le han superado deviniendo en formas diferentes, no podemos no reconocer que ésta época que nos ocupa es más que tiempos de crisis, de malestar, es —nos dice Miller (2005) — la época de la “*impasse*” (pág. 15), es decir, época donde lo traumático de lo real nos está alcanzando a fuerza de hacer lo imposible del goce, posible, y en donde a razón de la caída de los ideales, se alienta a cada sujeto —en su narcisismo— a erigirse como amo, porque la lógica a seguir es: “*si el Otro no existe, por qué no yo en su lugar*” (Miller, 2005, pág. 109).

Por lo que queda mucho que pensar sobre ésta época y los caminos por los que nos está llevando el discurso capitalista del desenfreno del goce. Reflexionar sobre estos tiempos de crisis es el primer paso pues uno comienza a posicionarse de distinta manera ante lo establecido. Cuestionar significa dar cuenta de que *no todo* va bien. Primera fractura para comenzar a elaborar una demanda. Así, Lacan (1978) en una conferencia dictada en Italia en el año de 1974, decía:

[...] no hago propaganda para que haya analistas, sin embargo es necesario que los haya... porque algo se ha vuelto imposible en la vida cotidiana a causa de una invasión de lo real que se nos escapa... un real que ha comenzado a proliferar a causa de la ciencia. El psicoanálisis es la única cosa que nos permitirá sobrevivir a ese real. ¿Ayudar a la gente a situarse como seres vivientes? Para ello es preciso elucubrar un nuevo saber. Otro saber que el de hacerles creer que tienen un yo autónomo.

¿Por qué el psicoanálisis? Porque es, quizá, el único discurso que no se alinea con el del capitalismo y, que no se une a la nostalgia por el padre puesto que no busca un retorno a su tiranía, se vale de él en un primer momento para después prescindir de él apelando a que el sujeto asuma la responsabilidad sobre sí mismo y deje de enunciarse como una víctima del padre, de la madre, del sistema, del Otro y, pueda dar nombre a su malestar, a sus síntomas y a su deseo. Sí, el psicoanálisis atenta contra lo fácil y lo cómodo, es subversivo y por ello, como bien señaló Lacan, será la única cosa que nos permitirá sobrevivir a ese real que nos invade cada vez más.

¿Es el psicoanálisis la panacea, la maravilla? No, puesto que no es para todos sino para aquellos que estén dispuestos a hacerse cargo de sí mismos. Por lo que el psicoanálisis, a diferencia de los demás discursos amo, no enseña, no adoctrina, no impone... acompaña a quien quiere saber de sí. De tal suerte que en el capítulo siguiente veremos, más explícitamente, cómo es acogida la demanda de saber desde el discurso de la religión, de la ciencia y del psicoanálisis, donde precisamente es este último el que se posiciona de diferente manera.

Capítulo 3. Un Otro con un supuesto saber

Cuando los primeros seres humanos hacen entrada, se dan cuenta de que hay todo un mundo que los antecede. Se percatan de que dentro de lo despiadado, caótico y siniestro de la naturaleza, también hay un orden, hay día y noche, ausencia y presencia, vida y muerte; y, a fuerza de querer sentirse incluidos en ese caótico orden de la naturaleza, comienzan a tomar parámetros de su existencia en función de su entorno, he ahí la mayor dicha, o tal vez, la mayor desgracia del ser humano, porque es en ese instante en que la duda por su existencia, lo inviste y lo atraviesa, ya no puede ser más un animal destinado a seguir el natural ciclo de la vida, ya no puede regirse sólo por sus instintos, ya no puede no pensar; queda atravesado por lo simbólico, por el lenguaje, que le posibilita tomar una postura, otra, de la vida.

Ahora puede imaginar seres creadores del día y la noche, seres que imponen el orden, seres que rigen su destino. No obstante, ni en todas las fantasías imaginadas, la verdad toda sale a relucir. ¿Por qué? Porque llegamos después, no asistimos al comienzo de todo ¿hubo un comienzo? ¿Dónde? ¿Quién sabe? He ahí la desgracia, porque desde todos los tiempos el ser humano ha tratado de responder a esas preguntas llegando siempre a un abismo, un real inexorable que lo único que dice (bueno, ese no habla, sólo es...el que habla es el sujeto y éste sólo cree descifrar), dice que estamos impedidos, imposibilitados, pero no por ser idiotas o ignorantes, porque hasta el más docto entraría en esa incapacidad de decir sobre el todo; porque no hay nada que descifrar de la naturaleza, no hay nada que decir de lo real, no hay creador de nada, sin embargo, la nada existe porque en la medida en que se apalabra, es.

Entonces, vemos que el lenguaje es lo único que marca la existencia, la negación o la inexistencia de todo lo anterior. Porque el lenguaje es lo único que nos ancla al mundo en el que vivimos, es el único que nos provee de sentido, o al menos de esa idea nos hemos hecho. A las palabras le adjudicamos un sentido porque a la vez que nos mantiene en lazo social con el otro, nos permite nombrar, describir

fenómenos y relacionarlos a una causa, por lo que, nos dice Daniel Gerber (2007), “a la causa se le asignará un lugar; así va a nacer la noción de *saber*, que no se revela directamente al observador de los fenómenos pero es supuesto a estos como inherente a su aparición” (pág. 13), es decir, al principio decíamos que el ser humano da cuenta de que hay día (luz) y que después viene la noche (oscuridad), fenómeno que rige sus estados de sueño y vigilia; ahora bien, como es un suceso que acontece día tras día siempre desembocando en lo mismo, el ser humano le supone una causa y un saber que está detrás; por ejemplo, para los aztecas, cada día Tonatiuh (dios del quinto sol), viajaba a través del cielo, muriendo en cuanto se hundía en el occidente, para luego renacer al día siguiente; esta travesía diaria resultaba tan dificultosa que los aztecas creían que el dios Sol necesitaba sangre y carne humanas para sobrevivir y salir triunfante cada día. Aparte de los sacrificios humanos realizados por los aztecas, éstos creían que el dios se nutría diariamente de otras fuentes menos sanguinarias tales como vivir una vida moral, virtuosa y honorable a través del trabajo, mostrando coraje durante la guerra y, actuando siempre de una manera digna y dadivosa.

Así, desde tiempos inmemoriales, cada fenómeno y acontecimiento de la vida ha supuesto para el ser humano ser de orden divino, porque el saber necesita alguien que esté detrás, que lo orqueste, que lo posea y que lo sostenga. De esta manera el ser humano les supuso a los dioses dicho saber y, que como dioses caprichosos y celosos, guardarán el secreto del destino de la vida, tuvieran misteriosos planes para él y reclamaran por esta labor divina.

De tal suerte que el ser humano desde el inicio de los tiempos decidió someterse a voluntad, hacerse esclavo de un ideal, realizó sacrificios en nombre de aquél o aquellos que creía que así se lo demandaban y lo llamó su deber.

Es por ello que podemos ver que cualquier acto religioso supone una fe hacia un Dios Padre poseedor del secreto de la vida y que como la palabra lo indica, es un *secreto* que no se puede develar pero que precisamente por ello mantiene al sujeto

gozando por un querer saber, así como de un querer colmar a Dios para que en algún punto, si se es digno, ser partícipe de su revelación de la verdad absoluta, del todo.

Dios, escribe Gerber (2005), “es el nombre que las religiones dan al Otro que puede realizar la imposible conjunción de lo simbólico con lo real, intentando a la vez fijarlo y perpetuarlo” (pág. 114). Así, en nombre de lo sagrado se impone un goce, un goce del Otro tras un velo de presunta piedad, he ahí el discurso de la religión.

Pero por otro lado, el ser humano también quiso (y aun lo anhela) ser poseedor de ese poder sobre el destino, la naturaleza, la vida y la muerte; podemos ver a un Prometeo realizar un acto heroico y prodigioso y a un Fausto pactar con el diablo para hacer de un saber divino, de una posesión divina, un patrimonio de los hombres.

Sin embargo, ya en la realidad podemos percatarnos de que a fuerza de querer hacerse de ese saber, excluyendo todo lo que tenga que ver con lo divino, la seguridad que proveía un ser todopoderoso, ahora se busca en el conocimiento del entorno, en modelos universales, en objetos cuantificables. En esta nueva cosmovisión ya no hay cabida para la interpretación subjetiva de los fenómenos, ya no se le puede confiar a la experiencia ni a los sentidos la realidad, se repudia el simbolismo imaginario adjudicado a la naturaleza en su estrecha relación con los dioses, es decir, se repudia y se excluye al sujeto mismo puesto que es él el que los imagina, los nombra y los sostiene. Sí, este es el discurso de la ciencia que, para constituirse como un discurso consistente, no da cabida a la falla, rechaza totalmente la singularidad y por ende al sujeto en su falta, en su goce, en su subjetividad, pues para la ciencia éste debe ser calculable y previsible.

El discurso de la ciencia es el de la homogeneización, se vale de una lógica de hierro que no permite la alteridad ni la división en su saber pero, como la falla no

puede ser eliminada, se le excluye, se le segrega; así, se instaura un Otro-universo constituido sin fallas, preciso, sin límites y de leyes universales.

Sin embargo, cabe mencionar que el psicoanálisis no existiría si no fuera por la aparición de la ciencia moderna y del sujeto que ella creó. Pues Freud, incluso siendo hombre de ciencia, pudo percatarse de que había en el sujeto un malestar subyacente a los síntomas que tan ferozmente se trataban de eliminar. Si bien el psicoanálisis surge con la ciencia, no es ciencia; el descubrimiento del inconsciente, refiere Gerber (2007), viene a señalar ese límite puesto que los sueños, los lapsus, los actos fallidos y demás formaciones del inconsciente, dan cuenta de una contradicción en el sujeto y, en el pensamiento absolutista de la ciencia.

De esta manera, el psicoanálisis retoma todo eso que la ciencia repudia y “se desarrolla a partir del síntoma” (Gerber, 2005, pág. 93), de eso que anda mal y que no se logra apalabrar.

Decíamos que el ser humano busca verdades, sentido de su existencia, demanda amor de un dios, del padre, de Otro que sea garante de certezas. Esa idea es lo que lo lleva a psicoanalizarse, lleva esa demanda de amor al analista, al cual le otorga un supuesto saber; piensa que el analista al escucharlo sabrá lo que le pasa y le dirá “tú tienes esto, o tu problema es aquel...para solucionarlo, ésta es la fórmula”. Nada más erróneo, sin embargo, es esa demanda de amor, esa llamada al Otro, esa transferencia del sujeto hacia su analista, o más específicamente, al deseo de su analista, que el sujeto le otorga el lugar del Otro que sabe su verdad, el Otro que sostiene el lugar del padre. Y en efecto, el analista en un primer momento, para sostener la transferencia, ocupará ese lugar, pero no como Ideal sino más bien como semblante, puesto que “el Ideal es una trampa porque lo que mantiene es un vacío de deseo” (Aramburu, 2004); en cambio el analista como semblante hará sostén del discurso del sujeto para que éste se juegue todo por hacer escuchar su deseo.

3.1 El discurso de la religión

“En tanto se diga algo, allí estará la hipótesis de Dios.”

«*Seminario XX: Aun*»
—Jacques Lacan

Para comprender el discurso de la religión tal vez sea necesario que nos preguntemos primero ¿qué es lo que nos lleva a creer en Dios? Y no nos aventuremos a responder aludiendo a la educación de los padres, o haber nacido en un hogar católico, cristiano, judío... y por ende seguir la tradición porque así debe de ser. Vayamos más allá de esas respuestas tautológicas de que creer en Dios es un acto de fe el cual no se debe cuestionar, o el “yo no creo, soy ateo”, porque incluso, hasta el más ateo de los ateos cree en dios puesto que creer en el sentido de las palabras es creer que existen certezas, verdades y que hay alguien que las sostiene; sí, ese lugar sería el de Dios.

Pero prosigamos, además de nuestra inmersión en el lenguaje, ¿qué nos lleva a creer en Dios? El miedo al tiempo, a la muerte y a la nada nos dice Shopenhauer (1991), al desperdicio de la propia vida, a los dolores del cuerpo y del espíritu; el consuelo de creer que después de una vida de tanto sufrimiento, dolor, angustia, miseria... vendrá la recompensa de un más allá de dicha y placer donde no habrá maldad ni penas. Creer en Dios es pedir consuelo postrándonos ante él para que disipe todos esos terrores que inspiran el mundo y la vida. Pero también, es miedo a equivocarse y a ser castigados por ese error, pues hay quienes dicen que es mejor vivir una vida creyendo, que pasar toda una eternidad arrepintiéndose, por tanto, creer en Dios no es un acto altruista, puro o genuino, es un acto egoísta que como único fin tiene asegurar la vida tras la muerte mediante la hipocresía, así como poner como excusa su santa voluntad para no hacerse cargo de la propia vida.

Desde todos los tiempos, hemos esperado que se nos castigue o se nos recompense, hemos llorado y suplicado por señales y milagros, nos hemos

flagelado por obtener un poco de luz, incluso, hemos llegado a creer que si hay tanto sufrimiento en el mundo es porque Dios está probando nuestra fe.

Sin embargo, los sentimientos de amor y temor por Dios, ya decía Freud, “no tienen su origen en Dios, sino en los seres humanos. Son sentimientos de frustración dirigidos por el hombre a un ser imaginario que pretende sea su padre”, padre al que se le asesinó y que una vez muerto cobró más poder que cuando estaba vivo, pues su fantasma siempre está ahí en forma de Ley para recordarnos nuestro crimen, nuestro pecado. Freud (1927 [1992]) escribió en *Tótem y tabú*, que el crimen contra el padre y el arrepentimiento por ese acto devino en la instauración de las religiones como intento de resarcirse y expiar la falta poniendo como imagen del padre muerto a Dios ante el cuál postrarse, someterse y sacrificarse a voluntad. Así, tenemos que “Dios es el padre enaltecido, la añoranza del padre es la raíz de la necesidad religiosa” (Freud, 1927 [1992], pág. 22) como bien nos lo recuerda en *El porvenir de una ilusión*.

Por lo que al padre muerto le sucede un símbolo, este es, dice Gerber (1989):

El Nombre-del-Padre, del cual Lacan afirma que es la religión quien primeramente ‘nos ha enseñado a invocarlo’ puede caracterizarse como representante de la ley, significante originario, origen de la metáfora; pero antes que nada es la respuesta de la religión a la pregunta radical: ¿por qué hay algo más bien que nada? (pág. 180)

Pero, también nos dice que “cualquier respuesta que se intente será siempre notoda, dejará un resto indecible, Dios, el no-todo” (pág. 180). ¿Cómo es esto? Pues bien, la creencia tanto del Padre como de Dios es una cuestión de estructura del ser humano que en tanto sujetos al lenguaje (también llamado Otro), se hace a la idea de que existe un más allá del lenguaje, es decir, un Otro del Otro, o sea, un ser supremo que sabe —ya sea este Dios, Padre, amo—, porque como seres angustiados que somos, no soportamos el sinsentido, la nada, el *absurdo* del que nos habla Camus (2002) en *El mito de Sísifo*; de tal suerte que en su lugar ponemos

ídolos, amos, dioses, nuevas religiones, todo aquello que nos dé el sentido que tanto añoramos. No es de sorprendernos que Freud pusiera al Padre como aquel que le dotó de sentido para ubicar la emergencia de la cultura y su inminente malestar a través de la alianza surgida entre los hijos y el padre muerto, ya que precisamente, es del padre muerto que se vale el discurso de la religión:

El asesinato del padre representa míticamente esta función esencial de la muerte de Dios que hace de todo sujeto un creyente, con o sin iglesia. Creyente en la posibilidad de que el inconsciente —“gracias a Dios”— pueda decirlo “todo” y contener en sí mismo el “sentido del sentido” (Gerber, 1989, págs. 180-181).

Sin embargo, el decir de Freud es muy diferente al de la religión porque da cuenta de un más allá del Padre y la imposibilidad de formar alianza con él, mismo que Lacan con su retorno a Freud, reivindica justamente como el padre real, el del sinsentido; ya que con su lectura no religiosa que no intenta la alianza, será una lectura, refiere Gerber (1989), “que no re-liga y por lo tanto no busca el sentido perdido en la medida en que buscarlo es ya suponer el Padre que lo asegura” (pág. 178). Con lo cual también estará afirmando que no hay Otro del Otro.

En cambio, la religión asegura totalmente que hay un sentido de las cosas, de la vida, del horror, de la muerte... sin embargo, en tanto seres impuros y pecadores que somos para Dios, no podemos acceder a todo ese sentido y tenemos que ganarnos su gracia y benevolencia a fuerza de plegarias, sacrificios, flagelaciones, confesiones, arrepentimientos, es decir, ser unos verdaderos mártires para estar bien con Dios, porque como es él el que posee el “saber” de todo, su manto infinito abarca todo el sentido y no da cabida para nada más; con ello reprime y borra todo aquello que pueda fungir como síntoma de cualquier malestar, así como la posibilidad de tomar responsabilidad de uno mismo y sus acciones al achacarle una santa voluntad.

Así, cuando Žižek (2012) escribe que “un compromiso excesivo con el Bien puede en sí convertirse en el mayor Mal: el Mal es en realidad cualquier clase de dogmatismo fanático, en especial el que se ejerce en nombre del supremo Bien” (pág. 54), no podemos más que estar completamente de acuerdo puesto que justamente es ese actuar en nombre del Bien que nos lleva al peor de los Males. Ya que en ese intento de sostener al Otro se llega al extremo del fanatismo, desembocando en crímenes, destrucción, genocidio y un sinfín de daños gravísimos contra la humanidad que se tratan como si fueran sólo daños colaterales y sin importancia pues lo que importa es que se quiere el “bien” de la humanidad⁴¹.

Pero no es sólo la creencia en él lo que trae tanto mal, sino que esa creencia es sustento de la hegemonía de la religión y tal vez de su triunfo hasta el final de los tiempos. Esta fe ciega en él ha favorecido a todos aquellos que están en el poder y controlan y manipulan al ser humano utilizando esta ideología para sus fines perversos de supremacía. Si, “Dios es una hermosa invención” (Kundera, 2000, pág. 237), pero sin duda alguna, también es el opio del pueblo, pues tiene un embriagador efecto de seguridad al creer que hay alguien que nos protege, lo que provoca apatía por tomar responsabilidad de nuestra realidad, genera resignación, falsa bondad y fanatismo.

Sí, creer en el nombre de Dios, tal vez sea uno de los peores males de la humanidad, sin embargo, está encarnado en nuestro código, en nuestra estructura porque en tanto haya deseo, siempre estará la ilusión del porvenir y *el porvenir de una ilusión*.

⁴¹ Para ahondar más en esto, el documental Zeitgeist escrito, dirigido y producido por Peter Joseph en el año 2007, nos detalla cómo la religión, específicamente el cristianismo, es un plagio de cosmovisiones antiquísimas que, sin embargo, ha llevado a la humanidad a creer en él ciegamente, lo que por supuesto, ha favorecido a su total manipulación. Aunque hemos de decir que dicha manipulación no sólo proviene de la religión, sino también de la propaganda y los medios masivos de comunicación deviniendo en guerras por dinero, poder, imperialismo, pero que todas convergen en un mismo propósito: el exterminio de la humanidad en su imborrable alteridad.

De ahí que Lacan (2006) nos hable del inevitable *triunfo de la religión* sobre cualquier cosa, porque aunque pareciera que está en su ocaso por la incredulidad surgida del progreso de la ciencia, seguirá triunfando y ganando adeptos puesto que los tiempos en los que vivimos —con la inminente expansión de lo real—, “la religión tendrá muchos más motivos aún para apaciguar los corazones” (pág. 79).

3.2 El discurso de la ciencia

Y, al principio, todo fue curiosidad.”

«Introducción a la ciencia»
—Isaac Asimov

El imperioso deseo de conocer y saber del ser humano ha devenido, cual efecto dominó, en todo esto que vivimos hoy día y que ya hemos puesto de manifiesto en el capítulo anterior. Hemos sobrepasado los límites, hemos abierto la caja de Pandora que es lo real y éste nos ronda más que nunca. Pero cuidado, no nos sumemos a los alarmistas y no hagamos de esto una condena o maldición para el ser humano. Porque la curiosidad, tal vez sea aquello que también nos da movimiento y tanto como ha traído calamidades —cuando se vuelve en exceso (porque recordemos que el exceso es plus de gozar) —, también ha traído bondades consigo.

Ese deseo de conocer ha llevado al ser humano a encontrar medios para satisfacer las necesidades más básicas de su condición tales como manipular su entorno para saciar el hambre, apaciguar el frío, etc. Conocimiento que no sólo se limitó a hacer una vida más práctica, o a describir fenómenos, sino que el conocimiento derivó en un deseo por reducir la complejidad del Universo al entendimiento humano, porque (y ese es el discurso de la ciencia) no-todo es comprensible sino hasta que la lógica matemática lo vuelve un todo comprensible.

Ahora preguntémonos, ¿cuál es el propósito de todo aquel que hace ciencia? (hablamos del ser humano, dejemos de lado por un momento a las grandes

corporaciones que lucran con el producto de la ciencia). Desde nuestra perspectiva, nada más y nada menos que prologar y prolongar la vida, aunque, por supuesto, eso no está peleado con la curiosidad emergente de observar nuestro mundo y deleitarnos, maravillarnos con eso que se muestra bello, sublime e incluso siniestro —puesto que lo que no entendemos, lo que escapa a la razón nos atrae—. Así, vemos que el biólogo no sólo estudia a los seres vivos desde su evolución, su clasificación, su comportamiento, su origen, etc., sino que busca la manera de que todo ese conocimiento sirva a la humanidad en forma de vacunas, entendimiento de la genética, las propiedades de los alimentos que consumimos y un sinfín de cosas en beneficio del ser humano. La medicina se vale de la biología y la química para tratar las enfermedades y prolongar la vida. Por otro lado tenemos al astrónomo, al físico, al matemático, que no sólo estudian lo que está más allá del firmamento, las implicaciones de la materia, o la manera de explicar todo lo anterior por medio de un lenguaje simplificado y universal; sino que hacen predicciones para que sepamos si un asteroide golpeará la Tierra por ejemplo, si existe la posibilidad de encontrar un planeta que pueda albergar vida como la conocemos, o, calcular el tiempo de vida que le queda a nuestra estrella y por ende la nuestra como especie, etc., etc.

Con esto, lo que se pretende decir es que por supuesto que existe un mundo que nos antecede y que seguirá incluso cuando ya no estemos, por supuesto que un árbol se cae aun cuando no haya nadie ahí para verlo o escucharlo caer, por supuesto que ya había un orden mucho antes de que apareciéramos y por supuesto que un objeto más otro objeto suman dos objetos; sí, todo eso sucede, sin embargo, nada sería o, simplemente sería, sin ninguna implicación e importancia, si no hubiera nadie que lo contemplara, que lo registrara, que lo viviera y le significara algo. Porque un observador no puede ser sólo observador, sino indudablemente, agente directo, actor principal de esta puesta en escena que es la vida. Porque estamos sujetos a este mundo y a este orden y es por eso que cualquier forma de curiosidad diverge y converge “de” y “a” un solo punto: el ser humano.

Sin embargo, ese deseo de saber propio de nuestra condición, es usado para otros fines y se vuelve en nuestra contra; puesto que con la ciencia moderna, el objetivo de que el conocimiento sea usado en beneficio de la humanidad, es sólo una excusa para llevar ese conocimiento a niveles que nos superan, puesto que ahora el mundo para la ciencia, se explica con ecuaciones, geometría, números, etc., todo un sistema simbólico que sobrepasa nuestra imaginación —y que por algún momento, dice Lacan (2012) en *Radiofonía*, “se ensamblan con lo real” (pág. 446) —; por tal motivo, se vuelve un discurso cuyo propósito es “producir saber sobre el objeto, lo que supone como condición nada querer saber acerca de la verdad del sujeto [...] arrojada necesariamente fuera de su campo en el que se procurará más bien realizar la sutura de esa división” (Gerber, 2007, pág. 27). O en palabras de Žižek (2011):

La ciencia moderna avanza (en el ámbito de la microbiología, de la manipulación genética, de la física de las partículas...) cueste lo que cueste; la satisfacción viene proporcionada por el propio saber; no por los designios morales o comunitarios a cuyo servicio se supone que ha de estar la ciencia. (pág. 49).

Por tal motivo el discurso de la ciencia no es del sujeto en su carencia, en su deseo; sino del sujeto-supuesto-saber que se instala en el mismísimo lugar del amo. Y como el deseo resulta incómodo, “resulta mejor” anularlo, eliminar la pronunciación subjetiva del deseo, cualquier tipo de malestar que dé cuenta de la imposibilidad del sujeto, es decir, nos dice Lacan (2012), “la ciencia constituye una ideología de la supresión del sujeto” (pág. 460), trata de forcluirlo; pero, como no puede existir ciencia sin sujeto, se apuesta por un ideal: el de *un mundo feliz*, de súper hombres de genética perfecta; de seres colmados y estúpidamente felices con pantallas gigantes. Cuando Aldous Huxley y Ray Bradbury escribieron, a mediados del siglo pasado, sobre esos mundos de ciencia ficción, no sabían que estaban describiendo cual tenebrosa fidelidad nuestra época, una que aconteció tan sólo una décadas después de su vaticinio.

Tal vez, seamos muy aventurados al decir lo siguiente pero, puede ser que el discurso capitalista contemporáneo de plus de goce no sea más que el resultado de lo que la ciencia (el discurso que se hace de ella), ha venido construyendo así como la meta que se ha planteado de llevar la vida a más, donde no importa que el ser humano en su condición se pierda, puesto para ella lo que importa es el conocimiento y la inteligencia, una que puede trascender sin el ser humano. Tan así, que vemos inteligencia artificial, máquinas inteligentes por todos lados, pero aún, aún no se ha podido prescindir del ser humano y, se opta por tenerlo colmado, suturado en su deseo, cómodo y feliz; ahí es donde hace entrada el Mercado con su vasta oferta de productos que provean al sujeto de aquello que tanto anhela: gozar sin restricción.

Indudablemente el discurso de la ciencia es un oscurantismo, tal como nos lo plantea Lacan en *Radiofonía*, puesto que en aras de ser poseedor de un saber, se deja de lado la verdad (pero la del sujeto). Porque la ciencia es la de la objetividad y no busca verdades, eso se lo deja a la religión, ya que suponer una verdad es creer que hay alguien que la posee: Dios, y la ciencia no, esa tiene que ser atea. Pero veamos que por más que se asegure un procedimiento lógico y objetivo y se compruebe, ahí hay un acto de fe puesto que está la creencia de la posibilidad de un saber que muestra la naturaleza (“porque ésta no engaña”) y que se puede aprehender, que puede ser soportado por un sujeto y, también está el acto de fe en creer y confiar en las fórmulas que se producen en el campo científico; por lo que la ciencia, no es tan atea como se podría pensar.

Para la ciencia, saber y verdad son incompatibles, por lo que apuesta por el saber; pero lo que no sabe, es que saberes hay muchos y unos se cuelan como saberes verdaderos cuando en realidad son falsos, porque lo real (ese por el que la ciencia se pregunta) no está para ser sabido, su verdad radica en que es el único dique para contener al idealismo (Lacan, *Radiofonía*, 2012). Por lo que el psicoanálisis hace de esto un discurso otro (sí, con minúscula, uno que desafía el discurso de

amo, de gran Otro), donde se articule saber y verdad, y se restaure el lugar del sujeto en la enunciación de su deseo.

3.3 El discurso del psicoanálisis

“Lo importante, le decía el abate Galiani a Madame d’Epinay, no es curarse, sino vivir con las enfermedades.”

«*El mito de Sísifo*»
—Albert Camus

Si bien es cierto que el psicoanálisis surge a partir del advenimiento de la ciencia moderna, él retoma precisamente lo que aquella trata desesperadamente de forcluir, esto es: al sujeto.

Y es que en estos tiempos tan lóbregos en los que nos encontramos, donde los discursos operantes son los de la forclusión del Nombre del Padre y por tanto la del sujeto, tal vez el psicoanálisis sea el único discurso que transgreda lo anterior, ya que posibilita al sujeto justamente para que se reconozca como sujeto pero no de un amo, sino de su particular historia; es decir, es el único discurso que, efectivamente, escucha lo que el sujeto tiene para decir, algo que está totalmente ausente de todos esos discursos que dicen estar al servicio de la comunidad, dígase médico, el de la psicología, el Estado, etc. El psicoanálisis, dice Gerber (2005), “no forcluye la verdad —posición de la ciencia— ni tampoco la reprime como lo hace la religión: pretende más bien darle su lugar” (pág. 175).

Sin embargo, el psicoanálisis no es algo que se pueda utilizar para “curar” multitudes, masas, sociedades, no es una fórmula para derrocar gobiernos, religiones o dogmas, porque en ese intento se estaría alienando a esos discursos totalitarios. El psicoanálisis no es para todos, no todos están preparados para saber de sí, hay muchos que prefieren vivir felizmente ignorantes, hay muchos otros que, como dice Hermann Hesse en *Demian*, nunca llegan a convertirse en hombre y se quedan en ser ardilla, rana u hormiga; y pareciera que viven felices.

Es por ello que el psicoanálisis sólo responde a aquellos que quieren aventarse a las profundidades de su inconsciente, un viaje nada grato puesto que generalmente se está acostumbrado a callar y reprimir, a “hacerse de la vista gorda”, a engañarse y a hacer *como si* todo estuviera bien. ¡No!, el psicoanálisis no reproduce esa treta, porque, precisamente, el psicoanálisis trata lo que no anda bien.

Tristemente, hoy en día las cosas no marchan nada bien, puesto que los sujetos contemporáneos se encuentran divididos entre, por un lado, discursos que cínicamente dicen que todo va bien y donde por el otro, su inminente oleada de síntomas, malestar y angustia le gritan: ¡oye, despierta, nada va bien! Sujetos perdidos porque no saben escuchar lo que su cuerpo les grita, perdidos porque no encuentran su brújula o porque han seguido una falsa estrella, un falso oasis, perdidos porque en su transitar por la vida se han perdido a sí mismos y se han anulado en aras de certezas, saberes absolutos, miedo al sinsentido... en aras de querer completar al Otro.

Julia Kristeva (1987) en su libro *Historias de amor*, refiere que “ser psicoanalista es saber que todas las historias terminan hablando de amor”, de la falta de amor. Puesto que no comprendemos porqué, si amamos con locura, ese amor no se nos es devuelto; o porqué, si complacemos en todo al otro o somos colmados por el otro, aun así nos sentimos desgraciados; y es que se podría pensar: “¿falta de amor? Pero si eso es un derroche de amor”. Nada más incierto puesto que una vez más nos estamos perdiendo a nosotros mismos en ese intento de amor, nos anulamos y somos los menos amorosos con nosotros mismos y por consiguiente lo que damos no es amor, sino una suerte de vacuna contra el deseo, porque ¿cómo puede uno interesarse por el deseo del otro, cuando hacemos oídos sordos del propio? Esa es la paradoja. Es por ello que toda demanda es una demanda de amor, mal formulada, pero al fin una demanda de amor, de la cual, si se trabaja se puede llegar a algo que Lacan (1957-1958 [2010]) enunciaba: “Amar es dar lo que no se tiene a quien no lo es” (pág. 359), una lectura que nos dice que idealizar no es amar, es decir, sólo uno puede darse en su falta —porque recordemos que no somos

poseedores de nada más que de una falta—, darnos en nuestra incompletud, en nuestra imperfección, en nuestra soledad a ese otro que está imposibilitado para completarnos puesto que no sabe de nuestro deseo. Amar es saber que no hay unidad sino alteridad. Amar es hacer discurso donde nuestra castración hable, donde nos reconozcamos en nuestra falta y en nuestro deseo; un discurso amoroso desde nuestra subjetividad y no un discurso implantado por los significantes amo.

El discurso del psicoanálisis está mediado por el amor, el amor de transferencia. Esto quiere decir que el sujeto va a depositar en el analista sus fantasmas y va a hacer de él ese sujeto al que le supone ser poseedor de un saber, un saber sobre sus males, porque, nos dice Gerber (2007), “la sola presencia del analista es garantía para el sujeto de que ‘todo tiene causa’” (pág. 34). Sin embargo, “la causa carece de saber sobre ella misma, es esencialmente irrepresentable” (Gerber, 2007, pág. 36), de tal suerte que en esa transferencia de amor en donde el sujeto demanda certezas, el analista ocupa el lugar de ese que el sujeto demanda, ocupa el lugar de la causa y como la causa, acabamos de decir es irrepresentable, será la ilusión necesaria por medio de la cual se produzca ese vaciamiento del lugar del sujeto supuesto saber, de ese Dios garante de un saber todo, de un Otro completo, el vaciamiento de la creencia de un Padre Ideal.

Verdad estructural cuya única certeza es la de la falta de saber, es decir, no sabemos del otro sexo, no sabemos del goce que falta; el Otro está incompleto, por tanto, no es el sujeto supuesto saber ya que está castrado ante la incapacidad del lenguaje de decir sobre el todo; e indudablemente no sabemos todo de nosotros, se nos podrán venir saberes, pero unos pequeñitos que apenas si lograrían representar eso tan vasto e insondable que puede resultar el inconsciente —y ya no digamos de lo real—; pero verdades sólo una: estamos en esto solos y tenemos que hacer la experiencia de caminar con nuestro peso en falta, con el sinsentido... con nuestro no-ser.

Y es que al derribar la creencia de un sujeto supuesto saber, es que nos damos cuenta de que estamos solos y que siempre lo estuvimos, es decir, hacemos la experiencia de una *pérdida*, puesto que creíamos en un gran Otro poseedor de respuestas a nuestro enigmas; entonces cuando este velo cae, no queda más que “forjar un destino, porque esa falta destina al sujeto a la producción de un acto que, a falta de Otro en quien justificarse, es acto de ruptura y creación; acto del cual, sólo el sujeto podrá responder” (Gerber, 2005, págs. 37-38). Verdad a la que muy pocos están dispuestos a llegar al resultar más cómodo mantener la creencia de un sujeto supuesto saber, mantenernos en el engaño y nada querer saber de eso. Un tanto como lo dice Gustave Flaubert en *Madame Bovary*, “no hay que tocar a los ídolos; su dorado se queda en las manos”; es por ello que el psicoanálisis exige que nos manchemos las manos de este falso dorado, que derribemos a los ídolos pues sólo así dejaremos de entonar rezos para de una vez por todas escuchar nuestras propias voces, esas que emanan del cuerpo y que hablan de nuestro sustrato, de nuestro ser en falta. Y ustedes se preguntarán, bueno ¿y luego qué, esa es la cura? Daniel Gerber nos contesta: “El psicoanálisis considera que la humanidad no tiene nada de qué curarse, tiene más bien que reconocer su ser incurable. Sólo este reconocimiento puede hacer que este ser tome el lugar de causa válida para desear” (pág. 91), donde reconocer nuestro ser incurable es dar cuenta de la imposibilidad de saber todo de nosotros y de nuestros síntomas donde se desprende eso que decía Lacan de “un saber hacer con él”, porque no basta con descifrar el síntoma o darle sentido a él y al goce, sino más bien circunscribirlos en un acto creador que implique la total responsabilidad del sujeto consigo mismo, es decir, de una ética para con su sufrimiento y para con su deseo; donde se goce menos, o al menos no se goce tan mal teniendo la posibilidad de tramitarlo en lo simbólico.

Por tanto, el psicoanálisis no promueve la idea de que al final del camino nos espera la felicidad o la armonía, sino un modo diferente de habitar el desamparo, la soledad y la infelicidad propias de la condición humana.

Discusión y conclusiones

Llegados a este apartado, hemos de decir que si bien no existen medicinas, soluciones, curas mágicas... para el sufrir del ser humano, no por ello no hay algo que se pueda hacer para combatir el malestar al que nos encontramos subyugados hoy en día; es decir, no contamos (nadie en absoluto) con la llave para cerrar los horrores de la caja de Pandora pero, sí contamos con la posibilidad de cuestionar lo establecido y “pensar la época” (Alemán, Nun, & Indart, 2006), sí en su contexto pero más que nada en su emergencia como algo ahistórico, de agujero que se resiste al sentido. Porque justamente en esa irreverencia de cuestionar, estaremos invistiendo una fractura a los discursos amo, cuestionándonos el porqué de nuestro imperioso afán de sostenerlos y, en consecuencia, asumiríamos un modo de actuar diferente.

¿Qué podría pensar y cuestionar mejor la época de oscurantismo que vivimos, que ese que emergió justamente como síntoma y evidencia de dicho malestar? Sí, el psicoanálisis, porque como lo señala Gerber en *El psicoanálisis en el malestar de la cultura*:

[,,] fue necesario que surgiera la ciencia moderna que puso en entredicho la posibilidad de la “relación sexual” para que pudiera surgir un discurso —el del psicoanálisis— que trata sobre los modos en que los sujetos hablantes procuran infructuosamente negar esta falta inevitable del Otro, la falta de conocimiento (2005, pág. 178).

En efecto, cada época ha tratado de inventar y reinventar una manera de llevar a cabo la “relación sexual”, es decir, una forma de darle sentido al goce, al otro sexo y a la propia existencia; o en otras palabras: la búsqueda de la felicidad y de completud. Pero de igual manera cada época ha fracasado, se han agotado los discursos, entre ellos el de los grandes ideales de nuestros padres y abuelos. En cada época ha habido malestar ya sea “como falta de goce e insatisfacción más acá de la ley, y como exceso de goce compulsivo más allá de la ley” (Alemán, Nun, &

Indart, 2006, pág. 18), o sea, desde la represión y desde el imperativo superyóico de gozar. Entonces podemos decir junto con Braunstein (2006) que, en esencia, “la historia de cada uno es el resultado de los modos de fallar los encuentros con el goce y de volver a lanzarse tras él” (pág. 84). Ésta, la historia de la humanidad.

De tal suerte que, como nos dice Daniel Gerber (2005), “el psicoanálisis no pretende dar un nuevo sentido a la vida en la cultura —un nuevo sentido que finalmente deje las cosas en perfecto orden— porque lo que viene a revelar es *otra cosa: la Cosa*, más allá de las cosas y su orden” (pág. 35), y que es esta *Cosa* sino el sustrato del ser humano que resulta excesivo e insoportable pero nunca cognoscible, este es el rasgo ahistórico al que nos referíamos necesario para pensar la época, puesto que nuestro contexto histórico pone de relieve un discurso de excesos que trata de alimentar la *Cosa* a fuerza de colmarla de goce. Y si algo nos enseña el psicoanálisis, es que la *Cosa* como lo real, no están para ser sabidos ni aprehendidos, sólo son, más allá del sentido; así que tenemos que hacer la experiencia de tramitar —de la manera que podamos— esa falta de conocimiento, de goce, de gran Otro garante de certezas, de complementariedad con el otro, y hacer de esa falta nuestra verdad y nuestro motor.

¡Qué absurdo!, dirán ustedes: ¿qué de motor puede haber en saber que se está impedido, castrado y limitado a no comprender nada? Esa, será la pregunta que cada uno tendrá que hacerse (no como deber marcado por un Otro, sino como reto personal, igualmente no en “deber” sino como un deseo) y elaborar desde su ser, o mejor dicho, desde su no-ser; porque para cada uno la respuesta es diferente y ahí radica el saber hacer algo con lo que no tiene y con lo que no es, pero también con lo que su cuerpo le dice, con sus síntomas y su tendencia a gozar en la repetición.

Lo que significa que no simplemente se trata de resignarse a estar castrado porque el padre nos castró y no hay otra que esa y se adopte una postura melancólica (no la de creación, sino la de muerte), o se opte por la resignación —que la religión tan bien ha sabido promover y que es la de la moderación, la prudencia, el sometimiento

a Dios por el ser en pecado que es uno—, o bien, la de convertirse en un estoico (mártir) —que la religión también conoce de primera mano—; por donde se le vea es una resignación que va en la aceptación conformista de someterse ante un amo. Pero ¡no!, no se trata de esto, porque asumir la castración no es lo mismo que pensarse impedidos. De hecho, los discursos de los que hemos hablado llevan en sus entrañas el tratarnos como impedidos: ese está impedido para triunfar porque no tiene un carro último modelo, ese otro está impedido para ir al cielo porque es un ser lascivo y pecador, y ese de allá, ¡pobrecillo!, está impedido porque no sabe que tiene conductas y aprendizajes erróneos que no lo dejan ser feliz. Es decir, todo mundo “sabe” de lo que carecemos y de lo que es mejor para nosotros excepto nosotros mismos.

Sin embargo, asumir la propia castración (sin la necesidad que alguien nos lo diga, porque esa siempre será dicha con violencia), es dejar la ceguera —ya sea esta negra, o blanca como la de Saramago—, y optar por los colores en todas sus tonalidades. Asumir la castración es un acto amoroso de reconocimiento para con nosotros mismos. Asumir la castración es, dice Žižek (2011), “dejar de culpar al Otro (la sociedad, los padres, la iglesia, la esposa...) de su ‘castración’ y, en consecuencia, a dejar de tratar de que el Otro le recompense” (pág. 44). Asumir la castración es tomar una postura otra de la vida en donde se sabe que ésta es la única ley que nos estructura porque está fuera de toda moral, dogma, interés o principio maquiavélico, pues de entrada no existe un creador que la orqueste.

Y acá viene el punto nodal de esta tesis, el punto en el que converge y diverge lo expuesto hasta el momento: el Padre. ¿Por qué el Padre? la práctica analítica nos ha enseñado que todo acontecer en la vida de un sujeto tiene sus antecedentes, es decir, significantes que van a representar al sujeto; pero el significante primordial, el que deja su rasgo, su huella en nosotros —por ser seres inscriptos en el lenguaje—, es el que hace la ley cuando nos prohíbe el goce incestuoso, cuando nos prohíbe hacernos uno con la madre y nos inscribe en un código en donde la falta de ese goce nos empuja a hacer metáfora. Éste significante primordial habla en Nombre

del Padre, no porque haya Un Padre, sino porque habla en nombre de ese Padre que es de lo real, de lo incognoscible que deja como único resquicio la castración.

Entonces, el representante de esa ley es el padre (que el sistema patriarcal ha tomado como protector de la familia), de ahí que lo odiamos y lo amemos, que lo aceptemos o lo repudiamos. Sin embargo, con esto no estamos diciendo que haya Padre de la humanidad, o *Urvater*, o Dios que haya dictado la ley; sino que si hablamos del padre como representante de la ley es porque en él ha recaído la primera prohibición de nuestras vidas, de esa que nos marcará en adelante ya que su fantasma irá en nuestro imaginario como tirano, terrible, nunca contento con nosotros, punitivo, y del cual queremos todo el amor y aprobación. Así, al fantasma del Padre lo llevamos a todos lados. La humanidad lo llevó a los cielos para que la protegiera, lo llevó al gobierno patriarcal para que proveyera... pero cuando este Padre idealizado no fungió como se quería, entonces se le mató pues se dejó de creer en él. Sin embargo, Freud nos enseña que el padre aunque muerto, regresa con más fuerza. De tal suerte que se ha tratado de luchar contra el padre y de eliminar lo que su nombre promueve: la castración, porque se piensa que la carencia es la causa de la infelicidad. Tanto se ha luchado contra él que ahora ya no se le mata o se le niega —porque en esos actos se estaría sustentado su existencia—, sino que ahora se le forcluye, es decir, se le borra del mapa, como si nunca hubiera existido.

El “Dios ha muerto” de Nietzsche haría pensar que el reino sería de los hijos y, que estos hijos asumirían su camino ya que su Padre en tanto muerto ya no podría cubrirlos con su manto de cuidados, certezas y recompensas, ni con su mano implacable de mandatos y castigos. Sin embargo, ese Dios-Padre una vez muerto, regresaría con más fuerza como fantasma para recordarle al hijo su falta, que en forma de voces del superyó, se haría presente y resultaría más poderoso que en vida. Más sufrimiento y más angustia. Por ese decimos que el discurso de hoy en día ya ha pasado de reconocer al padre en su tumba, a eliminarlo; la frase que lo representaría, la encontramos pronunciada por un Karamazov: “Si Dios no existe,

todo está permitido”, ¡a darle rienda suelta al goce!, lógica que atenta contra la función paterna.

Por consiguiente, no es necesario que nos sometamos al padre, que lo matemos, lo neguemos, reneguemos de él o, lo eliminemos para darle sentido a nuestra existencia. Tampoco necesitamos inventar a Dios para no matarnos, como asevera Camus (2002). Sino que para vivir, tenemos que ir más allá del Padre en todos sus nombres, tenemos que ir *más allá del sentido*, es decir, *des-hacernos* de El Padre como Otro garante de la verdad, pues sólo dando cuenta de su incompletud, podremos *deshacernos* de eso tan pesado que significa llevarlo a costas pensándolo nunca satisfecho con nosotros, deshacernos de que “su” ley sea la de “nuestra” inexorable castración, porque resulta perversa y violenta; pero a la vez, *hacernos* de él y la ley que su nombre representa que nos recuerda nuestra condición de seres humanos finitos y mortales, de seres imperfectos y carentes; pues esa ley nos recuerda nuestra condición de sujetos en falta, una que las más de las veces queremos olvidar y hacemos como si no supiéramos de ella, es por ello que resulta necesario que nos sostengamos de lo que su nombre representa.

Hoy más que nunca es necesario que demos cuenta de los límites, puesto que el desdibujamiento de esos límites nos está llevando a un plus de gozar, de colmar todas las apetencias, de suturar la falta y sabemos que eso es muerte, inmovilidad... mientras que desear es saberse nunca satisfecho pero, siempre en movimiento, vivo... Sí, hoy más que nunca es necesario que dejemos de sostener esos discursos que nos tienen esclavizados, porque resulta ridículo que —conociendo la historia— hoy en pleno siglo XXI, sigamos sometidos a regímenes que nos masacran.

De tal suerte que *des-hacernos del padre* es, lo que Lacan ya formulaba en su clase del 13 de abril de 1976, donde pensaba que si el psicoanálisis prosperara sería prueba de que se puede prescindir del Nombre del Padre, “prescindir de él a condición de utilizarlo” (pág. 133), donde utilizarlo sería hacerlo nuestro, no como discurso proveniente del exterior como aquel que impone los límites, sino más bien

como conciencia de los límites propios, de lo que está en nuestra posibilidad hacer y lo que no. Porque como decía también, en su seminario 17, “si la castración golpea al hijo, ¿no le hace acceder también por el camino adecuado a lo que constituye la función del padre?” (Lacan, 1969-1970 [2008], pág. 128), lo que quiere decir que una vez hecha la experiencia de la castración, no importando si se es hombre o mujer, accedemos a lo que es la función paterna para llevarla a cabo en nosotros mismos y poder transmitirla a nuestros hijos.

Podremos prescindir del padre porque nos hemos convertido en uno (no importando si se tiene hijos o no), nos hemos hecho sujetos de deseo más allá del seno materno y ahora, lo tenemos que dejar ir.

Así, valernos de lo que su nombre nos enseña, es saber que él siempre será carente, en todas sus modalidades: ya como padre de carne y hueso que necesita de la prohibición para decir que esa mujer es “suya” y no del niño, (aunque esté lejos de poseerla); como padre de nuestros pensamientos, producto del decir de la madre; como padre simbólico que hace metáfora del deseo de la madre pero no sabe de *La* mujer; o como padre real que no sabe nada de la paternidad, porque es sinsentido e imposibilidad. Por donde se le vea, el padre no sabe de nosotros, sabemos de él y de lo que carece y sabemos que su herencia es la falta.

Si hay algo que se pudiera decir al Padre, eso sería: “tú no dispones de mi cuerpo, de mí, de mi goce porque sé quién eres y de lo que careces (en un sentido no perverso, sino como un decir de comprensión, de caer en cuenta de que el padre también cargaba con esa suposición)”. En ese acto de reconocimiento del padre, nos estaríamos desalienando de su discurso opresor, dejaríamos de enunciarlos como víctimas de él al tomar responsabilidad de nuestros actos, es decir, nos estaríamos haciendo de nuestro propio discurso.

Por lo que tal vez, esta perversión de los discursos a los que nos encontramos sometidos hoy en día, que nos exhortan al goce sin límites —a sobrepasar la ley del

padre—, no tendrían eco ni soporte⁴² si no fantaseáramos con el todo, con la perfección, con ser uno con el otro y con suponer un Padre Ideal al renegar de su falta. Sin duda alguna, maquiavélicamente explotan nuestra condición de seres humanos en tanto románticos, utópicos, deseosos, temerosos...neuróticos; y se valen de nuestra negación de la realidad para montar todo un espectáculo, un circo, en donde el goce es la atracción principal.

Es debido a esta negación que vivimos una vida de engaño e idealismos ya que no queremos aceptar el hecho de que “no hay relación sexual”; que nunca se podrá poseer a una mujer o a un hombre; que se podrá “tener” maestrías o doctorados, una casa, un coche, una familia, pero sin que eso llegue siquiera a determinar en algo el ser. Porque lo único que nos determina es la falta, falta que posibilita el movimiento.

Como consecuencia nos debatimos entre ser o no ser. La levedad es la que mejor representaría al ser, ser el falo, el objeto de deseo del otro. Como *Remedios “La bella”* que se elevó por los cielos, pues al ser mujer de perfecta belleza y pureza era ajena a este mundo. Claramente hoy en día, tanto hombres como mujeres quieren ser perfectos, se visten de falo, dicen ser, tener pero al final sólo parecen, aparentan ser, lo que deviene en puro vacío. Es decir, subes, te enaltesces y te enaltecen, asciendes, te elevas y después cuando no hay nada ni nadie que sostenga eso (porque no lo hay), la caída es brutal y es entonces que vienen los suicidios, las adicciones, los pasajes al acto, la desorientación y un sinfín de malestares que difícilmente se pueden apalabrar.

En cambio, cuando se hace la experiencia de la castración, se llega a un saber en el que nos damos cuenta de que no somos lo que creímos que éramos —porque también somos sinsentido, uno que abre un hueco y se adhiere como prefijo: no-ser, no-todo...—, no somos, no tenemos, “no hay relación sexual”, no existe el

⁴² Es preciso señalar que, si bien no tendrían eco ni soporte, no por ello la perversión dejaría de existir y de operar.

gobierno perfecto, no hay vida eterna, no hay verdades absolutas. Indudablemente esto no es fácil, hacerlo no nos exentará del dolor y el sufrimiento, porque precisamente es el peso del no-ser lo que nos mantiene sujetos a este mundo y a esta realidad, ya que es un peso que pesa, y mucho. Algo que Piera Aulagnier (2005) denomina bellamente en su libro *Un intérprete en busca de sentido*, como algo a lo que se está, inevitablemente, *condenado a invertir*.

Por lo que idealizar al padre, la madre, los hijos, la familia, la pareja, el gobierno, la religión, la ciencia... no es más que auto flagelarse, infringirse dolor a sí mismos con la falsa esperanza de la perfección y lo absoluto. De igual manera caer en la añoranza por el padre, nos impide movernos puesto que estaríamos invocándolo inercialmente, nos quedaríamos esperando una respuesta toda, cargaríamos a cuestas la esperanza de encontrar el sentido de la vida y, de algún día llegar a saber acerca de eso que no se habla, de la obvia imposibilidad (aunque velada) de alcanzar el nirvana o cualquier cosa que se le parezca llámese equilibrio, homeostasis, felicidad, perfección, satisfacción, completitud... Pues no hay mayor crueldad autoperpretada, que creer que somos libres, que habrá algo que nos provea de la solución anhelada para saber sobre ese goce encarnado que nos perturba, que es posible la relación sexual... creencias que únicamente conducen a la impotencia, impotencia de lanzar interrogantes y nunca hallar respuesta.

De tal suerte que des-hacernos del Padre será la apuesta que nos permitirá atravesar esta época de discursos amo y sobrevivir a su tiranía, des-hacernos de él nos posibilitará luchar contra nuestra enfermedad de totalidad —en tanto absoluta felicidad, como de insatisfacción perpetua— y combatirla a partir de abrazar la falta como eso que nos constituye, así como de buscar la manera de convivir con ella, porque si de algo estamos seguros, es que nunca nos abandonará.

Referencias

- Alemán, J., Nun, J., & Indart, J. C. (2006). Malestar en la cultura. Pensar la época. *Virtualia. Revista digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana #14*, 13-27.
- Aramburu, J. (2004). Los Nombres del Padre y el deseo del analista. *Virtualia. Revista digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana*, #12.
- Aulagnier, P. (2005). *Un interprete en busca de sentido*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Basz, S., Berenstein, A., Chamorro, J., Glasman, S. L., Maeso, G., Nepomiachi, R., & Sawicke, O. (1978). *El Edipo y la clínica freudiana. Conceptos de J. Lacan*. Argentina: Helguero Editores.
- Bleichmar, H. B. (1984). *Introducción al estudio de las perversiones. La teoría del Edipo en Freud y Lacan*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Braunstein, N. A. (1989). Freudiano y Lacaniano. En N. A. Braunstein, H. Morales, D. Koren, A. Levi-Hambra, D. Gerber, F. Saal, . . . V. Novoa Cota, *Las lecturas de Lacan. Coloquios de la Fundación Mexicana de Psicoanálisis N° 6* (págs. 5-57). México: Dos velas.
- (2006). *El goce: Un concepto lacaniano*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Camus, A. (2002). *El mito de Sísifo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Chemama, R. (1998). *Diccionario del Psicoanálisis*. Argentina: Amorrortu.
- Curtis, A. (Dirección). (2005). *The century of the self* [Película].
- Dor, J. (1998). *El padre y su función en psicoanálisis*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2006). *Estructuras clínicas y psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2009). *Estructura y perversiones*. Barcelona: Gedisa.
- Freud, S. (1913-1914 [1991]). Tótem y tabú. En S. Freud, *Obras completas Vol. 13*. Buenos Aires: Amorrortu.

- (1920 [1992]). Más allá del principio del placer. En S. Freud, *Obras completas Vol. 18 (1920-1922)* (págs. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1921 [1992]). Psicología de las masas y análisis del yo. En S. Freud, *Obras completas Vol. 18 (1920-1922)* (págs. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1927 [1992]). El porvenir de una ilusión. En S. Freud, *Obras completas Vol. 21 (1927-1931)* (págs. 4-55). Buenos Aires: Amorrortu.
- (1930 [1992]). El malestar en la cultura. En S. Freud, *Obras completas Vol. 21 (1927-1931)* (págs. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu.
- Gault, J.-L. (2014). La sociedad hipermoderna y los síntomas contemporáneos. *Conferencias y debates: La política del síntoma en tiempos de crisis*. Granada.
- Gerber, D. (1989). Más allá del sentido. En N. A. Braunstein, H. Morales, D. Koren, A. Levi-Hambra, D. Gerber, F. Saal, . . . V. Novoa Cota, *Las lecturas de Lacan. Coloquios de la Fundación Mexicana de Psicoanálisis N° 6* (págs. 175-232). México: Dos velas.
- (1998). Suplencia sin titularidad. En E. Hernanz, D. Gerberl, M. Gasque, N. A. Braunstein, E. Sánchez Ausucua, A. Levi-Hambra, . . . G. Ta, *Las suplencias del Nombre-del-Padre* (págs. 24-47). México: Siglo XXI.
- (2005). *El psicoanálisis en el malestar de la cultura*. Buenos Aires: Lazos.
- (2007). *Discurso y verdad. Psicoanálisis, saber, creación*. México: Escuela Libre de Psicología.
- Gerez, M. (2013). *Las voces del superyó: En la clínica psicoanalítica y en el malestar en la cultura*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Julien, P. (1990). *La función paterna*. (Seminario)
- (2011). *Dejarás a tu padre y a tu madre*. México: Siglo xxi.
- Kristeva, J. (1987). *Historias de amor*. México: Siglo XXI.

- Kundera, M. (2000). *El libro de los amores ridículos*. México: Tusquets.
- Lacan, J. (1957-1958 [2010]). *El Seminario 5: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.
- (1964 [2010]). *El Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- (1969-1970 [2008]). *El Seminario 17: El reverso del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós .
- (1975-1976 [2006]). *El Seminario 23: el sinthome*. Buenos Aires: Paidós.
- (1978). 30 de Marzo de 1974 A la Escuela Freudiana. *Lacan in Italia 1953-1978*. Milán.
- (2006). *El triunfo de la religión: precedido de Discurso a los católicos*. Buenos Aires: Paidós.
- (2012). Radiofonía. En J. Lacan, *Otros escritos* (págs. 425-472). Buenos Aires: Paidós.
- León, S. (2013). *El lugar del padre en psicoanálisis: Freud, Lacan, Winnicott*. Santiago de Chile: RiL editores.
- Maleval, J.-C. (2002). *La forclusión del Nombre del Padre: el concepto y su clínica*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (2005). *El Otro que no existe y sus comités de la ética / Seminario en colaboración con Éric Laurent*. Buenos Aires: Paidós.
- Morales, H. (1998). Introducción. En E. Hernanz, D. Gerberl, M. Gasque, N. Braunstein, E. Sánchez Ausucua, A. Levi-Hambra, . . . O. García Tabares, *Las suplencias del Nombre-del-Padre* (págs. 11-12). México: Siglo XXI.
- Nasio, J. D. (1991). *El dolor de la histeria*. Buenos Aires: Paidós.
- (1996). *Enseñanza de 7 siete conceptos cruciales del psicoanálisis*. Barcelona: Gedisa.

- (2013). *El Edipo: el concepto crucial del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Ortiz-Osés, A. (2003). *Amor y sentido: Una hermenéutica simbólica*. Barcelona: Anthropos.
- Ramírez, S. A. (20 de Diciembre de 2012). *La caída del nombre del padre... ¿y eso?*
Obtenido de <http://psicosujeto.blogspot.mx/2012/12/la-caida-del-nombre-del-padre-y-eso.html>
- Ravinovich, N. G. (2005). *El Nombre del Padre: articulación entre la letra, la ley y el goce*. Buenos Aires: Homo Sapiens.
- Ricoeur, P. (2004). *Freud: una interpretación de la cultura*. México: Siglo XXI.
- Roudinesco, É., & Plon, M. (2008). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Shopenhauer, A. (1991). El amor, las mujeres, la muerte y otros temas. En A. Shopenhauer, *La sabiduría de la vida/ En torno a la filosofía/ El amor, las mujeres, la muerte y otros temas* (págs. 255-334). México: Porrúa.
- Tort, M. (2008). *Fin del dogma paterno*. Buenos Aires: Paidós.
- Žižek, S. (2011). *El acoso de las fantasías*. Madrid: Akal.
- (2012). *El sublime objeto de la ideología*. México: Siglo XXI.